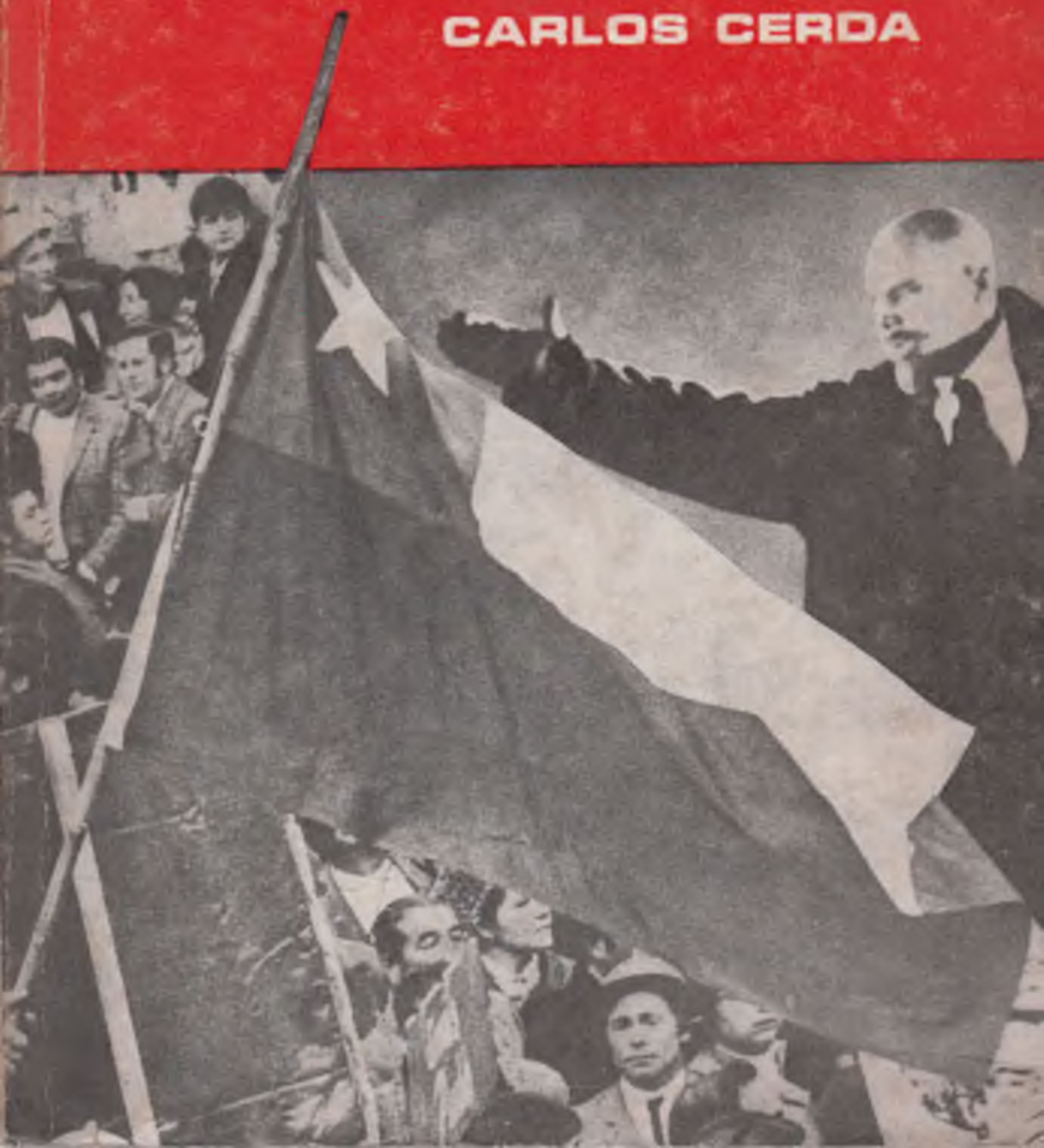




quimontu

EL LENINISMO Y LA VICTORIA POPULAR

CARLOS CERDA



3510



quimantú

EL LENINISMO Y LA
VICTORIA POPULAR

CARLOS CERDA

PRESENTACION

9

PRIMERA PARTE

LENIN: ELEMENTOS PARA EL ANALISIS DE
UNA SITUACION POLITICA

I. HACIA UNA TEORIA DE LA SITUACION POLITICA	13
— La política como ciencia	13
— El concepto de situación política	15
— Esquema de una teoría de la situación política en Lenin	17
II. LOS FACTORES DETERMINANTES EN ULTIMA INSTANCIA	19
<i>(La cuestión del carácter de la época y del carácter de la revolución en cada país.)</i>	
— El grado de desarrollo del modo de producción, factor determinante en última instancia de la situación política	19
— El concepto leninista de “carácter de la época”	25
— El concepto de “perspectiva”	39
— El concepto de correlación de fuerzas internacional o de situación internacional	39
— El concepto leninista de “carácter de la revolución”	47
III. LOS FACTORES DETERMINANTES INMEDIATOS	61
<i>(La cuestión de la correlación de fuerzas.)</i>	
— El concepto leninista de “enemigo principal”	61
— Las fuerzas de la revolución	71
— Las alianzas	73

— ¿Qué es un programa?	76
— Correlación de fuerzas real y correlación de fuerzas ideal	77
— Los objetivos tácticos	81
— Ofensiva y repliegue	82
— Los compromisos en política	89
— ¿Qué es una consigna?	88
 IV. LA TACTICA Y LA ESPECIALIDAD DE LO POLITICO	 91

SEGUNDA PARTE

LOS COMUNISTAS Y LA VICTORIA POPULAR.

I. LA CLASE OBRERA CHILENA Y EL LENINISMO	103
— Una cita de Togliatti	103
— El contexto mundial de la revolución chilena	107
— El PC de Chile y la lucha revolucionaria en América Latina. (En torno a un artículo de Luis Corvalán.)	111
— El carácter de la revolución chilena	125
— Las fuerzas revolucionarias	134
 II. EL PARTIDO COMUNISTA Y LA UNIDAD POPULAR	 137
— Las elecciones presidenciales de 1964	137
— El XIII Congreso del PC	148
— Los enemigos principales: el imperialismo y la oligarquía	150
— Las cartas del PC y el PS	165
— Una posición leninista frente al reformismo	173
— Los comunistas y la ultraizquierda	179

— ¿Frente Revolucionario o Unidad Popular?	194
— La tesis de la Unidad Popular	199
— El tacnazo	214
— Lo que la vida ha demostrado	224

APENDICE

EL GOBIERNO POPULAR	229
Artículo de Luis Corvalán publicado en la "Revista Internacional", N.º 12, diciembre de 1970.	
NUEVOS PROBLEMAS TACTICOS	256
Artículo de Jorge Insunza, publicado en el N.º 138 de la revista "Principios".	
Carácter pluriclasista del PDC y unidad en el combate de todo el pueblo	154
La clase obrera, centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios	158
En la perspectiva de la Unidad Popular	162
Lo decisivo en la Unidad Popular	201
La unidad y lucha en el seno del pueblo	204
La tesis del Frente Revolucionario	207

PRESENTACION

Este trabajo consta de dos partes.

En la primera, escrita en colaboración con el profesor Rafael Hernández, se intenta sistematizar un capítulo importante del pensamiento de Lenin: su método de análisis de una situación política concreta. En el tratamiento del tema se ha puesto especial cuidado en recoger en un orden sistemático una serie de conceptos usados por Lenin y que frecuentemente aparecen en los documentos, discursos e informes de los partidos obreros.

Conceptos tales como el carácter de la revolución, correlación de fuerzas, enemigo principal, alianzas, perspectiva, eslabón, etc., que se toman por el común de la gente como expresiones convencionales y carentes de una significación exacta, muestran por el contrario todo su peso científico, su carácter de verdaderas *categorías políticas* cuando son analizados en el contexto de un sistema riguroso de conceptos.

Se ha dicho muchas veces que con Lenin la política se transforma en ciencia. Pero en general no se sabe con precisión en qué consiste esa ciencia, ni cuáles son sus categorías fundamentales, es decir, cuáles son las herramientas teóricas forjadas por Lenin para el análisis y aprehensión de la realidad política.

Esta primera parte tiene por objeto avanzar en ese sentido, determinar el sistema a partir del cual estas nociones empiezan a adquirir su carácter científico propio, esto es, en qué sentido la política se hace ciencia.

En la segunda parte, al tenor del análisis de documentos del Partido Comunista de Chile, se muestra la

importancia que tuvo para la Victoria Popular la aplicación rigurosa del leninismo a las particularidades de la política chilena.

Se expone primero la línea estratégica del Partido Comunista y luego se analiza en sus hitos principales un período concreto de la historia política reciente, el que va desde las elecciones presidenciales de 1964 a la victoria de septiembre de 1970.

PRIMERA PARTE

**LENIN: ELEMENTOS PARA EL
ANALISIS DE UNA
SITUACION POLITICA**
(EN COLABORACION CON EL
PROF. RAFAEL HERNANDEZ)

I. HACIA UNA TEORIA DE LA SITUACION POLITICA

LA POLITICA COMO CIENCIA

Una de las principales preocupaciones teóricas de Lenin consistió en encontrar una fundamentación científica de la práctica política, hacer de la lucha política del proletariado una actividad con fundamento científico.

Esta, que es una preocupación teórica, aparece desarrollada en Lenin en íntima e inseparable vinculación con su *actividad práctica revolucionaria*.

Partiendo de la teoría científica de la sociedad y de la lucha de clases elaborada por Marx, Lenin extiende esa teoría al análisis de un objeto específico y particular: la situación política, esto es, un momento determinado de la lucha de clases, en una sociedad concreta.

¿Cuáles son las condiciones de esta fundamentación científica de la política? En el mismo Lenin encontramos la respuesta a esta interrogante.

“El marxismo exige de nosotros —decía— el análisis más exacto, objetivamente comprobable, de la correlación de las clases y de las peculiaridades concretas de cada momento histórico. Nosotros, los bolcheviques, hemos procurado siempre ser fieles a esta exigencia, indiscutiblemente *obligatoria desde el punto de vista de una fundamentación científica de la política.*”

He aquí tres condiciones planteadas por Lenin:

- a) Estudiar cada *momento* histórico concreto;
- b) hacer de este *momento* histórico un *análisis de clase*, mostrando cuál es la *correlación de las clases*;
- c) este análisis debe ser *exacto y objetivamente comprobable*.

Un primer estudio de estas condiciones muestra de qué manera aplica Lenin la metodología marxista al análisis político. El mismo Lenin calificaba de paso gigantesco hacia adelante el dado por Marx, en orden a rechazar cualquier razonamiento o teorización apriorística sobre la *sociedad en general*, y en su lugar, hacer un análisis científico de un objeto concreto, *delimitado históricamente*. Lenin observó la importancia metodológica del hecho de que “para estudiar el modo de producción capitalista, Marx analice en “El Capital”, primero la relación más simple, más ordinaria y fundamental, la mercadería, puesto que al hacer recaer el análisis en una *relación simple* es posible revelar *todas* las contradicciones o los gérmenes de todas las contradicciones de la sociedad moderna”.

Marx parte, en el estudio de un objeto complejo (el modo de producción capitalista), de la *relación más simple* propia de ese objeto, y descubre a través del análisis que esa relación aparentemente simple contiene todas las contradicciones y determinaciones propias de un objeto complejo. De la misma manera, Lenin descubre en el concepto aparentemente simple de “situación política”, todos los múltiples elementos que determinan cada *momento concreto* de la lucha de clases.

El análisis de la situación política muestra la complejidad de ésta, la diversidad y variedad de los elementos que la determinan de tal o cual manera. Ese análisis muestra también el carácter cambiante de esos elementos determinantes; por tanto, el carácter igualmente cambiante y específico de cada situación política.

Es por esto que Lenin señalaba que:

“Nuestra doctrina no es un dogma, sino un guía para la acción: así decían siempre Marx y Engels, quienes se burlaban, con razón, del aprendizaje mecánico y de la simple repetición de “fórmulas” que en el mejor de los casos sólo sirven para trazar las tareas *generales*, que cambian necesariamente de acuerdo con las condiciones económicas y políticas *concretas* de cada *fase* particular del proceso histórico.”

Así, “las peculiaridades concretas de cada momento histórico”, “las condiciones económicas y políticas concretas de cada fase particular del proceso histórico”, constituyen el *objeto* del conocimiento político, en tanto su conocimiento es precisamente lo que permite una práctica política con fundamento científico.

EL CONCEPTO DE SITUACION POLITICA

Llamaremos “situación política” a un momento concreto y determinado de la lucha de clases. El mismo Lenin usó muchas veces la expresión, y, en el estudio del más particular de estos momentos, aquel en que se produce un determinado cambio cualitativo en la correlación entre las clases, Lenin empleó la expresión “situación revolucionaria”. Su análisis de la situación revolucionaria se ha transformado en una categoría del pensamiento político de Lenin. La situación revolucionaria es un momento de la lucha de clases que adquiere un carácter particular en virtud de cier-

tas características específicas que adopta el enfrentamiento de las clases. Emplearemos también el concepto de *situación* para referirnos a otros *momentos* de la lucha política, que no revisten las características que Lenin atribuía a la "situación revolucionaria". Así, la "situación revolucionaria" es una "situación política" con determinados rasgos particulares que examinaremos más adelante. Esta peculiaridad resulta no de la incorporación de elementos absolutamente nuevos, sino de una específica forma de relación o combinación en que entran los mismos elementos que componen lo que denominaremos "situación política".

"Situación política" es el momento concreto de la lucha de clases que Lenin concibió como el objeto del conocimiento político, según se desprende de las citas señaladas mas arriba.

Ciertamente el aporte teórico de Lenin al marxismo no se reduce al método de análisis de una situación política. Aportó además una teoría científica del Estado y de la dictadura del proletariado como modalidad política del tránsito del capitalismo al socialismo; un análisis del imperialismo como fase superior del capitalismo; una teoría del partido revolucionario, etc. Sin embargo, siendo todas estas cuestiones de gran importancia y constituyendo aportes teóricos originales a las elaboraciones de Marx y Engels, puede afirmarse que uno de sus legados más importantes es su método de análisis "exacto y objetivamente comprobable" de los elementos que conforman una situación política.

Donde se aprecia con mayor claridad el carácter de "guía de la acción", que tiene también su pensamiento, es en esta manera que él nos legara de analizar la situación política o momento concreto.

Llamaremos a este capítulo fundamental de su pensamiento: *teoría de la situación política*.

ESQUEMA DE UNA TEORIA DE LA SITUACION POLITICA EN LENIN

¿Qué entendemos concretamente cuando hablamos de una situación política o cuando decimos que hay factores que la determinan?

Se trata de algo que está en la experiencia de cualquier militante. La Revolución de Octubre de 1917 representa una situación política determinada. Todos sabemos, de una u otra forma, que múltiples elementos se combinan o confluyen en ese momento histórico concreto, dándole sus características peculiares. Todos sabemos que la Revolución de Octubre significa el triunfo del proletariado ruso, conducido por el Partido Bolchevique, por sobre las fuerzas de la burguesía. Sabemos que tal victoria fue posible porque en marzo del mismo año se había derrotado a la aristocracia zarista y terrateniente. Sabemos, además, que en esos momentos Rusia participaba en la guerra imperialista de los años 14-18, y que este hecho agudizaba la crisis del país y las contradicciones de clase en el seno de la sociedad rusa. Sabemos también que el proletariado ruso, dado el grado de desarrollo peculiar alcanzado por el modo de producción capitalista en la sociedad rusa, era uno de los más organizados y combativos de Europa.

Todos estos factores, y muchos otros, confluyen posibilitando el triunfo de la revolución en Rusia. Pero desde ya se hace evidente que no todos tienen la misma importancia, que no todos influyen de la misma manera en el éxito de la revolución. Algunos, por ejemplo, influyen de una manera que podemos llamar más circunstancial, más *inmediata* (por ejemplo, el grado de descontento hacia el gobierno de la burguesía al no marginar a Rusia de la guerra). Pero otros factores, como el grado de concentración y organización del proletariado, influyen de una manera, podríamos decir, más general o más remota. El grado

de concentración y organización del proletariado no tiene, de partida, el carácter circunstancial del factor señalado más arriba. Se trata, evidentemente, de una condición más general y constante de la sociedad rusa de esos años, que depende del grado importante de desarrollo alcanzado por el capitalismo en Rusia. Este desarrollo depende a su vez del desarrollo del capitalismo en Europa, que es ya un fenómeno que guarda relación con la evolución misma de la historia universal. Es así como podemos ver que en la Revolución Rusa confluyen acontecimientos que se circunscriben a unos cuantos meses de la historia anterior a octubre (el descontento por la guerra imperialista), con acontecimientos que son el resultado de una evolución histórica de varios siglos.

Una situación política está entonces determinada por factores de distinto carácter. Como decíamos más arriba, hay *factores determinantes inmediatos* y *factores determinantes en última instancia*.

El ejemplo muestra que estos factores guardan una relación de dependencia, en el sentido de que los *factores determinantes en última instancia* (grado de desarrollo del capitalismo en Rusia) constituyen el marco dentro del cual son posibles como tales los factores determinantes inmediatos (la correlación de fuerzas que posibilitó el éxito de la insurrección de octubre).

Decimos que estos factores determinantes en última instancia *constituyen el marco* dentro del cual son posibles como tales los factores inmediatos, precisamente para *no* dar la idea de que estos últimos son absoluta y directamente dependientes de los primeros. La política del Partido Bolchevique se aplica en un cuadro social *determinado* por el desarrollo del modo de producción capitalista, pero la genialidad de la política de alianzas del proletariado, que permitió crear una correlación de fuerzas favorable a la revolución, no está *directamente* determinada por ese grado de desarrollo del capitalismo en Rusia.

II. LOS FACTORES DETERMINANTES EN ULTIMA INSTANCIA

(La cuestión del carácter de la época y del carácter de la revolución en cada país.)

EL GRADO DE DESARROLLO DEL MODO DE PRODUCCION, FACTOR DETERMINANTE EN ULTIMA INSTANCIA DE LA SITUACION POLITICA

“Toda la historia de la sociedad, hasta hoy, es la historia de la lucha de clases”, empieza señalando el “Manifiesto Comunista”. Pero no es sólo la lucha de clases en cuanto *constante* lo que permite definir fielmente el proceso histórico: lo más significativo del proceso histórico es que esas clases, en lucha permanente, son, a lo largo de la historia, distintas.

“Libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos de la gleba, maestros y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente, siempre empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.”

Distintas clases se enfrentan, por lo tanto, a lo largo de la historia, esto es, distintas clases o parejas de clases se enfrentan y marcan en su enfrentamiento el carácter de cada uno de los períodos o etapas que definen el proceso histórico en su constante desarrollo.

No es, sin embargo, el azar quien determina que tales o cuales clases existan y se enfrenten en un período histórico determinado. Marx demostró que la existencia de cada una de estas parejas de clases va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción.

“Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases sociales en la sociedad moderna, ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de estas luchas y algunos economistas burgueses la anatomía de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar *que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción.*” (Carta de Marx a Weydemeyer, 1852.)

Estas determinadas fases históricas del desarrollo de la producción es lo que se conoce también con el nombre de *modo de producción*. Estamos aquí ante una de las tesis fundamentales del marxismo: la idea de que la producción material del conjunto de la sociedad, esto es, el trabajo social de transformación de la naturaleza, y, de modo igualmente fundamental, el constante desarrollo y crecimiento de esa producción, determinan en último término todas las características de la sociedad de que se trata y, al mismo tiempo, determinan las transformaciones de un tipo de sociedad en otra, propia de la evolución histórica.

Dos conceptos resultan fundamentales dentro de la categoría “modo de producción”: el concepto de relaciones de producción y el concepto de fuerzas productivas. La tesis fundamental del marxismo afirma, por una parte, que las fuerzas productivas materiales de la sociedad, esto es, los instrumentos de trabajo y las formas de organización del trabajo social, viven

un proceso de continuo crecimiento. Los instrumentos de trabajo (los utensilios, herramientas, maquinaria) y, al mismo tiempo, las formas de organización social del trabajo se van haciendo cada vez más perfectos y complejos: este proceso de continuo perfeccionamiento de lo que, en general, podemos llamar los medios de producción y de la organización del trabajo, es lo que se conoce bajo el concepto de desarrollo (constante) de las fuerzas productivas.

Por otra parte, esa tesis fundamental afirma también que el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas en un determinado nivel de su evolución determina en último término el modo de apropiación social sobre esos modos de producción. Así, a determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas corresponde una determinada forma de apropiación sobre los medios de producción. Estas formas de apropiación o propiedad son las que caracterizan el contenido de las *relaciones sociales de producción*.

El modo de producción es, pues, la resultante del modo en que se combinan estos dos factores: las fuerzas productivas y las relaciones de producción que les corresponden.

Así, las relaciones de producción que caracterizan a un momento histórico dado están determinadas fundamentalmente por el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. Esas relaciones de producción significan, por lo tanto, la propiedad de los medios de producción, por una parte de la sociedad y la no propiedad de esos mismos medios, de la otra parte de la sociedad. Este sector de la sociedad, desposeído de medios de producción, debe, para subsistir, trabajar en beneficio del otro sector, el sector de los propietarios. Estos sectores en que se divide la sociedad, según sean propietarios o no propietarios de medios de producción, es lo que el marxismo define como *clases sociales*.

La existencia de determinadas clases sociales es-

ta entonces vinculada al grado de desarrollo de las fuerzas productivas: las clases sociales existentes en un determinado período histórico dependen en última instancia del grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas.

Así, pues, si el avance histórico está caracterizado fundamentalmente por el desarrollo constante de las fuerzas productivas, y, como hemos dicho, ese desarrollo determina un tipo específico de apropiación de los medios de producción, esto es, un tipo específico de relaciones de producción, se entiende que el avance histórico está marcado por sucesivos reemplazos de un modo de apropiación por otro más avanzado, que posibilita un desarrollo aún más alto de las fuerzas productivas.

Esquemáticamente podemos entender así la historia universal como el reemplazo sucesivo de los modos de producción más primitivos por el modo esclavista, luego éste por el feudal, el feudal por el capitalista y, este último por el socialista. Así, como cada época histórica está definida por la *dominación de un modo de producción específico*, así también las clases sociales, determinadas como hemos visto por el carácter del modo de producción existente, son en cada época histórica igualmente específicas. Así, nuevas clases surgen en la historia y desplazan a las correspondientes al modo de producción que las antecedía.

El desplazamiento de un modo de producción por otro no es, empero, un hecho puramente natural y económico. Se realiza y manifiesta a través de la lucha de clases, esto es, del desplazamiento del poder de una clase por otra, y es, por consiguiente, también un *hecho político*.

Pero si este reemplazo de un modo de producción por otro es concebido como un *proceso*, esto es, como el desplazamiento paulatino de un modo de producción por el nuevo que va surgiendo, se entenderá que en una sociedad concreta *coexistan diversos*

modos de producción, aquellos que están siendo desplazados y aquellos que se están desarrollando y destruyendo en su avance a los anteriores. Sin embargo, en toda sociedad concreta, un determinado modo de producción *domina* al resto de los modos de producción, marcando así con su carácter específico a la sociedad en su conjunto. Así, por ejemplo, en la Rusia del año 17 coexistían contradictoriamente una economía campesina de tipo patriarcal y semifeudal, una economía mercantil de pequeña producción (precapitalista), apenas liberada de la producción feudal, un capitalismo privado, un capitalismo de Estado, y a partir de la Revolución de Octubre, también un modo incipiente de producción socialista; no obstante, uno de esos modos es el *dominante*.

Esto nos enseña que si diversos modos de producción coexisten en una sociedad, *las múltiples clases sociales* correspondientes a esos modos de producción se hallan igualmente representadas en ella, cada una con sus características e intereses propios, en relación más o menos conflictiva entre sí. Se entiende, empero, que si hay un modo de producción dominante, la clase representante de ese modo de producción es la clase *dominante* de esa sociedad. El juego de los intereses y perfiles propios de esta multiplicidad de clases dentro de una sociedad es lo que caracteriza el cuadro político de un país en un momento determinado.

Estas diversas clases tienen entre sí complejas relaciones. Los intereses de una son antagónicos con los de otra, pero pueden ser conciliables con los de una tercera. Por ejemplo, los intereses del proletariado ruso eran antagónicos con los de la burguesía y con los de la aristocracia terrateniente zarista, pero no lo eran con el campesinado y las capas urbanas no proletarias. Y eran conciliables sus intereses precisamente porque los intereses del campesinado y de las capas

urbanas no proletarias, sin ser idénticos con los del proletariado, coincidían con éste en el enfrentamiento a la aristocracia terrateniente y, en menor medida, a la burguesía. Por otra parte, si bien la aristocracia feudal terrateniente y la burguesía podían conciliar sus intereses y formar un frente común contra el proletariado, las separaba el hecho de ser las clases representantes de modos de producción contrapuestos, que estaban naturalmente enfrentados en la Rusia de entonces. Lenin no sólo aseguró determinados aliados para el proletariado, sino que aprovechó genialmente esta contradicción entre los terratenientes y los capitalistas, para derrotar a los primeros neutralizando a los segundos (Revolución democrático-burguesa de marzo del 17).

La coexistencia de diversas clases con particulares intereses en el seno de toda sociedad es lo que permite entender el hecho de que, a lo largo de la historia, la lucha de clases no sea nunca la lucha de una clase sola contra otra igualmente aislada, sino, al contrario, enfrentamientos de bloques de clases que se unen tras un objetivo común, pasando a segundo plano sus diferencias, contra otro bloque constituido también en función de un objetivo principal.

Todo esto lo analizaremos en el capítulo sobre las alianzas, pero desde ya, y como conclusión de esta parte, queremos hacer notar que en la determinación de una iniciativa política tan circunstancial y concreta como es la cuestión de las alianzas tras un objetivo determinado o inmediato, es preciso tener en cuenta, *científicamente, cuáles son todas las clases que se enfrentan en la vida política de un país*, y para ello es preciso conocer, de modo igualmente científico, cuáles son todos los modos de producción que coexisten en una sociedad, el grado de desarrollo alcanzado por ellos, y, por lo tanto, cuál de entre ellos es el dominante.

EL CONCEPTO LENINISTA DE "CARACTER DE LA EPOCA"

El análisis científico de los procesos productivos, el estudio de las formas particulares que asume la producción de la vida material, en una palabra, el conocimiento de los modos de producción que coexisten y la determinación del modo de producción dominante, es lo que en última instancia permite conocer científicamente las principales fuerzas en conflicto en una sociedad dada, y, además, precisar las tareas planteadas al movimiento revolucionario en una etapa histórica determinada.

Plenamente consciente de esto, Lenin no se conformó con fundar su práctica revolucionaria en las tesis de Marx y Engels, acerca del modo de producción capitalista. El estudio de esas mismas tesis, con el bagaje inmenso de nuevos datos que le proporcionaba su época, lo llevó, como se sabe, a descubrir nuevas y más ricas particularidades en el modo capitalista de producción, a precisar las características de una nueva fase en el desarrollo de dicho modo de producción: su fase monopolista.

El estudio de Lenin acerca del imperialismo, estudio que, por cierto, no es posible recoger en estas páginas, da un fundamento científico a la actividad revolucionaria de un período determinado. Sin el conocimiento de las características esenciales de esta nueva etapa del desarrollo capitalista sería imposible orientar la actividad de la vanguardia revolucionaria con pleno conocimiento de los factores materiales que determinan en última instancia la orientación de una acción política. Sería también imposible analizar de manera científica una situación política en concreto.

En los "Materiales para la revisión del Programa del Partido" Lenin señala:

"El capitalismo mundial ha llegado actual-

mente, más o menos desde principios del siglo XX, a la fase del imperialismo. El imperialismo, o la época del capital financiero, es la economía capitalista tan altamente desarrollada en la que las uniones monopolistas de los capitalistas —los sindicatos de industriales, los cartels y los trusts— han adquirido una importancia decisiva, el capitalismo bancario de enorme concentración se ha fundido con el industrial, la exportación de capital a otros países se ha desarrollado en colosales proporciones, el territorio de todo el mundo está ya repartido entre los países más ricos y se ha iniciado el reparto económico del mismo entre los trusts internacionales.

”El grado extraordinariamente alto de desarrollo del capitalismo mundial en general; la sustitución de la libre competencia por el capitalismo monopolista; la preparación por los bancos y las uniones de capitalistas de un personal especial para la regulación social del proceso de producción y distribución de los productos; el aumento de la carestía y la opresión de la clase obrera por los monopolios y la complicación gigantesca de la lucha económica y política de dicha clase, debido al crecimiento de los monopolios capitalistas; los horrores, las calamidades, la ruina y el embrutecimiento engendrados por la guerra imperialista, todo esto hace que el actual grado de desarrollo del capitalismo signifique la era de la revolución socialista proletaria.”

En esta parte final y subrayada de la cita de Lenin encontramos algo de la mayor importancia: del análisis del modo de producción dominante a escala mundial y su desarrollo Lenin deduce *la característica política fundamental de todo un período histórico*. De una determinación de orden económico deduce

una determinación de orden político: *el carácter de la época*.

Esto no significa que cualquier determinación de orden político, incluso la más circunstancial e inmediata, tenga el mismo grado de dependencia de las determinaciones económicas. En una situación política concreta confluyen, como hemos dicho, factores de diversa índole, y los específicamente políticos (organización política de las clases en sus partidos, estructura del aparato institucional, etc.), que juegan el papel de determinantes más inmediatos, dan al nivel político una relativa autonomía respecto del nivel económico (grado de desarrollo del modo de producción dominante).

Sin embargo, en la determinación del *carácter de la época*, que es una determinación del *nivel político*, es muchísimo más directa la dependencia del nivel económico. Vemos en la cita de Lenin que del estudio del capitalismo monopolista en su fase imperialista deduce *de manera directa* la determinación del *carácter de la época*, como “la era de la revolución socialista proletaria”. Para decirlo más claramente, del estudio del imperialismo se puede deducir, dado el grado de agudización de sus contradicciones, la etapa histórica siguiente (“el imperialismo es la antesala del socialismo”), pero de ese mismo estudio no se puede deducir *directamente* el *momento más justo* para llamar a la insurrección contra el Gobierno Provisional, ni se puede tener desde allí la certeza de que la consigna “Todo el poder a los Soviets” era una consigna justa en determinado momento e injusta en otro. Sin embargo, también resulta claro que estas últimas cuestiones (específicas del nivel político) no podrían determinarse de manera justa, es decir, científicamente, si no hubiera claridad acerca de cuál es el marco político más general dentro del que se constituye cualquier situación política concreta. Y este marco de referencia no es otro que la determinación del carácter de la época.

Así, el carácter de la época es el marco de referencia obligatorio para un análisis científico de una situación política determinada, y el nexo principal entre el factor determinante en última instancia (el modo de producción) y los factores determinantes inmediatos (los que se refieren en general a la cuestión de la correlación de fuerzas).

Queremos mostrar en esta parte, para darle un carácter más concreto a nuestra exposición, cómo las tareas fundamentales planteadas para un período histórico a un partido revolucionario cambian según cambie el carácter de la época. Cuando Lenin define nuestra época como *época del tránsito del capitalismo al socialismo*, no está haciendo una mera consideración histórica. Está trazando también una línea de demarcación entre la actividad de los partidos revolucionarios antes del desarrollo imperialista del capitalismo, y las *nuevas tareas* que ese desarrollo pone a la "orden del día". No en balde hace estas consideraciones sobre el imperialismo en los "Materiales para la revisión del Programa del Partido".

Por contraposición a nuestra época podemos definir la época inmediatamente anterior como una época de afianzamiento y extensión del modo capitalista de producción en Europa y hacia el resto del mundo. Esta época, que comienza a abrirse paso varios siglos atrás, se caracteriza por el desarrollo de la producción capitalista en el seno de cada país, su dominio por sobre el feudalismo, las revoluciones burguesas, y, una vez afianzado el poder político y económico de la burguesía, la extensión creciente, sobre todo a lo largo del siglo XIX, de la producción capitalista a nivel mundial.

Una de las tesis fundamentales de Lenin dice relación con la diferencia que él establece entre dos momentos diferentes dentro de un mismo modo de producción dominante según su grado de desarrollo específico: un momento *ascendente*, en que este modo está en pleno desarrollo, posee reservas para desa-

rollarse aún más y sus contradicciones no se han agudizado, y un momento *descendente*, de descomposición de ese modo de producción, cuando ya las reservas que hacen posible su expansión están en vías de agotarse y cuando se han agudizado sus contradicciones esenciales.

Este agotamiento coincide con la germinación, en el seno del modo de producción capitalista, de las condiciones materiales que harán posible el modo socialista de producción que lo reemplazará. El gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas propio del capitalismo se caracteriza por la *socialización* creciente del proceso productivo, esto es, por el carácter cada vez más complejo e interdependiente de todos los procesos productivos y por la *socialización del proceso de trabajo*, lo que, consecuentemente, entra en contradicción cada vez más aguda con la *forma privada* de apropiación del producto del trabajo cada vez más colectivo. Por eso Lenin puede decir que el imperialismo, que representa precisamente esta fase del desarrollo del capitalismo, es la antesala del socialismo. Las condiciones *materiales* que harán posible el socialismo se gestan a lo largo de todo el período de vida del modo capitalista, pero maduran durante su fase imperialista.

De esta demarcación entre el momento ascendente y el momento descendente de un modo de producción se desprenden conclusiones políticas de la mayor importancia. Es el hecho de que el capitalismo, en su fase monopolista, entrara en su momento descendente (Lenin dice: fase de descomposición) lo que pone a la orden del día la revolución socialista.

Por el contrario, en los días en que Marx y Engels organizaban al proletariado europeo y creaban la Primera Internacional, el capitalismo aún no alcanzaba su fase imperialista (de descomposición). No estaba planteada como una necesidad objetiva de la época, no estaba a la orden del día la posibilidad de una revolución socialista exitosa en esos momentos,

precisamente porque el modo capitalista de producción estaba en pleno desarrollo.

De esto se desprende que la actividad de los partidos obreros de esa época, de los tiempos del capitalismo premonopolista, de la época de Marx y Engels, orientada en el sentido señalado más arriba, era la que estaba a la orden del día en ese momento. Era, por lo tanto, la *tarea más revolucionaria*, si lo revolucionario es plantearse y resolver las tareas propias de cada período histórico. De esto mismo se desprende que los partidos que perseveraron en este estilo y en estas tareas, entrada ya la fase de declinación del capitalismo, es decir, los partidos que no tuvieron en cuenta científicamente el carácter de la época nueva que se abría, y no se plantearon las nuevas tareas correspondientes a ella, cayeron en los errores fustigados por Lenin en su crítica a la II Internacional: el reformismo y, en último término, su incapacidad para comprender la naturaleza imperialista de la Primera Guerra Mundial.

Las deformaciones reformistas tienen su origen, entre otros elementos, en esta falta de *perspectiva* para situarse en el marco de una etapa histórica de sentido revolucionario. Lenin, al hacer su estudio sobre el imperialismo, daba extraordinaria importancia a lo que define como la crítica del imperialismo, es decir de la actitud, reformista, reaccionaria o revolucionaria, con que enfrentan las distintas clases de la sociedad la política del imperialismo, en consonancia con la ideología general de las mismas:

“Lo esencial en la crítica del imperialismo es saber si es posible modificar mediante reformas las bases del imperialismo, si hay que seguir adelante, agudizando y ahondando más las contradicciones que el imperialismo engendra, o hay que retroceder atenuando dichas contradicciones.”

Dice Lenin:

“No incumbe al proletariado oponer a la política del capitalismo más progresiva, la política pasada del libre cambio y la actitud hostil frente al Estado. La respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero, al imperialismo, puede ser no el libre cambio, sino sólo el socialismo. El fin de la política proletaria no puede ser, actualmente, la restauración de la libre competencia, que se ha convertido ahora en un ideal reaccionario, sino únicamente la destrucción completa de la competencia mediante la supresión del capitalismo.” Y agrega luego que “una vuelta atrás del capitalismo monopolista al capitalismo no monopolista no pasa de ser un engaño reformista”.

De la misma manera como las tareas planteadas a los partidos revolucionarios son ahora distintas a las tareas planteadas a los partidos del tiempo de Marx y Engels, precisamente por estar ahora y no antes el tránsito al socialismo a la orden del día, los partidos revolucionarios deben adoptar una organización tal que les permita hacer frente a esta gran tarea histórica que tienen por delante. La organización de los partidos obreros, adecuada a un tipo de tareas, debe dar paso ahora a una organización de nuevo tipo, a la formación del *partido de nuevo tipo*, al partido de estructura leninista, al partido capaz de preparar y de llevar a cabo la revolución socialista.

No son, sin embargo, sólo estas consideraciones las que permiten decir que el imperialismo pone la revolución socialista a la orden del día: otras consideraciones, de índole política y no sólo económica, son esenciales para esta comprensión, como para la comprensión, más general, de la tesis leninista de la determinación de la situación política por las características históricas de la época.

La afirmación que hemos hecho más arriba, en el sentido de que una situación política estaba determinada en última instancia por los modos de producción coexistentes en una sociedad y el grado de desarrollo relativo de cada uno de ellos, era, con todo, una afirmación todavía abstracta. En efecto, tal como se hizo evidente más adelante, todo momento histórico de una sociedad dada está enmarcado en una época histórica a nivel mundial o más general, esto es, toda situación política se encuentra no sólo en el contexto de una sociedad dada, sino en el contexto de la época en que tal situación tiene lugar. Esa situación histórica más general, esa época histórica determinada, está definida, como hemos dicho, por el modo de producción dominante a nivel mundial y su grado de desarrollo.

Por eso, cuando decimos que toda situación política está determinada en última instancia por los modos de producción existentes y su grado de desarrollo (*lo que implica su desarrollo a nivel mundial*), no hacemos sino que expresar de manera abstracta *lo mismo* que definimos en forma concreta cuando decimos que es el carácter de la época lo que determina una situación política; no se trata, pues, de dos factores determinantes diferentes: la época histórica se define justamente por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Podemos decir, para ser más explícitos, que lo característico del desarrollo de las fuerzas productivas es constituir épocas históricas.

Así, volviendo al ejemplo del imperialismo, podemos entender más precisamente qué queremos decir al afirmar que la situación política está determinada en última instancia por el grado de desarrollo de los diversos modos de producción o, lo que es lo mismo, por el carácter de la época.

El imperialismo no sólo representa por sus características económicas intrínsecas la antesala del socialismo. Lo que contribuye también fundamentalmente a que el imperialismo ponga la revolución socialista

a la orden del día son las consecuencias políticas de éste: la fase monopolista del capitalismo se caracteriza por la concentración gigantesca del capital, esto es, por la posesión de los medios de producción fundamentales cada vez en menos manos. Cada vez más y más sectores de la burguesía son desplazados de la propiedad y con ello del poder, y pasan a formar parte de otras clases y capas; el proletariado, por su parte, va creciendo cada vez más en número y en organización: la socialización creciente del trabajo agrupa cada vez mayores contingentes obreros y los educa y organiza en las necesidades crecientes del proceso de producción. Por otro lado, el avance monopolista del capitalismo agudiza la tendencia del capitalismo a destruir todas las formas no capitalistas de producción, y conlleva así, en un grado creciente, la destrucción de la pequeña producción o su sometimiento total al poderío del capital: cada vez más mayores sectores de la pequeña burguesía urbana y campesina caen en las filas del proletariado y engruesan su número o se ven reducidas a la pauperización más aguda. En resumen, no sólo crece el proletariado en organización y número; crecen también las fuerzas sociales no proletarias cuyos intereses de clase requieren de la destrucción del capitalismo; crecen a la vez las contradicciones en el seno mismo de la burguesía, dividida en sectores monopolistas y no monopolistas. Estas características del desarrollo de la fase monopolista del capitalismo, propias del nivel político, unidas a las del nivel económico, son las que permiten decir que la etapa imperialista pone la revolución socialista a la orden del día. El proletariado puede encontrar así en otras clases del pueblo los aliados indispensables para su lucha contra el capital.

¿Por qué entonces la determinación científica del carácter de la época es fundamental en el método de análisis de una situación política concreta?

Porque dado el hecho de que una situación política es un momento concreto de la lucha de clases,

es necesario saber objetivamente *qué clases* son las que se expresan en una sociedad y cuáles son no sólo sus objetivos inmediatos, o circunstanciales, sino, ante todo, sus objetivos históricos. Cuando el proletariado, a través de sus partidos, se plantea tal o cual objetivo inmediato, es preciso tener en cuenta cuál es la *perspectiva* de esa iniciativa política, pues es evidente que los intereses en juego de una clase en una situación política determinada tienen que ver no tanto ni tan sólo con la solución que pretenden dar a esa situación delimitada y concreta, sino con el sentido que ese objetivo tiene en una cadena de iniciativas de la cual ésta es sólo un eslabón. Ese *sentido* se determina a partir de la actitud que adopta cada clase frente a las contradicciones propias de la época de que se trate, y estas contradicciones sólo pueden conocerse a partir de un estudio científico del carácter de la época.

“Carácter de la época” no es sinónimo de período histórico, en el sentido en que se habla de periodización cuando se dice que al período esclavista siguió un período feudal y a éste uno capitalista. La determinación del carácter de la época es el marco de referencia para el análisis de una situación política cualquiera a partir del estudio del grado de desarrollo del modo de producción dominante a escala mundial, y, por lo mismo, de las contradicciones de clase, es decir, de las contradicciones políticas que pone a la orden del día y del sentido histórico en que esas contradicciones habrán de resolverse.

EL CONCEPTO DE “PERSPECTIVA”

En el último capítulo hemos definido, en sus rasgos generales, el concepto leninista de carácter de la

época. Esa definición no quedaría completa, sin embargo, si no desarrollamos otros puntos de ese concepto que permiten desprender consecuencias que sirven también al análisis de una situación política.

La noción de carácter de la época es, como hemos visto, una noción *política*. Pero sabemos que esa definición supone, entonces, la determinación del nivel económico de que depende, esto es, que el carácter político general de la época está determinado a partir de la definición del modo de producción “puesto a la orden del día” por el desarrollo actual de las fuerzas productivas, a partir del enfrentamiento del nuevo modo de producción con el antiguo y de su inevitable triunfo sobre él.

El conocimiento de la sustitución inevitable de la producción capitalista por la socialista, o sea, el conocimiento del *sentido* del proceso histórico actual al permitir determinar el marco político general dentro del cual se insertan necesariamente los diversos enfrentamientos de las clases, y al definir también la *dirección en que evoluciona ese marco político*, permite determinar el sentido político general y el sentido en que han de *resolverse* los conflictos entre las clases.

Esta noción del sentido del proceso histórico actual, de la dirección hacia la que apuntan los diversos enfrentamientos de clase y, por tanto, de la forma en que han de resolverse esos conflictos, es lo que Lenin entiende de un modo general por “*perspectiva*”.

Así, si el carácter de la época define el marco político en que se insertan todos los enfrentamientos de clase, la comprensión cabal de toda situación política concreta, así como la comprensión de todo fenómeno político nuevo, exige juzgar esa situación y esos fenómenos políticos ubicándolos en la perspectiva determinada a que apuntan: exige juzgarlos, por consiguiente, “en perspectiva”. Más concretamente: definido ya el carácter de la época, debemos preguntarnos

respecto de todo fenómeno político: ¿de qué manera está dispuesto respecto de la lucha por el socialismo?, ¿contribuye o no a la aproximación de ese objetivo?, ¿se trata acaso de un acontecimiento político que busca afianzar el imperialismo o se trata, por el contrario, de un fenómeno que de un modo más o menos directo, de un modo claro y abierto o indirecto y lejano, viene a contribuir, a *confluir* en la lucha por el socialismo? La noción de perspectiva es la noción de carácter de la época, pero referida directamente al enjuiciamiento del sentido general hacia el cual tiende a resolverse toda situación política, y, más particularmente aún, la categoría política general que permite enjuiciar el sentido de todo acontecimiento político nuevo.

De ello se desprende que las tareas políticas que se propone y lleva adelante un partido revolucionario para resolver los conflictos generados por nuevos acontecimientos o situaciones, deben ser decididas también con vistas a esa perspectiva general. El comportamiento frente a nuevos sucesos, como las iniciativas políticas, debe ser juzgado y determinado, antes que todo, según su contribución al objetivo final: toda iniciativa política que pueda significar, por ejemplo, ventajas en el momento inmediato, pero que implique a la larga dar la espalda al objetivo final, debe ser condenada como oportunista. En términos generales, el oportunismo puede ser definido precisamente por la desestimación de los objetivos finales del movimiento revolucionario y la búsqueda sin principios de ventajas inmediatas.

Se entiende, pues, de qué manera la lucha teórica y práctica de los partidos leninistas en contra del oportunismo, esto es, la mantención de una política de principios que implica definir la solución concreta frente a una situación política dada, cuidando siempre su adecuación a los objetivos finales del movimiento, está cimentada en último término en el conocimiento de la perspectiva dentro de la cual evoluciona la situación política.

La diferente actitud adoptada por Lenin y el Partido Bolchevique en Rusia, y los partidos de la II Internacional europeos frente a la guerra de 1914-1918, ilustra con claridad cómo opera esta "puesta en perspectiva" leninista de los acontecimientos políticos. La guerra de 1914-1918 era —como la definió Lenin— la manera que tenían los Estados imperialistas europeos de dirimir la cuestión del reparto del mundo, para asentar el dominio de una nación imperialista sobre el mundo y sobre sus vecinas competidoras. ¿Cuál era entonces la actitud que debían adoptar los partidos proletarios? Los partidos de la II Internacional, temerosos de enfrentar abiertamente a la burguesía y temerosos de perder la fuerte influencia que habían alcanzado dentro del movimiento obrero si se oponían a una guerra para la cual la propaganda y la agitación chauvinista burguesa habían logrado crear un ambiente favorable, se limitaron al comienzo a condenar la guerra de un modo meramente formal, para terminar apoyando decididamente después a los gobiernos burgueses "en defensa de la patria".

Lo que había que ver —y es lo que Lenin mostró en los escritos en que fustiga el oportunismo de la socialdemocracia— es que la guerra imperialista buscaba afianzar no sólo nacional sino internacionalmente el poderío del capital y que eso significaba alejar enormemente las posibilidades de triunfo de la clase obrera y del socialismo. Había que entender también que la guerra significaba, con todo, un debilitamiento de la burguesía en cada país, y que esa debilidad debía ser aprovechada por el proletariado para ganar posiciones, para ganar aliados dentro del pueblo, cuyas contradicciones con la burguesía, agudizadas por la guerra y por sus horrores, los empujaban hacia el proletariado.

Todo ello hacía imperioso oponerse resueltamente a la guerra, aun si en lo inmediato eso significara perder influencias dentro de los sectores del pueblo engañados por la agitación burguesa. El apoyo a la

política imperialista de parte del proletariado, la única clase capaz de oponerse con firmeza a la burguesía y de encabezar el rechazo del pueblo a su política, significaba entregarle todo el terreno a la burguesía, entregarle, en el fondo, el apoyo unánime que requería para su política. Es, como se sabe, la firmeza con que Lenin y el Partido Bolchevique supieron defender y llevar a cabo esa posición de principios de rechazo a la guerra imperialista, gracias al análisis de su sentido general, una de las condiciones fundamentales del triunfo de la revolución socialista de 1917. Conocemos también, por otro lado, el destino histórico de los partidos de la II Internacional.

Veremos más adelante en detalle, en la segunda parte de este libro, cómo fue también la correcta evaluación hecha en 1965 por el Partido Comunista de Chile del sentido de la nueva política reformista aplicada por la burguesía, representada por el gobierno demócratacristiano de Frei, una de las condiciones esenciales de la formación de la Unidad Popular y del triunfo del 4 de septiembre de 1970. Dicho en dos palabras; era preciso juzgar las iniciativas reformistas de la Democracia Cristiana "en perspectiva", esto es, según si pretendían el reforzamiento del capitalismo o si abrían paso, a pesar suyo, al avance del progreso social y de las fuerzas populares. Ese destino contradictorio es propio del reformismo: obligado a introducir cambios que le permitan conservar lo fundamental, introduce brechas en su sistema, que, bien aprovechadas, pueden transformarse en puertas tan amplias como aquellas por donde se introdujo el pueblo cuando conquistó su unidad.

De esa manera la definición de todo acontecimiento político según la perspectiva a que apunte la justa valoración del sentido de los acontecimientos políticos nuevos, es condición indispensable de la correcta definición de una política adecuada. Esa puesta en perspectiva permite, por lo tanto, trazar una línea demarcatoria entre lo que obstaculiza y lo que

favorece el avance hacia el socialismo; permite igualmente trazar una divisoria entre los comportamientos revolucionarios y los oportunistas: oportunista es la actitud de los que apoyan la guerra imperialista y la de los que apoyan en bloque el reformismo burgués de Frei; revolucionaria es la actitud de los que se oponen a la guerra imperialista y saben aprovechar esa coyuntura para debilitar aún más al capitalismo; revolucionaria es también la actitud de los que saben trazar líneas divisorias en el seno del reformismo burgués, para apoyar todo lo que permita avanzar en las luchas del pueblo y rechazar todo cuanto signifique el fortalecimiento de la reacción.

EL CONCEPTO DE CORRELACION DE FUERZAS INTERNACIONAL O DE SITUACION INTERNACIONAL

Resulta imposible analizar correctamente una situación política dada y determinar una iniciativa política justa, si no se conoce también el marco político internacional, la correlación de fuerzas existente en un momento dado internacionalmente.

Se trata aquí de un factor determinante mucho más cercano que los que hemos considerado antes; se trata, en ambos casos, de realidades del mismo tipo, de realidades políticas.

Las mismas determinaciones últimas que eran válidas en el caso del carácter de la época, resultan válidas aquí. La situación internacional depende en última instancia también del grado de desarrollo de las fuerzas productivas a nivel mundial, de los diversos modos de producción que coexisten en cada sociedad y a nivel mundial; pero así como para la deter-

minación del carácter de la época resultaba decisivo el grado de desarrollo de los modos de producción dominantes a nivel mundial y el sentido que imprimían al proceso histórico en su conjunto, para la determinación de la correlación de fuerzas internacional resultan decisivos los distintos momentos del enfrentamiento de esos modos de producción, que dependen por lo tanto del reforzamiento del uno y del debilitamiento del otro, y decisivos también los distintos modos de producción y su combinación en el seno de todas las demás sociedades no definidas directamente por su carácter imperialista o socialista.

Nosotros examinaremos este concepto, sin embargo, sólo en lo que importa a nuestro tema central. No obstante eso, tenemos que desarrollar aún algunos elementos que enriquecen lo que se refiere al carácter de la época, como una manera de introducir a la vez el capítulo siguiente, acerca del carácter de la revolución.

En nuestra época de tránsito del capitalismo al socialismo no hay ningún fenómeno histórico, económico o político que no esté determinado de algún modo por el enfrentamiento de esos dos sistemas, y que no venga, en consecuencia, a participar de una manera u otra a favor o en contra de uno de ellos.

Dicho en otros términos, como el sentido del proceso histórico actual, esto es, el marco histórico general dentro del cual se mueve hoy el mundo está constituido por el enfrentamiento de esas dos grandes fuerzas históricas, no hay ningún acontecimiento político que pueda sustraerse al influjo de esas fuerzas, no hay ningún acontecimiento que pueda dejar de *sumarse* a ese proceso y, por consiguiente, ningún acontecimiento deja de *influir a su vez* en ese proceso histórico unitario.

Esta especial relación, según la cual se suman al proceso general, influyendo sobre él, los procesos particulares que están justamente determinados por el proceso general, o, dicho con mayor precisión, se su-

man a las fuerzas que encabezan y dominan el proceso las fuerzas subordinadas, de tal modo que las fuerzas subordinadas refuerzan, y por tanto influyen, a las fuerzas que las dominan, no es sólo una característica de nuestro tiempo; es una característica del proceso histórico en general. Ello ocurre no sólo, como estamos viendo aquí, entre las fuerzas que actúan a nivel mundial, sino también entre las fuerzas que actúan en el seno de una sociedad dada; más aún, ocurre así también entre las fuerzas que configuran un proceso particular de una parte específica de la sociedad.

El proceso histórico, precisamente por ser un proceso, esto es, un *frente que avanza* en un sentido determinado, pone a una de las fuerzas que componen ese frente por delante de las demás, como la fuerza más avanzada, la fuerza en torno a la cual se constituye el frente, la fuerza o clase social destinada, según el sentido general del proceso histórico de ese momento, a encabezar el movimiento. Ese frente se abre paso ganando fuerzas y restándoselas al bloque que se opone a su desarrollo: eso significa, de manera más concreta, que el proceso avanza en la medida en que esa fuerza de avanzada logra reunir a su alrededor mayores fuerzas, esto es, cabalmente lo que decíamos antes: la fuerza principal modifica a las otras y las somete a su influencia, para verse influida y reforzada a su vez por esas fuerzas que se le agregan. El proceso histórico avanza en una dirección determinada gracias a la incorporación de múltiples fuerzas, aparentemente alejadas y sin relación unas con otras, que confluyen en esta dirección fundamental en torno a la fuerza más avanzada.

Estas explicaciones guardan estrecha relación con nuestro tema. Páginas atrás, hablando del carácter de la época, definimos el período que va aproximadamente desde el siglo XV hasta fines del siglo XIX como la época del desarrollo, triunfo y afianzamiento del capitalismo sobre el feudalismo. Lo característico

de esa época es el avance constante de la burguesía, el debilitamiento constante del feudalismo y de las clases feudales. Todos los acontecimientos históricos de la época están determinados por ese enfrentamiento; más aún, tal como decíamos, todos los acontecimientos políticos, también aquellos que parecen más alejados, *tienen como condición* la existencia de ese enfrentamiento y se incorporan a él. Sin el marco del ascenso de la burguesía y del debilitamiento del feudalismo no podrían haber ocurrido, y serían incomprensibles, las luchas que enfrentan al rev, que busca asentar la autoridad del poder central, con los señores feudales, representantes del poder local autónomo y disperso: el desarrollo del capitalismo, que se caracteriza económicamente por la ruptura de las limitaciones locales y por su tendencia a unificar el territorio nacional como consecuencia de la creación de los mercados, significó políticamente también su alianza con el poder central en contra del poder local: las luchas del rev se asientan en el desarrollo previo de la burguesía, pero a su vez esas luchas vienen a contribuir a la lucha general del capitalismo contra el feudalismo, como un afluente más a esa corriente central del desarrollo histórico.

¿Qué ocurre en nuestros días?

Como en la época anterior, todas las luchas sociales, por más alejadas y heterogéneas que parezcan, por independientes que pretendan ser, se insertan en el marco del triunfo del socialismo sobre el capitalismo y confluyen o se resisten a la gran lucha histórica por el socialismo. Más concretamente, dado el triunfo del socialismo en diversos países, a partir de la Revolución Socialista de 1917, todos los acontecimientos están determinados por la lucha entre el imperialismo y el socialismo y son parte constituyente de esa lucha.

Más aún, si el desarrollo de las fuerzas productivas, el sentido de la época, pone en perspectiva más lejana o más próxima, en todo el mundo, el tránsito al socialismo, se entiende, a partir de las explicaciones que hemos dado, que una clase social, la clase obrera,

la clase "representante" del modo de producción más avanzado que se está imponiendo, pase a ser en todo el mundo, aun allí donde el débil desarrollo del capitalismo genera una clase obrera poco numerosa, la clase de avanzada, la clase en torno a la cual se forma el frente que ha de abrir paso al socialismo, en un plazo más o menos lejano, a través de más o menos etapas intermedias. Es, por cierto, tarea de los partidos revolucionarios organizar y preparar a la clase obrera para que pase a tomar efectivamente esa tarea en sus manos.

Queda en claro entonces, de una manera general, que la lucha por el socialismo no se libra sólo en aquellos países que lo están construyendo, ni en aquellos donde está planteada la revolución socialista. Todos los pueblos que han logrado liberarse de la dependencia imperialista o colonial, y que luchan por un desarrollo independiente, así como todas las fuerzas y clases que en el seno de los países sometidos a la explotación imperialista o colonial luchan por liberarse de ese yugo, esto es, todos los pueblos que luchan por su liberación nacional, se insertan también dentro de este amplio marco y contribuyen, debilitando al imperialismo, al más rápido advenimiento del socialismo en todo el mundo, aunque el carácter inmediato de esas luchas no apunte de manera directa al socialismo. Sin embargo, incluso en esos casos, el fortalecimiento creciente de la clase obrera, y su manifestación cada vez más marcada como la clase más avanzada, acentúan al mismo tiempo la tendencia socialista positiva de esas luchas.

¹De todo esto se concluye que son ilusorias y utópicas todas aquellas posiciones que pretenden erigirse hoy día como alternativas entre el capitalismo y el socialismo. La llamada "tercera posición" o tercera vía de desarrollo, publicitada durante tantos años en Chile por el PDC y que pesa también hoy en su línea de oposición a lo que llama "socialismo estatista", es, en el mejor de los casos, una alternativa irrealizable, una alternativa que se pone fuera de la historia.

Esta comprensión profunda del encadenamiento más íntimo del proceso histórico, según la cual fuerzas relativamente heterogéneas (definidas de manera abierta o no por el socialismo), pero unidas al menos por un interés común (la lucha contra el imperialismo), confluyen y se suman por fin en torno a la clase más avanzada, la clase obrera, con vistas a la tarea histórica determinada por el carácter de la época (el advenimiento del socialismo), es lo que permite a los partidos leninistas definir las tres grandes fuerzas que abren paso hoy día, a través de sus luchas, al socialismo: el sistema de los países socialistas, las luchas de la clase obrera en los países imperialistas y capitalistas avanzados y las luchas de liberación nacional (encabezadas por la clase obrera de esos pueblos).

Pero así como, ya sea a nivel mundial, ya sea en el seno de una sociedad, el sentido en que se encamina la historia pone a una fuerza social como fuerza de avanzada y a otras fuerzas como subordinadas a ésta, respecto de la tarea histórica de la época, así también el sistema de los Estados socialistas representa la fuerza de avanzada de este frente amplio por el socialismo, y dentro de los Estados socialistas, aquel que ha avanzado *históricamente* más en el socialismo: la Unión Soviética. No hay nada de arbitrario, pues, en la afirmación de los partidos leninistas que confiere a la Unión Soviética el carácter de avanzada del movimiento revolucionario mundial: la Unión Soviética, en tanto es el país socialista más avanzado, actúa como la gran masa gravitacional hacia donde confluyen todas las fuerzas nuevas de la historia.

La correlación de fuerzas internacional está determinada entonces, en sus rasgos generales, por esa disposición de las fuerzas a nivel mundial: las tres grandes fuerzas que confluyen hacia el socialismo, por un lado; por otro, las fuerzas del imperialismo y sus aliados. Pero, dado que la historia se mueve en un proceso a la larga irreversible en favor del socialismo, es claro que día a día nuevas fuerzas vienen a

unirse a esas tres fuerzas principales, se fortalecen los países socialistas y nuevos países emprenden la construcción del socialismo. El imperialismo pierde aliados, y se debilita más y más por la agudización de sus contradicciones internas y por la agudización de las contradicciones entre los propios países imperialistas: todo ello indica que la correlación de fuerzas internacional se modifica, siguiendo sus ritmos propios, de acuerdo a esos cambios, haciéndose en general cada vez más favorable al socialismo. Las fuerzas que están por el socialismo confluyen y se potencian unas a otras, haciéndose cada vez más estrecha su unión; entretanto, crecen las contradicciones y las divisiones en el campo del imperialismo.

Sin embargo, como toda correlación de fuerzas, la correlación de fuerzas internacional tiene un determinado grado de autonomía. Dentro del marco general que hemos definido, es propio de ella avanzar o retroceder con una cierta independencia de esa tendencia general; es propio de ella modificarse según se modifique de manera más o menos importante la correlación de fuerzas interna en un país o en un grupo de países.

Un rasgo inmediato de la correlación de fuerzas internacional merece no obstante ser destacado. Así, como la correlación de fuerzas internacional influye en la correlación de fuerzas interna, y si entendemos que en último término la correlación de fuerzas internacional no es sino la resultante de la correlación de fuerzas de todas las clases que coexisten en un momento dado en todos los países, podemos entender que la correlación internacional se ve a su vez afectada por las modificaciones de la situación política interna de un país dado. Pero esas modificaciones no la afectan de la misma manera. Se comprenderá que afecten más a la correlación de fuerzas internacional las modificaciones que tengan lugar en el seno de los países que encabezan las grandes fuerzas sociales de la época. Un cambio en la correlación de fuerzas

dentro de Estados Unidos afecta de manera incomparablemente mayor la correlación internacional que un cambio en otro país capitalista, digamos, Suecia.

La correlación de fuerzas internacional influye en la situación política concreta y particular de cada país y es uno de los factores determinantes de esa situación. La derrota del FRAP en 1964 y el triunfo de la Unidad Popular en 1970 están determinados, entre otras cosas, por la distinta correlación de fuerzas internacional en esos momentos. En 1964 no sólo estaba Chile rodeado de gorilas: el imperialismo había incrementado su política agresiva, acentuando la escalada en Vietnam, invadiendo Cuba, Santo Domingo, propiciando golpes derechistas en Brasil y Argentina y levantando con éxito una alternativa supuestamente reformista para Chile, en el marco de la ofensiva representada asimismo por la Alianza para el Progreso. En 1970 se vive un período de auge del movimiento revolucionario y antiimperialista en América Latina. Por sobre los cercos y las amenazas, Cuba logró consolidar el socialismo; en Perú gobiernan militares de tendencia nacionalista y que, por lo mismo, han entrado a chocar de manera más o menos abierta con los intereses del imperialismo norteamericano; en Argentina, México y Uruguay las luchas de los obreros y de los estudiantes adquieren una envergadura no conocida hasta ahora; en Uruguay se constituye el Frente Amplio, que es una inevitable alternativa de poder, mediata o inmediata; varios gobernantes latinoamericanos, que no simpatizan precisamente con el socialismo, hablan un lenguaje que reivindica los intereses latinoamericanos frente a los privilegios cada vez más irritantes de las compañías vanquis y a las presiones políticas del gobierno norteamericano; ni el plumario más obsecuente del imperialismo habla ya de la Alianza para el Progreso, una iniciativa que nació abortada. Por otra parte, nadie duda a esta altura de que Estados Unidos será derrotado en Vietnam; que su situación interna es cada vez más un

freno para los guerreristas; que el repudio mundial a su política agresiva ha mejorado la correlación de fuerzas en favor del socialismo.

EL CONCEPTO LENINISTA DE "CARACTER DE LA REVOLUCION"

Hemos dicho que las luchas de liberación nacional, las revoluciones antiimperialistas, si bien se inscriben necesariamente en la *perspectiva* general de la revolución socialista mundial, no se plantean como objetivo inmediato la construcción del socialismo. Es to significa que el *carácter de la revolución* que está planteada en esos países no es precisamente el de una revolución socialista.

¿No es esto contradictorio con la afirmación de que la época actual se caracteriza, a nivel mundial, por el tránsito del capitalismo al socialismo?

Veremos que no lo es.

Hay que distinguir entre la *perspectiva* socialista de una revolución y el *carácter* socialista de una revolución. La perspectiva socialista de la revolución dice relación con el *sentido final* que tienen las transformaciones necesarias en una sociedad, que sin ser en sí mismas socialistas, desbrozan el camino para realizar ulteriores transformaciones de *carácter socialista*. El carácter socialista de una revolución, en cambio, dice relación con las transformaciones de tipo socialista que dicha revolución realiza, es decir, la abolición de toda forma de propiedad privada sobre los medios de producción, la abolición, por ende, de la apropiación privada del producto del trabajo social y el reemplazo de esa forma de apropiación por la apropiación colectiva de los medios de producción y

de los productos del trabajo. Esto supone, en términos políticos, que la clase obrera haya alcanzado una fuerza tal, que esté en condiciones de derrotar a la burguesía, dar paso a la propiedad colectiva de los medios de producción y organizar la producción socialista a gran escala.

¿Está acaso la clase obrera de cualquier país en condiciones de encarar hoy como objetivo inmediato estas tareas? Evidentemente no.

Si bien la clase obrera conquistará al fin el socialismo, se liberará de la explotación capitalista y con ello liberará a toda la sociedad de la explotación del hombre por el hombre, necesita cumplir previamente las tareas preparatorias de la revolución y que constituyen las etapas intermedias de ese proceso revolucionario.

El hecho de que la clase obrera de un determinado país deba plantearse tareas que representan *etapas* intermedias, cuya realización abre paso al socialismo, y que la clase obrera de otro país pueda plantearse como objetivo inmediato la revolución socialista, nos muestra que determinados países están más avanzados, otros más retrasados, en relación a la tarea histórica de construir el socialismo. De esta diferencia depende el carácter de la revolución en cada país.

¿De qué depende esta diferencia, este "retraso" de algunos países respecto de otros? ¿De qué depende que el carácter de la revolución en cada uno de esos países sea distinto?

Depende de algo con lo que ya estamos familiarizados: del grado de desarrollo de las fuerzas productivas en cada país, del grado de desarrollo específico de los distintos modos de producción que coexisten en esa sociedad; depende, en definitiva, de cuál es la contradicción principal que impide el desarrollo de las fuerzas productivas en esa sociedad.

Hemos dicho que en una sociedad, en un país dado, hay un modo de producción *dominante*, pero

que ese modo de producción no es el único, sino precisamente el *dominante* respecto de *otros* modos de producción con los que coexiste de manera más o menos conflictiva.

Este entrelazamiento de diversos modos de producción dentro de una sociedad dada es la expresión de una característica esencial del desarrollo de las fuerzas productivas: su desarrollo desigual. Como vimos al estudiar la determinación leninista del carácter de la época, el desarrollo desigual de las fuerzas productivas a nivel mundial determina que coexistan países donde el capitalismo ha alcanzado su fase superior, el imperialismo, con otros que recién comienzan un desarrollo capitalista poderoso y otros que viven dentro de modos de producción muy atrasados. El propio capitalismo se ha desarrollado de modo desigual en el mundo, y ya en 1912 basaba Lenin en esa realidad la posibilidad de que el socialismo se desarrollara primero en un solo país y no en un conjunto de países simultáneamente.

Por lo tanto, es esa característica esencial del desarrollo de las fuerzas productivas que detectamos antes a nivel mundial la que se expresa igualmente en cada país, determinando que puedan coexistir en ellos formas de producción muy atrasadas con otras muy avanzadas y que el propio capitalismo se encuentre, en cada uno de esos países, en distinto grado de desarrollo.

Más aún, como la fase imperialista del capitalismo se caracteriza, entre otras cosas, por la exportación de capitales hacia los países ricos en las materias primas que el imperialismo necesita, ocurre que se desarrollan localmente en esos países las formas propias de la producción capitalista en medio de formas históricas más atrasadas de la producción que dominan esa sociedad. Es por ejemplo el caso del desarrollo de la industria extractiva en Chile hacia fines del siglo pasado y comienzos de éste, en medio de una sociedad dominada por formas precapitalistas de producción, y

en general es una realidad que se repite en casi todos los países de América Latina, Asia y África sometidos al imperialismo.

Como se sabe, Marx demostró que cuando las fuerzas productivas en el seno de una sociedad alcanzan un determinado grado de desarrollo, entran en contradicción aguda con las relaciones de producción dominantes en esa sociedad. Estas relaciones se constituyen entonces en obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas y terminan por ser barridas por nuevas relaciones de producción, correspondientes a ese desarrollo. Con ello expresamos de otra manera lo mismo que antes llamamos pugna entre los distintos modos de producción y el reemplazo revolucionario de un modo de producción por otro.

El capitalismo se caracteriza por el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas en relación a todas las formas de producción que lo precedieron. Así, dentro de una sociedad dominada por formas precapitalistas o feudales, en el seno de la cual se desarrolla el capitalismo, la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción dominantes se da como contradicción entre el capitalismo y las formas precapitalistas con las que convive: las relaciones feudales y sus formas políticas correspondientes significan un obstáculo al desarrollo más pleno y más elevado del capitalismo, que éste termina por romper, para asegurar su propio dominio sobre la sociedad, una vez que se ha robustecido suficientemente y que ha debilitado en su desarrollo las bases económicas del poder político feudal.

La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción tiene, en el caso del tránsito del capitalismo al socialismo, un carácter distinto. Aquí no son las fuerzas productivas desarrolladas por un modo de producción las que entran en contradicción con otro modo de producción que existe igualmente "al lado" suyo y que es dominante, como en el caso de la pugna del capitalismo y el feudalismo,

sino que las fuerzas productivas generadas por el mismo capitalismo entran en contradicción con las relaciones de producción del propio sistema capitalista. Esta contradicción, se da, como hemos visto en los primeros capítulos, como contradicción entre el carácter social del proceso productivo y la apropiación privada de los productos del trabajo, basada en la propiedad privada de los medios de producción. Es propio del desarrollo específicamente capitalista de las fuerzas productivas la tendencia creciente hacia la socialización del trabajo. El carácter social del trabajo es una característica esencial del modo de producción capitalista. Todo incremento de las fuerzas productivas se ve necesariamente acompañado por un incremento de su carácter social. Y como este carácter crecientemente social entra en contradicción, cada vez más aguda con el carácter privado de la apropiación de los productos del trabajo a medida que progresan las fuerzas productivas, las relaciones de producción capitalistas basadas en la apropiación privada de los productos del trabajo social pasan a constituir ahora un obstáculo cada vez mayor para el desarrollo de esas *fuerzas productivas sociales*. Este desarrollo, frenado por esas relaciones de producción, exige reemplazarlas por otras, las relaciones de producción socialistas. El paso del capitalismo al socialismo es el paso del trabajo social limitado por la apropiación privada, al trabajo social pleno, absolutamente liberado, ilimitado, gracias a la apropiación colectiva de los medios de producción.

Como hemos dicho que en una sociedad se entrelazan varios modos de producción, se entiende que entre ellos hay diversas contradicciones. Hay una, sin embargo, que es, en un momento dado, la principal, mientras la otra o las otras son subordinadas. La *contradicción principal* se establece entre las relaciones de producción dominantes y el *conjunto* de las fuerzas productivas más avanzadas que pugnan por abrirse paso y que están frenadas por esas relaciones. La o

las contradicciones que se dan en el seno de esas fuerzas productivas más avanzadas, que están contenidas, a su vez, en las formas de producción más avanzadas, son precisamente contradicciones que no han alcanzado a desarrollarse del todo y a devenir principales, justamente porque existe esa otra traba, que las frena de manera principal. Estas contradicciones, no del todo manifestadas y que precisan para su desarrollo posterior la eliminación previa de la contradicción principal, están por eso subordinadas a ellas dentro de esa sociedad: son las *contradicciones subordinadas*.

Un ejemplo nos aclara esto.

En la sociedad rusa de comienzos de siglo, donde, a diferencia de otros países de Europa de la época, el feudalismo sigue dominando económica y políticamente la sociedad, el capitalismo no ha podido desarrollarse de una manera similar a la europea y se encuentra constreñido, limitado a un desarrollo mezquino, "asiático y no europeo", por el peso aplastante de la pequeña producción feudal, del trabajo personal sobre el trabajo social que genera el capitalismo. Este pobre desarrollo no significa que el capitalismo no mostrara ya las contradicciones que le son propias y que el proletariado no hubiera desarrollado ya una lucha importante contra la burguesía. La genialidad de Lenin consistió en advertir que la contradicción principal de la sociedad rusa en ese momento no era sin embargo, la contradicción entre la burguesía y el proletariado, propia del capitalismo, sino la contradicción entre el dominio del modo feudal, cuya expresión política era la dictadura de la autocracia zarista y terrateniente, y el desarrollo "europeo y no asiático" de las fuerzas productivas; y en advertir que la contradicción entre proletariado y burguesía estaba subordinada a esa principal. Polemizando con algunos marxistas de su época que concebían la Revolución de 1905 como una revolución socialista, Lenin demostró el carácter *democrático-burgués* de la revolución rusa, carácter que estaba determinado por el objetivo

principal de "barrer con lo más viejo", cuando aquello "más viejo" es el modo dominante de producción. Y junto con definir de esta manera el carácter de la revolución rusa en 1905, señalaba que "la revolución democrático-burguesa es más provechosa para el proletariado que para la burguesía", porque al barrer con el modo feudal crea las condiciones para un desarrollo libre del capitalismo y, por lo tanto, de sus contradicciones. Será la agudización de estas contradicciones, posibilitadas por la destrucción del feudalismo, lo que creará las condiciones materiales y políticas para plantearse, ahora sí, la revolución socialista como un objetivo puesto a la orden del día.

Vemos entonces que el carácter de la revolución está determinado por la *contradicción principal* que existe en el seno de una sociedad. Una vez que las tareas planteadas por la necesidad de resolver esta contradicción han sido llevadas a cabo y han dado paso así al desarrollo de las fuerzas productivas que se hallaban frenadas, la *contradicción antes subordinada deviene principal*, y nuevas tareas revolucionarias vienen a ponerse a la orden del día.

En este entrelazamiento de distintos modos de producción en pugna, donde aquellos que conllevan el desarrollo más avanzado de las fuerzas productivas se imponen por sobre las trabas que significa la existencia de otros, encontramos la explicación del carácter esencialmente dinámico de las sociedades, y el hecho de que existan períodos donde esta pugna se resuelve en forma de una ruptura, períodos de *transición* de un modo de producción dominante a otro, esto es, períodos revolucionarios.

En atención a estas cuestiones determinaba Lenin el carácter de la revolución en un país:

"Sin embargo, ¿qué significa la palabra transición? ¿No significará, aplicada a la economía, que en el régimen actual existen elementos, partículas, pedacitos *tanto* de capitalismo

como de socialismo? Todos reconocen que sí. Mas no todos, al reconocer eso, se paran a pensar qué elementos de los distintos tipos de economía social existen en Rusia. Y en esto está todo el meollo de la cuestión.

”Enumeraremos esos elementos:

- 1) Economía campesina, patriarcal, es decir, natural en grado considerable;
- 2) pequeña producción mercantil (en ella figuran la mayoría de los campesinos que venden cereales);
- 3) capitalismo privado;
- 4) capitalismo de Estado;
- 5) socialismo.

”Rusia es tan grande y tan abigarrada que en ella se entrelazan todos esos tipos diferentes de economía social. Lo original de la situación consiste precisamente en eso.

”Puede preguntarse: ¿qué elementos predominan? Está claro que en un país de pequeños agricultores predomina, y no puede dejar de predominar, el elemento pequeñoburgués; la mayoría, la inmensa mayoría de los agricultores, son pequeños productores de mercancías. Los especuladores, y el principal objeto de especulación es el trigo, rompen ora aquí, ora allá la envoltura del capitalismo de Estado (el monopolio de los cereales, el control sobre los patrones y comerciantes, los cooperadores burgueses).

”La lucha principal se sostiene hoy precisamente en este terreno. ¿Entre quién se sostiene esa lucha, si hablamos en los términos de las categorías económicas, como, por ejemplo, el “capitalismo de Estado”? ¿Entre los peldaños cuarto y quinto en el orden que acabo de

enumerarlos? Es claro que no. No es el capitalismo de Estado el que lucha contra el socialismo, sino la pequeña burguesía más el capitalismo privado los que luchan juntos, de común acuerdo, tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo. La pequeña burguesía opone resistencia a cualquier intervención del Estado, contabilidad y control tanto capitalista de Estado como socialista de Estado. Eso es un hecho de la realidad absolutamente inapelable, en cuya incomprensión está la raíz del error económico de los “comunistas de izquierda”.¹

De la cita de Lenin se desprende que para determinar el carácter de la revolución en un país es preciso, en primer término, constatar cuáles son *todos* los modos de producción que se entrelazan en una sociedad dada; en segundo lugar, establecer cuál es el que predomina, para ver en qué “peldaño” está centrada la contradicción que impide el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto significa que no necesariamente toda revolución de nuestra época debe ser una revolu-

¹El error que consiste en ver la contradicción principal entre el socialismo y el capitalismo de Estado, y en ver en el capitalismo de Estado una tendencia absolutamente opuesta y alternativa del socialismo, sin entender, como muestra Lenin, que “el capitalismo de Estado es la preparación más completa para el socialismo, *su antesala*, un peldaño en la escalera histórica entre el cual y el peldaño socialismo no hay ningún peldaño intermedio”, no es un error en que caigan sólo los “comunistas de izquierda” rusos. Sus nietos políticos chilenos levantaron presurosos la consigna “capitalismo de Estado o socialismo” apenas transcurridos un par de meses de Gobierno Popular, y a propósito de las expropiaciones llevadas a cabo por el gobierno, “Punto Final” pontificó en términos idénticos a los usados por los anticomunistas de 1917, a quienes con tanta firmeza combatiera Lenin. Estas citas están tomadas de un libro cuyo sólo título señala la razón de esos errores reiterados: “El infantilismo de izquierda y el espíritu pequeñoburgués”.

ción socialista, puesto que, dado el grado desigual de desarrollo de las fuerzas productivas, no en todos los países el capitalismo es el modo de producción dominante. Y en aquellos en los cuales el modo de producción que domina es, por ejemplo, el modo feudal de producción, el carácter fundamental de esa revolución estará determinado por la necesidad de destruir ese modo de producción, que es el freno principal al desarrollo de las fuerzas productivas.

Es por eso que el año 1905 Lenin deducía el carácter democrático-burgués de la revolución rusa, partiendo de la observación de que el modo de producción dominante era el feudal:

“Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Esto significa que las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones económico-sociales que se han convertido en una necesidad para Rusia, no sólo no implican de por sí el socavamiento de la dominación de la burguesía, sino que, por el contrario, desbrozarán por primera vez el terreno como es debido, para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático del capitalismo.”

Esto fue escrito en 1905. Entre esa fecha y 1917 el modo capitalista de producción se desarrolla y pasa a ser económicamente dominante, y ese desarrollo es aún más impetuoso y rápido a partir de 1914 y alcanza, gracias a la guerra, la fase del capitalismo monopolista de Estado.

“La guerra es la víspera de la revolución socialista. Ello no sólo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria —pues no hay insurrección capaz de instaurar el socialismo si no han madurado

las condiciones económicas para él—, sino a que el capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio.”

Lenin definía la revolución rusa como democrático-burguesa en 1905 y como socialista en Octubre de 1917, *sin caer en ninguna contradicción*, precisamente porque lo que él exigía en 1905 como tarea previa a la revolución socialista —el desarrollo del capitalismo y la destrucción del feudalismo— había sido cumplida, en lo económico, por el avance del capitalismo a lo largo de esos años y especialmente durante los años de la guerra, donde el capitalismo había alcanzado su fase monopolista de Estado, y en lo político, por la revolución de Abril de 1917, que había barrido con la autocracia zarista. Es, pues, el desarrollo “europeo y no asiático” del capitalismo ruso así alcanzado lo que permite plantearse ahora, con toda consecuencia, la revolución socialista.

De todo esto se desprende que el carácter de la revolución está determinado por la necesidad de resolver la contradicción principal que hay en una sociedad, por la necesidad de abrir paso al desarrollo de las fuerzas productivas y a las relaciones de producción más avanzadas que hacen posible ese desarrollo, destruyendo aquellas formas de producción predominantes que no sólo entraban el desarrollo actual de las fuerzas productivas, sino que son también el obstáculo principal para que se creen las condiciones que hagan posible el advenimiento del socialismo.

El hecho de que en la perspectiva de la revolución socialista se deban cumplir diversas *etapas* encaminadas a ese fin y el proletariado deba llevar a cabo tareas que cambian según el carácter de la revolución que está planteada en esos momentos, no significa

que estas etapas o tareas se den enteramente separadas unas de otras; que no haya una cierta imbricación de tareas. Si bien es preciso que los cambios fundamentales planteados por la etapa previa a la revolución socialista deban haberse realizado en sus rasgos esenciales, y desarrollado las nuevas condiciones que posibilitan esa etapa siguiente, la historia muestra que subsisten en la etapa socialista tareas de la anterior, del mismo modo que en la etapa anterior se pueden dar a veces pasos muy avanzados en dirección a la revolución socialista. Esto lo señalaba con claridad Lenin cuando advertía que las transformaciones democrático-burguesas y las transformaciones socialistas no estaban separadas por una muralla china.

Está claro que una revolución es algo bastante más complejo que sus condicionantes económicas. Junto con implicar el reemplazo de un modo de producción dominante por otro, supone el desplazamiento del poder político de una clase y su acceso a él de la clase revolucionaria, de la clase que representa el modo de producción más avanzado. Las cuestiones propias del nivel político de la revolución, es decir, el estudio de los conceptos leninistas de "correlación de fuerzas", "enemigo principal", "alianzas", "compromisos", la forma cómo se determina un "programa", y el sentido de las "consignas", esto es, las condiciones políticas de la revolución, que constituyen también los *factores determinantes inmediatos* de una situación política, son el tema del siguiente capítulo.

En este capítulo hemos analizado lo que llamamos factores determinantes en última instancia de una situación política. En la parte en que esquematizamos el método de análisis de una situación política, de un momento concreto de la lucha de clases, dijimos que estos factores determinantes en última instancia son los que hacen posibles como tales los factores determinantes inmediatos. Recién ahora estamos en condiciones de entender cabalmente esta for-

mulación, de entender en qué consiste la determinación en última instancia, que se tiende a veces a ver como una suerte de acción a distancia de unas realidades muy alejadas, sobre otras.

Si volvemos al ejemplo con que iniciamos estas páginas, la situación política de octubre de 1917 en Rusia, que culmina con el triunfo del proletariado sobre la burguesía, tenemos que decir en primer término que la insurrección de octubre triunfa porque se había creado en Rusia lo que Lenin llama una situación revolucionaria, o, dicho más claramente, se había creado, como resultado de un largo proceso de luchas parciales, jalonado por avances y retrocesos, una *correlación de fuerzas* entre las distintas clases que hacía imposible que "los de arriba" se mantuvieran en el poder, y que hacía imposible también que "los de abajo pudieran seguir viviendo como vivían hasta ahora". Esta situación política estaba constituida por el descontento que producían los horrores y barbaridades de la guerra, pero también por la sabia política de alianzas del proletariado ruso, por el carácter de las consignas levantadas en ese momento por el proletariado bolchevique, por el desconcierto de la burguesía, por el grado de preparación del proletariado para encarar con éxito las tareas de la insurrección; en síntesis, por una correlación de fuerzas favorable a la revolución.

A este tipo de circunstancias hemos llamado "factores determinantes inmediatos" de una situación política. Si son éstos los factores que hacen posible el éxito de la Revolución de Octubre, ¿en qué sentido entonces el grado de desarrollo de los distintos modos de producción en Rusia, el carácter de la revolución que estaba planteada (correctamente definida por Lenin), y el carácter de la época, son también factores determinantes de la Revolución de Octubre?

Estos factores son determinantes en última instancia porque constituyen el *marco* que hace posibles los factores inmediatos. La Revolución Rusa no

se explica si en el resto de Europa el desarrollo del capitalismo hacia su fase imperialista no hubiera empujado al proletariado a la formación de sindicatos y partidos obreros, si la clase obrera no hubiese alcanzado conciencia de tal, abrazando la ideología revolucionaria, el marxismo, y si la revolución socialista no hubiese sido puesta a la orden del día por el desarrollo imperialista del capitalismo. No se puede entender tampoco la fuerza del proletariado ruso en los días de la revolución, separado del hecho de que el capitalismo había alcanzado en Rusia un desarrollo muy importante hacia 1917, porque esta fuerza dependía en primer lugar del grado de concentración y organización del proletariado en las principales ciudades. Resultaría incomprensible además el tipo de alianzas que estableció el proletariado para aplastar a la burguesía, desligado del hecho de que la existencia de determinadas clases y capas sociales, su número y sus intereses objetivos, están determinados por el tipo y el grado de los diversos modos de producción y por las contradicciones que se establecían entre ellos.

Ahora queda claro que los factores determinantes en última instancia son aquellos que componen la *infraestructura material* que hace posible la existencia de los factores determinantes inmediatos. Los diversos elementos materiales que se encuentran presentes en una sociedad, los modos de producción, las diversas clases y su entrelazamiento objetivo, entrelazamiento encaminado en una dirección histórica, son el marco que determina en última instancia la existencia de los elementos más inmediatos, de una situación política.

III. LOS FACTORES DETERMINANTES INMEDIATOS

(La cuestión de la correlación de fuerzas)

EL CONCEPTO LENINISTA DE "ENEMIGO PRINCIPAL"

Lenin decía que "el paso del poder del Estado de manos de una a manos de otra *clase* es el primer rasgo, el principal, el fundamental de la *revolución*, tanto en el significado rigurosamente científico como en el político práctico de este concepto".

Este relevo de clases en el poder está posibilitado necesariamente por un *cambio en la correlación de fuerzas de las clases*.

Sin embargo, Lenin planteaba como obligatorio el "análisis más exacto de la correlación de las clases" no sólo con vistas a definir una situación revolucionaria; señalaba que este análisis "era una exigencia obligatoria desde el punto de vista de una fundamentación científica de la política" como primera condición para conocer "las peculiaridades concretas de cada momento histórico", esto es, de toda situación política.

Por estas razones resulta claro que el concepto leninista de "correlación de fuerzas" o "correlación de las clases" es una categoría del pensamiento político de Lenin. Ello aparece como punto de partida y elemento metodológico insustituible en el análisis de cualquier situación política.

Por lo tanto, para analizar una situación política es preciso conocer lo que Lenin llama "la correlación de las clases".

Si el concepto de "correlación" lleva implícita la idea de comparación y medida, ¿qué es lo que se mide en el análisis de la correlación de fuerzas entre las clases? Se mide, antes que todo, el peso político, la fuerza real de las distintas clases que se enfrentan. Pero no se las mide de un modo estático, sino que se mide ese peso político, esa fuerza real, *en función precisamente de un determinado objetivo*, en función de aquel objetivo en torno al cual luchan o por el cual luchan esas clases que se enfrentan.

La correlación de fuerzas mide entonces la fuerza de una clase o de una *alianza* de clases para proponerse y llevar a cabo una tarea política determinada en contra de la fuerza de una clase o de una alianza de clases que se oponen a la realización de esa tarea y buscan realizar sus propios objetivos. En torno a los objetivos revolucionarios de la clase obrera Lenin ha delineado científicamente la estrategia del proletariado, partiendo de esta consideración esencial.

Si en general, para establecer la correlación de fuerzas necesitamos definir el *objetivo*, la determinación de la correlación de fuerzas, en cada caso, se hace en función no sólo del objetivo final de la revolución socialista, sino también, como hemos visto, en función de los objetivos que están planteados en cada caso y en cada etapa de la lucha.

Una vez que hemos definido el carácter de la revolución, a partir de la definición de la *contradicción principal* de la sociedad de que se trata, podemos definir *los conceptos correspondientes en el nivel político*: el concepto de *enemigo principal*, y el concepto de *objetivo principal*.

¿Cómo trazar una línea política que cree las mejores condiciones para producir una correlación de fuerzas favorables al proletariado?

Esta cuestión está presente a lo largo de toda la actividad teórica y práctica de Lenin. Al analizar la correlación de fuerzas que caracterizaba cada momento de la lucha de clases en Rusia, Lenin partía de una

noción que daba perspectiva política y rigor científico al análisis de las relaciones entre las clases: la noción de enemigo principal.

Si seguimos el curso de las luchas de clases en Rusia desde la publicación de los primeros escritos teóricos de Lenin hasta el triunfo de la Revolución Socialista, advertimos que en la caracterización hecha por Lenin de cada situación política se parte definiendo cuál era la clase a la que había que enfrentar uniéndolo en su contra necesariamente a todos los sectores que pudieran marchar con el proletariado, y haciendo además esfuerzos para neutralizar a aquellas capas o clases que, si bien no estaban en disposición de marchar junto al proletariado, existía al menos la posibilidad de impedir que actuaran como aliadas de la clase a la que se intentaba aislar.

En su análisis de la revolución de 1905 Lenin formuló la teoría del desarrollo de la revolución democrático-burguesa y su transformación en revolución socialista. Pero la posibilidad de tal transformación en un periodo muy corto dependía del rol hegemónico del proletariado en la revolución democrático-burguesa y, por consiguiente, de la acertada política de aliados que el proletariado llevara adelante.

"El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a las masas campesinas para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía."

Del análisis de esta cita de Lenin se desprenden varias cuestiones que nos interesa destacar.

Se observa aquí una estricta relación entre el carácter de la revolución, el enemigo principal y la política de alianzas del proletariado. Lenin observaba que los numerosos restos del régimen feudal, por una parte, y el desarrollo relativamente alto del capitalismo en Rusia, por otra, determinaban la existencia de contradicciones de un doble carácter. Las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas generadas por el capitalismo y las relaciones de producción semif feudales creaban las premisas para la revolución democrático-burguesa. Las contradicciones entre el crecimiento de esas fuerzas productivas liberadas por el aplastamiento del feudalismo, y las relaciones de producción capitalistas, creaban las condiciones objetivas necesarias para que la revolución democrático-burguesa se transformara en revolución socialista.

De este doble carácter de las contradicciones Lenin deduce "dos tipos de enfrentamientos sociales. Uno, de todo el pueblo contra el zar y los terratenientes, por la república democrática; otro, del proletariado contra la burguesía, por la dictadura del proletariado, por la organización socialista de la sociedad".

No obstante plantearse en los hechos este doble carácter de las contradicciones de la sociedad rusa de entonces, Lenin no planteaba una lucha *simultánea* del proletariado contra el zar y los terratenientes, y *también* contra la burguesía. Entiende que es preciso en primer lugar terminar con lo más atrasado, emprender los cambios que están más maduros, derrotar a los terratenientes para luego enfrentar a la burguesía.

Este doble carácter de las contradicciones y la subordinación de las secundarias a las principales en la determinación del objetivo principal, doble carácter que habíamos analizado ya en el capítulo anterior, cuando hablábamos de contradicción principal y de contradicciones subordinadas, se hace más claro al tenor del análisis de esta cita de Lenin.

Así como en el capítulo anterior vimos que era preciso conocer cuáles eran todos los modos de producción que existen en una sociedad y su grado de desarrollo, para definir en atención a esto la contradicción principal entre las diversas formas de producción y el carácter de la revolución que está planteada, así también, y ahora en el nivel político, hay que conocer cuáles son todas las contradicciones entre las diversas clases para determinar cuál es aquella contradicción principal entre las clases, para definir cuál es el objetivo principal, cuál es el enemigo político principal de ese momento, y en qué dirección hay que dirigir el *golpe principal*.

De la cita de Lenin que estamos analizando se desprende, entonces, que para trazar la estrategia política del proletariado es preciso tener en cuenta:

- 1) las contradicciones que se establecen a nivel material dentro de esa sociedad (las contradicciones entre los diversos modos de producción);
- 2) cuál es el modo de producción dominante, que es el principal freno de las fuerzas productivas;
- 3) cuál es, por lo tanto, la contradicción principal, que marca el carácter de la revolución, y cuáles son las contradicciones subordinadas ("el proletariado debe llevar a término primero la revolución democrática y luego la revolución socialista");
- 4) cuáles son todas las clases de esa sociedad, cuáles sus intereses objetivos (en relación a los modos de producción que representan) y cuáles son las contradicciones que surgen a partir del enfrentamiento de esos intereses;
- 5) que el objetivo principal de la primera etapa de la revolución "es aplastar la resis-

cia de la autocracia”, derrocar al zar. Que el objetivo principal de la segunda etapa es arrebatarse el poder a la burguesía.

- 6) que para cumplir con el primer objetivo hay que dirigir el golpe principal contra el zar y los terratenientes (enemigo principal de esa etapa de la revolución), esto es, hay que “paralizar la inestabilidad de la burguesía”, aprovechando sus contradicciones con el feudalismo, y hay que “atraer a las masas campesinas hacia el proletariado”. La estrategia a seguir para crear una correlación de fuerzas que posibilite la revolución democrática consiste entonces en dirigir el golpe principal contra los terratenientes, *separándolos* de la burguesía, que vacila entre sus contradicciones con el feudalismo y sus contradicciones con el proletariado;
- 7) cumplida esta etapa, cambia el objetivo principal: “el proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista”. Esto significa que la contradicción principal se ha desplazado al enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado. Para “romper por la fuerza la resistencia de la burguesía” (nuevo enemigo principal), hay que dirigir el golpe principal ahora en contra de ella, esto es, “paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía y atraerse a las masas de elementos semiproletarios de la población”.

A una distinta definición del carácter de la revolución corresponde una distinta definición del objetivo principal, del enemigo principal y de toda la política de alianzas del proletariado.

El análisis de la correlación de fuerzas debe hacerse con vistas a aislar al enemigo principal.

“La *estrategia revolucionaria* consiste en definir al enemigo principal para derrocarlo y concentrar las fuerzas de cada etapa de la revolución (dirección del golpe principal), en determinar a los aliados de la clase obrera en cada etapa, en elaborar los planes para la disposición de las fuerzas revolucionarias, en ganar a los aliados, en utilizar correctamente las reservas directas e indirectas, en aislar al máximo grado al enemigo, en asestar el golpe más importante contra el enemigo principal inmediato y en luchar para realizar ese plan en toda la etapa dada de la revolución.”

Esta definición del contenido de una estrategia revolucionaria está tomada del libro “Sigamos el Camino Trazado por Carlos Marx”, escrito por el miembro del Buró Político del Partido de los Trabajadores de Vietnam, camarada Truong Chinh.

Los Partidos Comunistas se orientan por estas cuestiones esenciales del leninismo, que tienen vigencia en la determinación de la estrategia de los partidos revolucionarios en cualquier circunstancia: no constituyen, por lo tanto, un fenómeno específicamente ruso. Los conceptos de carácter de la revolución, enemigo principal, golpe principal, desplazamiento de la contradicción principal, etc., son por cierto conceptos que Lenin utiliza para analizar la situación peculiar rusa de su tiempo, y que no aparecen en su obra, por eso, sino que aplicados a ella. Sin embargo, se trata precisamente de conceptos generales, forjados por Lenin para analizar esas situaciones particulares, pero válidos para analizar cualquier situación política.

En nuestros días el ejemplo más significativo de aplicación de este capítulo fundamental del leninismo lo dan los comunistas vietnamitas que, armados de estas enseñanzas fundamentales, condujeron a todo el pueblo en la lucha victoriosa contra los colonialistas

franceses y lo conducen hoy en la lucha que terminará con la derrota de los agresores norteamericanos.

Extractaremos párrafos importantes del libro del camarada Truong Chinh, que se refieren a las cuestiones aquí tratadas y que muestran la aplicación del método de análisis de una situación política desarrollado por Lenin, a una situación distinta a la que Lenin analizara.

“Como señaló nuestro Partido, Vietnam es un país colonial y semifeudal. La agricultura ocupa la mayor parte de la economía nacional. La clase campesina abarca más o menos el 90% de la población. El imperialismo se vale de la clase terrateniente feudal para dominar a nuestro pueblo, y la clase terrateniente, por su parte, se somete a la protección del imperialismo para preservar sus privilegios. Por eso en Vietnam tenemos que resolver estas contradicciones fundamentales: primera: la contradicción entre el pueblo vietnamita y los imperialistas agresores; segunda: la contradicción entre las abrumadoras masas del pueblo, principalmente el campesinado, y la clase terrateniente feudal. La principal contradicción en que tenemos que concentrar las fuerzas para resolverla es la contradicción entre el pueblo vietnamita, de una parte, y los imperialistas agresores y sus lacayos, de otra.”

“En cuanto a la estrategia revolucionaria, nuestro Partido procedió a un análisis de la situación concreta de nuestro país, en cada etapa de la revolución, para discernir bien al enemigo por derrocar, la fuerza dirigente, las fuerzas motrices de la revolución, y los aliados con quienes la clase obrera podía contar: aliados cercanos, lejanos, confidentes, temporarios, vacilantes, condicionales, etc. Sólo con tal conocimiento pudimos reunir todas las

fuerzas bajo la dirección de la clase obrera, atacar la ciudadela del enemigo, derrocarlo y conquistar la victoria para la revolución.”

“En lo concerniente a la cuestión de *discernir bien* al enemigo, la experiencia de la revolución vietnamita ha probado que para lograr la victoria nuestro Partido debe en primer lugar conocer quién es el enemigo por derrocar en cada etapa estratégica (a veces en cada período de una etapa), *apuntar constantemente al enemigo concreto e inmediato y no al enemigo en general*, distinguir al enemigo principal del enemigo secundario, aislar al enemigo principal para derrocarlo, explotar las contradicciones en las filas de los enemigos, dividiéndolos al máximo grado, y concentrar las llamas de la lucha revolucionaria contra el enemigo principal inmediato.”

“Un punto importante digno de señalar es que nuestro Partido supo aprovechar las contradicciones internas de los enemigos de la revolución: contradicción entre los diferentes imperialismos, contradicción entre el imperialismo y la clase de los terratenientes feudales, contradicción entre los propietarios agrarios mismos. Aprovechar las contradicciones internas del enemigo y agudizarlas, al mismo tiempo que se estrechan las filas de la revolución, es un gran problema del dominio de la dirección estratégica.”

“¿Cómo aprovechó nuestro Partido las contradicciones internas del enemigo? He aquí algunos ejemplos destacados: durante la Segunda Guerra Mundial aprovechamos las contradicciones entre los fascistas franceses y los fascistas japoneses, entre los petainistas y los capitalistas y colonialistas franceses antipetainistas y antijaponeses; también aprovechamos las contradicciones entre la clase terratenien-

te y los fascistas japoneses y franceses, y las contradicciones entre los pequeños terratenientes sin poder y los terratenientes en el poder. Hoy día estamos haciendo lo mismo.”

“Otra cuestión no menos importante del dominio de la dirección estratégica es la de saber concentrar las fuerzas de la revolución, atacar al enemigo en su punto más vulnerable, y acorralarlo en su momento más necesitado para conquistar la victoria. Es necesario atacarlo con una firme voluntad de combatir hasta vencer. Pero a veces, según la correlación de fuerzas entre el enemigo y nosotros, pasamos a la defensiva para ganar tiempo, a fin de aflojar la voluntad del enemigo, acopiar más nuestras fuerzas y prepararnos para las nuevas ofensivas.”

“En lo concerniente a las fuerzas motrices y a los aliados de la revolución, la cuestión que se les plantea a la clase obrera y a nuestro Partido es la siguiente: la revolución es la obra de las masas; el destacamento de vanguardia de la clase obrera (el Partido) o la clase obrera por separado jamás lograrán hacerla con éxito. Una amplia participación de las masas populares es la condición de la victoria de la revolución. Por lo tanto, la clase obrera y su Partido deben no sólo discernir claramente al enemigo sino también distinguir las fuerzas de la revolución de las fuerzas motrices en cada etapa, ver todos los aliados de una revolución para agrupar ampliamente las fuerzas revolucionarias, ganar a los aliados, unir a todos los que pueden ser unidos, ganar a todos los que pueden ser ganados y tratar en lo posible de neutralizar a los que no pueden ser ganados. El objetivo consiste en aislar al máximo grado al enemigo principal, y agrupar completamente a las fuerzas revolucionarias a fin de derrocarlo.”

LAS FUERZAS DE LA REVOLUCION

A partir de la determinación de un objetivo estratégico queda determinado, como hemos visto, el enemigo principal, pero además queda determinada, en función de sus intereses objetivos, la actitud de las distintas clases o capas, la actitud de las distintas *fuerzas sociales*, en relación con ese objetivo estratégico.

Volvamos a la cita de Lenin.

Definida la primera etapa de la Revolución Rusa como revolución democrático-burguesa, queda determinado el enemigo principal de esa etapa: el zar y la autocracia terrateniente. Quedan determinadas también *todas* las clases que están, de una u otra manera, en mayor o menor grado, objetivamente interesadas en llevar adelante esa etapa de la revolución. Hemos dicho que ese interés de las distintas clases por llevar adelante la revolución se funda en las *contradicciones* que esas clases tienen con el *enemigo principal*. Pero como esas contradicciones tienen distinto grado de importancia, no todas estas clases o *fuerzas* aportan en la misma medida al proceso revolucionario. La fuerza más vitalmente interesada en la destrucción del feudalismo es el proletariado, porque para llevar adelante su lucha por el socialismo debe romper primero todas las trabas que obstaculizan su camino. Los campesinos (pequeña burguesía agraria) son la clase social más numerosa en la Rusia de entonces y además tienen directas contradicciones con la clase de los terratenientes. La burguesía, que tiene contradicciones con los terratenientes y con el zarismo, también las tiene con el proletariado y vacila entre estas dos contradicciones. De esto se desprende que las dos fuerzas de la revolución democrático-burguesa son el proletariado y el campesinado. No basta, sin embargo, la *alianza* de estas fuerzas; se requiere, además, neutralizar a la burguesía, paralizar su inestabilidad, separándola del campesinado, a quien ella pretende ganar para una política de conciliación con el zarismo, y

agudizando sus contradicciones con la clase terrateniente.

Definida la segunda etapa de la Revolución Rusa como revolución socialista, queda determinado el enemigo principal de esa nueva etapa: la burguesía. También aquí la actitud de las distintas clases para con la revolución depende del grado de las contradicciones que tengan con la burguesía. La fuerza más vitalmente interesada en esta etapa de la revolución es el proletariado, que en este caso tiene, además, una contradicción directa con la burguesía. Los campesinos, que eran una fuerza de la revolución democrática, en virtud de su contradicción directa con los terratenientes, no son en este caso una fuerza interesada en la revolución. Sus intereses los llevan más bien a una alianza con la burguesía. Son los *campesinos pobres* y en general los elementos semiproletarios de la población, las fuerzas que, dadas sus contradicciones con la burguesía, actúan como aliados naturales del proletariado en esta etapa. Esta alianza, y la paralización de la inestabilidad de los campesinos y la pequeña burguesía, es lo que crea la correlación de fuerzas que hace posible la revolución socialista.

De este análisis se desprende que hay fuerzas sociales objetivamente interesadas en empujar los cambios revolucionarios. Estas fuerzas son las *fuerzas motrices* de la revolución.

Dentro de estas fuerzas motrices hay una, la clase obrera, que es siempre la *fuerza motriz principal* o *dirigente*, sobre todo porque es la clase históricamente llamada a liberar a la sociedad de toda forma de opresión; pero, más concretamente, porque es la clase más organizada y la que ayuda a organizarse a las demás clases; es la clase más consecuente y la única que tiene una ideología revolucionaria independiente, todo lo cual le permite constituirse en la clase que lleva la iniciativa en una política de alianzas.

Más allá de estas fuerzas es posible coincidir en acciones y momentos determinados con otros sectores

sociales, en función de los objetivos estratégicos de cada etapa.

Queda claro, entonces, que cuando cambia el objetivo estratégico, cuando se entra en una nueva etapa de la revolución, cambian las fuerzas motrices, debido a que nuevas contradicciones pasan a primer plano, y el proletariado debe afianzar su alianza con nuevas fuerzas.

LAS ALIANZAS

Una de las características que mejor definen el infantilismo izquierdista es su tendencia a aislar al proletariado, a concebir la revolución como un proceso lineal o espontáneo en el cual “las fuerzas más revolucionarias” se “toman” el poder independientemente de la correlación de fuerzas que hace posible una revolución. Como toda tesis anticientífica en materia política, esta tesis ultraizquierdista fue va combatida por los fundadores del comunismo científico.

Engels decía:

“En primer lugar, se acepta la rimbombante pero históricamente falsa frase de Lassalle: frente a la clase obrera, todas las demás no forman más que una masa reaccionaria. Esta tesis sólo es exacta en algunos casos muy excepcionales, por ejemplo, en una revolución del proletariado como la Comuna, o en un país donde no sólo la burguesía ha creado el Estado y la sociedad a su imagen y semejanza, sino que después de ella la pequeña burguesía democrática ha llevado hasta sus últimas consecuencias el cambio operado.” (Carta a Bebel. 1875.)

“Mientras no seamos lo bastante fuertes para tomar el poder en nuestras manos y llevar a cabo nuestros principios, no cabe pensar siquiera, hablando rigurosamente, de una masa reaccionaria *respecto de nosotros*. De no ser así, toda la nación se dividiría en mayoría reaccionaria y minoría impotente.” (Carta a Kautskv. 1891.)

Todos los análisis de los fundadores del comunismo científico vienen a concluir en este punto: la necesidad de las alianzas.

En nuestro estudio de los textos de Lenin nos hemos acercado suficientemente a esta cuestión como para limitarnos a señalar aquí sus aspectos más esenciales.

Las alianzas de clase que establece el proletariado están determinadas por el objetivo estratégico de ese momento, es decir, por el carácter de la revolución de que se trate, y por los intereses objetivos de las clases. Concretamente entonces las alianzas se establecen dentro de una perspectiva determinada, con un sentido específico: crear la correlación de fuerzas ideal entre las clases, que permita llevar a término las tareas planteadas por la revolución en ese momento. El sentido general de la acción del proletariado dentro de una etapa estratégica está presidido entonces por la necesidad de buscar y de afianzar los lazos reales que lo unen con las clases que han de acompañarlo en esa tarea.

Pero así como vimos que en el paso de una etapa a otra cambian las fuerzas aliadas del proletariado, dentro de una etapa es también distinto el tipo de alianzas que establece el proletariado, según los objetivos de que se trate y según las características propias de las clases o fuerzas aliadas.

Hay dos tipos de alianzas: alianzas estratégicas y alianzas tácticas. Las primeras reúnen a las fuerzas revolucionarias hasta el cumplimiento de un objetivo

estratégico, hasta la realización de una etapa de la revolución. Las segundas son alianzas con vistas a un objetivo inmediato y determinado, y tienen por objeto golpear al enemigo principal para debilitarlo, pero no para derrotarlo definitivamente.

Las alianzas estratégicas son más permanentes y no están sujetas a los períodos de flujo y reflujo dentro de una etapa estratégica. Las alianzas tácticas pueden tener vigencia sólo con miras al cumplimiento de un objetivo inmediato y concreto; las fuerzas que se unen son más heterogéneas, pero ésta es al mismo tiempo una alianza más amplia que la alianza estratégica. Como veremos más adelante, la gran importancia de las alianzas tácticas radica en el hecho de que es a través de ellas como las demás fuerzas de la revolución van conociendo al proletariado como aliado, van tomando paulatinamente conciencia de sus contradicciones con los enemigos principales.

Si una alianza estratégica reúne a fuerzas sociales y políticas diferentes, entre las que subsisten por eso contradicciones en el frente unitario, serán siempre inseparables los conceptos de unidad y lucha. Esto significa que dentro de la alianza el proletariado debe reivindicar siempre una completa independencia como clase, y el partido del proletariado debe combatir sin tregua por desarrollar el papel de vanguardia de la clase obrera en el proceso revolucionario y por unir a esta clase en la forma más estrecha a las otras fuerzas más consecuentes en el seno de la alianza. “El combate por la unidad presupone la lucha de la clase obrera por sus reivindicaciones tanto económicas como sociales y políticas, incluso contra la burguesía que tiene contradicciones con el imperialismo y que sólo podrá enfrentarlo si se le hace imposible descargar su propia crisis sobre las espaldas de la clase obrera y de los demás sectores de trabajadores, como lo pretende constantemente”.¹

¹Del Programa del PC de Chile.

¿QUE ES UN PROGRAMA?

El programa de un partido revolucionario define científicamente las tareas planteadas para una etapa de la revolución, para un período estratégico. Como consecuencia de todo cuanto hemos visto se comprenderá que este programa debe comenzar definiendo el carácter de la revolución, el objetivo de esa etapa estratégica, de acuerdo al análisis de las contradicciones materiales objetivas que se dan en el seno de esa sociedad y de acuerdo a la determinación de la contradicción material principal. Debe determinar así a los enemigos principales, establecer con precisión dónde se debe trazar la línea divisoria principal, cuáles son las fuerzas de la revolución que han de unirse y en qué dirección debe estar dirigido el golpe principal.

Es, por lo tanto, una condición esencial de todo programa el reflejar los intereses y objetivos de todas las fuerzas aliadas. Debe haber una estricta coincidencia entre el programa y las fuerzas que participan en la alianza, de manera que aquél pueda *interpretar* realmente los intereses de estas fuerzas. La consistencia de la alianza depende, en medida importante, de la claridad con que el programa recoge las reivindicaciones de cada componente.

Esto explica por qué el programa de un partido revolucionario de la clase obrera coincide con el programa de una alianza de clases y partidos interesados en la revolución. Más aún, esa coincidencia es precisamente condición del verdadero carácter revolucionario de un programa.

CORRELACION DE FUERZAS REAL Y CORRELACION DE FUERZAS IDEAL

Hasta ahora hemos hablado de los intereses objetivos de las distintas clases sociales, del aislamiento del enemigo principal y de las alianzas para lograrlo, como si cada clase o sector social actuará siempre necesariamente conforme a sus intereses objetivos, o como si al menos una parte considerable de la clase así lo hiciera. Es evidente que esto no es así. Por lo demás, si las cosas se dieran de un modo tan sencillo, si los fenómenos políticos acompañaran de una manera automática y exactamente correspondiente a las transformaciones que se suceden en la base material de la sociedad, la historia sería un fenómeno meramente natural, un camino recto y siempre abierto, y *la política, como actividad específica, no existiría.*

El elemento que, por decir así, perturba y desfigura este camino límpido de la historia es lo que el marxismo conoce bajo el nombre de *ideología*, esto es, las formas en que las clases sociales y los hombres pertenecientes a esas clases toman *conciencia* de los procesos materiales y de sus propios intereses objetivos.

Sin entrar por cierto en un análisis detallado, podemos recoger aquí algunas de las tesis fundamentales del marxismo sobre el tema de la ideología, indispensables para nuestro estudio. Esquemáticamente podemos decir que toda clase tiene una ideología propia, una forma propia, más o menos desarrollada, de tomar conciencia de su posición y de sus intereses objetivos. Esta conciencia, sin embargo, si bien expresa esos intereses objetivos y se halla determinada por ellos, no es una conciencia adecuada, un *conocimiento exacto* de la realidad objetiva, de esa clase: es, por decir así, una expresión deformada de esa realidad.

“Así como no es posible juzgar a un hombre —dice Marx— por la idea que él se hace de sí mismo, así tampoco se puede juzgar a una época (o a una clase social) por la conciencia que tiene de sí misma.” Ese es, pues, un primer punto esencial: la conciencia que tiene una clase de sí misma no representa un conocimiento adecuado; las cosas aparecen para esa clase como una deformación específica. Sin embargo, una segunda deformación, de tanto o mayor peso que la primera, viene a agregarse a ésta: en toda sociedad el dominio económico y político de una clase sobre las demás se manifiesta al mismo tiempo como el dominio de la ideología, de las formas de conciencia, de las formas de pensar propias de esa clase, sobre las formas de pensar de las otras clases. La ideología dominante está constituida, en general, por las formas de pensar que convienen a los intereses de la clase dominante; son formas de pensar que sirven para que la clase dominante refuerce su dominio sobre las otras.

Así, nos encontramos con un cuadro general que es propio de toda sociedad donde existe el dominio de una clase sobre otras: las diversas clases sometidas, a pesar de tener intereses objetivos contrarios a los de la clase dominante y que de alguna manera las empujan al enfrentamiento, por mínimo que sea, con esa clase, se hallan dominadas también en su forma de pensar por formas que convienen a la clase dominante, esto es, por formas de pensar que son precisamente *contrarias* a sus propios intereses. La dificultad para liberarse de esa dominación ideológica, la dificultad para adquirir una conciencia específica de clase que les permita organizar de modo consciente la lucha por sus propios intereses, es una de las razones fundamentales que hacen del nivel político justamente un dominio específico, que no se resuelve en las puras contradicciones económicas. Por ello la principal preocupación del proletariado que ha llegado a liberarse ideológicamente y a desarrollar una ideología independiente y revolucionaria consiste en crear

en el conjunto de la clase obrera, y en las clases aliadas, la conciencia de sus propios intereses que permita organizar la lucha contra el enemigo principal.

Como las contradicciones que empujan al aislamiento del enemigo principal son contradicciones objetivas, constituyen la base material que hace posible que se dé una correlación de fuerzas ideal. Llamamos *correlación de fuerzas ideal* a aquella que se constituye a partir del comportamiento de cada clase conforme a sus intereses objetivos. Cuando el enemigo principal se transforma de manera *visible y consciente* en el enemigo principal para todas las demás clases o capas, se crea una correlación de fuerzas ideal. Cuando esto ha ocurrido en una medida importante, se han creado las *condiciones subjetivas* de la revolución.

El asunto es que esto no ocurre sin dificultades. Se requiere, en primer término, que la clase obrera viva muchas experiencias para adquirir una *conciencia de clase*, para, de “clase en sí” pasar a ser “clase para sí”, según la clásica expresión de Marx. En su obra “Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico” Engels describe circunstanciadamente este proceso. Luego, cuando la clase obrera ha adquirido una organización y una ideología propias, cuando su carácter objetivo de fuerza creadora de todos los valores materiales de una sociedad se acompaña de una ideología revolucionaria para transformar esa sociedad y liberarla de toda forma de explotación, necesita aún mucho tiempo para realizar un paciente trabajo que desplace, en la conciencia de las otras clases, la ideología de la burguesía, y para ganar a esas conciencias para una visión objetiva de la sociedad y de sus transformaciones.

Cuando esto no ha ocurrido, en las distintas clases y capas que oscilan entre la burguesía y el proletariado, predominan las concepciones burguesas en razón del dominio ideológico de la burguesía. Esto impide que su actividad política sea una expresión de sus intereses objetivos como clase. Esto hace que la línea de demarcación política, la línea divisoria de

las diversas iniciativas políticas, no esté trazada de una manera tan clara entre el enemigo principal y todas las demás clases, y esto permite y explica además que no sea en absoluto raro el caso en que, en virtud del peso de la ideología burguesa, sea precisamente al proletariado a quien le cueste encontrar aliados, sea éste aislado por la burguesía y, por la política del imperialismo, y explica, incluso, que en importantes contingentes proletarios se dé la tendencia a la conciliación o el desclasamiento, que expresan un escaso grado de desarrollo de su conciencia política.

Llamaremos *correlación de fuerzas real* a aquella que se da en una sociedad en un momento determinado, cuando el proceso de toma de conciencia de las diversas clases respecto a sus propios intereses no ha madurado y la correlación de fuerzas, entonces, no expresa de manera fiel las contradicciones objetivas de esa sociedad, sino la conciencia (más o menos desarrollada) que de esas contradicciones tienen los distintos sectores sociales.

El proletariado debe luchar permanentemente porque la correlación de fuerzas real, correlación formada por el peso de la ideología burguesa, se transforme en una correlación ideal, en una correlación que exprese los intereses objetivos de cada clase o sector social. Por ello mismo también *el proletariado no juzga a sus aliados potenciales por la conciencia actual que ellos tengan, sino por su condición de clase y por sus intereses objetivos. En esto consiste el carácter no dogmático y no sectario de la política revolucionaria del proletariado.*

De todo lo dicho no debe concluirse que la revolución tenga lugar recién cuando se ha materializado una correlación de fuerzas ideal. La revolución requiere, obviamente, de una correlación de fuerzas favorable, pero no necesariamente de una correlación de fuerzas ideal, del aislamiento y debilitamiento absoluto del enemigo principal. Lenin advertía que sólo cuando la clase obrera ha tomado el poder en sus manos e iniciado las transformaciones revolucionarias de

la sociedad, se crean las condiciones para ganar a la abrumadora mayoría del pueblo para la revolución. Es la capacidad de iniciativa, dirección y maniobra que da el ejercicio del poder, la posibilidad de ganar, con las medidas de la revolución, a los que más han vacilado, lo que permite desarrollar el proceso de acumulación de fuerzas hasta su más alto grado.

Nada más equivocado y antileninista, entonces, que suponer que el proceso de acumulación de fuerzas queda congelado con la toma del poder o, en el caso de nuestro país, con la conquista del gobierno. Muy por el contrario, es la creciente acumulación de fuerzas lo que permite llevar el proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias, y es el ejercicio revolucionario del poder lo que crea las mejores condiciones para volcar decididamente la correlación de fuerzas en favor de la revolución.

Esta es una de las cuestiones que hay que tener más presentes hoy en nuestro país.

LOS OBJETIVOS TÁCTICOS

Sin embargo, antes de tomar el poder, la clase obrera debe crear la correlación de fuerzas favorables a la revolución. Ello no se consigue sólo a través de la propaganda de los objetivos de la revolución. Es preciso que dentro de una etapa estratégica el proletariado se plantee ciertos objetivos inmediatos y parciales que guarden relación con el objetivo principal y que permitan ir creando la correlación de fuerzas necesarias para alcanzar el objetivo estratégico. Lenin tenía esto presente y denominó "eslabón" a estos objetivos, para dar la idea del paso necesario de unos a otros, para demostrar que dentro de una etapa estratégica la determinación de cada una de las iniciativas políticas que nos acercan al objetivo final debe ser resuelta también científicamente.

“No basta con ser revolucionario y partidario del socialismo o comunista en general. Es necesario saber encontrar en cada momento el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, su engarce, la diferencia entre unos y otros, no son tan simples y tan burdos en la cadena histórica de los acontecimientos como en una cadena corriente forjada por el herrero.”

Lo que nos interesa destacar con relación a este asunto es que dentro de una etapa estratégica el proletariado debe ser capaz de proponerse y conquistar determinados objetivos parciales que permitan debilitar, aunque sea en mínima medida, al enemigo principal; que permitan mejorar, aun en pequeño grado, la correlación de fuerzas, esto es, luchas parciales y encadenadas que fortalezcan al proletariado, que le posibiliten estar a la ofensiva y que sirvan para probar la firmeza o inestabilidad de sus aliados. Lo revolucionario es, siempre, golpear al enemigo principal. Lo contrarrevolucionario, lo que objetivamente no ayuda a la revolución, es renunciar a los objetivos parciales e inmediatos, a las reivindicaciones del momento, por no considerarlos suficientemente revolucionarios, so pretexto de resolver ahora, de inmediato, el objetivo principal. Tal política desgasta la fuerza del proletariado en sucesivos fracasos. La *cadena* de triunfos parciales, sobre todo si sus eslabones están adecuadamente engarzados, fortalece a la clase obrera y debilita al enemigo principal.

OFENSIVA Y REPLIEGUE

Esto no significa que siempre se pueda estar a la ofensiva. En determinados momentos la ofensiva está en manos del enemigo, los partidos revoluciona-

rios se batan en retirada, el enemigo gana posiciones aislando a la clase obrera. Se vive entonces lo que Lenin llama *periodos de reflujo*.

Para enfrentar esas situaciones, los partidos revolucionarios deben aprender, como dice Lenin, la ciencia de saber replegarse acertadamente. En su libro “El Extremismo, Enfermedad. . .”, describiendo las diversas etapas o períodos por los que pasó la lucha de clases en Rusia desde 1903 a 1917, y a propósito del período de reflujo que va de 1905 a 1907 a consecuencia del triunfo del zarismo sobre la revolución, dice Lenin:

“Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar la ofensiva. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completarla con la de saber replegarse acertadamente. Hay que comprender —y la clase obrera aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia— que no se puede triunfar sin saber desplegar la ofensiva y retirarse con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques los que se replegaron con mayor orden, con menos quebranto de su “ejército”, conservando mejor su núcleo central, con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización, con mayor capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque desenmascararon sin piedad y expulsaron a los revolucionarios de palabra, obstinados en no comprender que es necesario replegarse, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los Parlamentos más reaccionarios y en las organizaciones sindicales, cooperativas, de seguros y otras semejantes, por muy reaccionarias que sean.”

Esto nos muestra que el repliegue, impuesto por la situación, debe realizarse con vistas al objetivo final, en función de conservar las mejores fuerzas para retomar más tarde la ofensiva “de un modo más amplio, acertado y enérgico”. Como dice Lenin en otra parte, los partidos revolucionarios deben saber, cuando la situación así lo exige, “replegarse golpeando”, para evitar que el enemigo a la ofensiva golpee de un modo largamente irreparable a los revolucionarios. Los partidos revolucionarios deben saber definir no sólo los objetivos para los períodos de flujo sino también para aquellos períodos en que el enemigo ha asestado fuertes golpes, la revolución retrocede y cunden la desesperación y el desaliento en las filas de los partidos aliados. Deben saber adaptarse a las nuevas formas de lucha impuestas por la situación, buscar dentro de ellas y a través de ellas la forma de desarrollar las luchas del pueblo, utilizando todos los recursos que esa forma de lucha ponga a su disposición, para preparar así nuevas ofensivas.

Estas consideraciones, propias de la táctica revolucionaria, nos llevan a examinar otro punto esencial en ella, a través del cual se expresan nuevas particularidades de la lucha política. Nos referimos a los *compromisos*.

LOS COMPROMISOS EN POLÍTICA

Las alianzas representan la confluencia de distintas clases en torno a un objetivo estratégico y a un programa común, fundadas en el hecho de que los intereses objetivos de esas clases entran en contradicción

con los de una clase definida como enemigo principal. Ello no significa, sin embargo, que las distintas clases o partidos de la alianza pierdan su independencia: el partido del proletariado debe impulsar las luchas de la clase obrera en el seno de la alianza, fortaleciendo su papel de clase dirigente, sin renunciar por lo tanto a sus propias reivindicaciones. A diferencia de la alianza, el compromiso significa, ante todo, la *concesión* hecha por un partido en ciertas exigencias, la renuncia de una parte de las propias reivindicaciones en virtud de un acuerdo con otro partido. Significa, más concretamente, el acuerdo del partido de la clase obrera con partidos que no están o no pueden estar en la alianza, en torno a un objetivo momentáneo, más o menos próximo, en el cual convergen.

Sabido es que Lenin ha fustigado en más de una ocasión a los seudorrevolucionarios que, en nombre de la “pureza de principios”, se declaran rotundamente “por principio” en contra de *todo* compromiso. Es preciso comprender que, en determinadas situaciones políticas, sobre todo en los períodos de reflujo de la revolución, no sólo es conveniente sino absolutamente necesario, si se quiere hacer avanzar la revolución, entrar en determinados compromisos o concesiones. Los compromisos buscan así dar cumplimiento a un objetivo inmediato sin el cual no sería posible preparar el paso a un nuevo período de ofensiva, dentro de nuevas condiciones. En el folleto “Acerca de los compromisos”, refiriéndose a la participación de los bolcheviques en los Parlamentos reaccionarios, después de la derrota de la revolución de los años 1905-1907, Lenin dice: “Participar en la III y IV Duma era un compromiso, una renuncia temporal a las reivindicaciones revolucionarias. Pero era un compromiso absolutamente forzoso, pues la correlación de fuerzas descartaba para nosotros, por un cierto tiempo, la lucha revolucionaria de masas, y para su larga prepa-

ración era necesario saber trabajar aun *desde dentro* de un “establo” semejante. La historia demostró que tal planteamiento del problema por los bolcheviques, como partido, era correcto”.

Y, calificando los años 1910-1914 como años de ascenso, dice Lenin en “El Extremismo, Enfermedad Infantil...”: “Al principio el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos de Lena de 1912, algo más rápido. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques desplazaron a los mencheviques... Pero no habrían logrado nunca desplazarlos si no hubieran aplicado una táctica acertada, combinando la labor ilegal con la utilización obligatoria de las “posibilidades legales”. En la más reaccionaria de las Dumas, los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera... El parlamentarismo legal, con un “parlamento” ultrarreactionario, presta los mayores servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques”.

Ahora bien, si los compromisos constituyen por lo general una concesión que permite, entre otras cosas, contrarrestar el avance del enemigo en un período de reflujo o preparar el terreno para una nueva ofensiva en un período de lento avance de las luchas de clases, hay compromisos que pueden establecerse en medio de un período de flujo con el fin de abrir paso a *nuevas posibilidades, mucho más elevadas* y ricas en expectativas de la lucha revolucionaria. En esos compromisos, las dos partes “contratantes” salen ganando, pero el proletariado en una medida infinitamente mayor. De ese tipo es el compromiso al que se refiere Lenin en el folleto “Acerca de los Compromisos”: no ya el compromiso impuesto por una situación desfavorable, sino un compromiso *voluntario* puesto en la perspectiva, para Lenin extraordinariamente valiosa, del desarrollo pacífico de la revolución. El folleto

fue escrito en septiembre de 1917, esto es, en pleno auge revolucionario, apenas a unas semanas de la revolución socialista.

“Ahora se ha producido en la revolución rusa un viraje tan brusco y original, que, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario, es cierto que no a la burguesía, nuestro directo y principal enemigo de clase, sino a nuestros adversarios más próximos, los partidos “principales” de la democracia pequeña burguesa, los eseristas y los mencheviques.

”Como una mera excepción, únicamente forzados por una situación especial, que, evidentemente, se mantendrá sólo por un breve tiempo, podemos proponer un compromiso a esos partidos, y, a mi juicio, debemos hacerlo... Ahora, sólo ahora, y quizá *apenas durante unos pocos días* o por una o dos semanas, un gobierno de este tipo (de eseristas y mencheviques responsables ante los Soviets) podría crearse y afianzarse de un modo por completo pacífico. Podría garantizar muy probablemente un movimiento pacífico de toda la revolución rusa y ofrecería extraordinarias posibilidades de que el movimiento mundial adelante a grandes pasos hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo.

”Sólo en nombre de este desarrollo pacífico de la revolución, posibilidad *extraordinariamente* rara en la historia y *extraordinariamente* valiosa, excepcionalmente rara; sólo en nombre de ella pueden y deben, a mi parecer, los bolcheviques partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios aceptar tales compromisos.”

¿QUE ES UNA CONSIGNA?

El partido de la clase obrera debe estar preparado para pasar de una forma de lucha a otra, para combinarlas audazmente, para llevar adelante una iniciativa y poder cambiarla con rapidez por otra, cuando el cambio de la situación política así lo exige. En cada nueva situación los diversos actores de la escena política se presentan de manera distinta, con distinto carácter: por eso, las tareas fundamentales de la revolución —impulsar la lucha de las masas para golpear al enemigo principal, aislarlo, ganar aliados y fortalecer la lucha de los partidos aliados— tienen también en cada caso distinto carácter. Las tareas que resultan del análisis de cada nueva situación concreta están encaminadas hacia un objetivo inmediato, pero estrechamente vinculadas a las tareas fundamentales.

Pero si cada nueva situación concreta exige tomar nuevas iniciativas, los llamados a la acción lanzados por el partido revolucionario deben cambiar en cada caso, definiendo con precisión el carácter de la nueva tarea. El arte de la dirección estratégica y táctica revolucionaria se manifiesta ante todo en saber lanzar consignas eficaces, correctas y oportunas de acuerdo con la situación concreta. La consigna debe saber vincular también los objetivos inmediatos con los objetivos fundamentales.

¿Qué es lo que le da eficacia a una consigna? No es sólo el hecho de que ella resulte del análisis de los rasgos generales de la situación política, que resulte también de la consideración más concreta de los rasgos propios que caracterizan a ésta, su inserción en un período de flujo o de reflujo, etc. La consigna resulta eficaz no sólo porque tiene en cuenta esos elementos; resulta eficaz porque tiene en cuenta sobre todo el estado de ánimo de las masas en ese momento, su capacidad de comprensión, en ese momento, de la necesidad de llevar a cabo tales tareas y de su capa-

cidad real de llevarlas a cabo. La consigna debe tener en cuenta, así, cuáles son los sucesos que en este momento importan a las masas, cuáles son los objetivos que pueden moverlas, cuáles son las tareas que en este momento pueden llevar a cabo, para iniciar, a partir de ahí, una movilización más amplia, que se proponga más altos objetivos.

La consigna viene a representar así el punto donde se concentra en más alto grado el análisis científico de una situación política. Podríamos decir que todos los elementos que entran en el análisis de la situación vienen a confluir para la elección de tal o cual consigna.

Las consignas deben cambiar, con la máxima flexibilidad, según el carácter de la situación concreta. Así, es preciso distinguir las consignas adecuadas a un período de desarrollo lento, consignas de propaganda que permiten abrir paso a la concreción de un objetivo más o menos lejano, de las consignas de acción, propias de los períodos de ritmo acelerado, donde las acciones se suceden unas a otras con mucha rapidez, y donde es necesario por lo tanto saber escoger y cambiar las consignas día a día, a veces de hora en hora. Por eso también, en la serie encadenada de las situaciones políticas, donde el cumplimiento de una iniciativa permite dar paso a otras más elevadas, es preciso saber elevar progresivamente las consignas de acción conforme al desenvolvimiento concreto de la situación, y, si la coyuntura es propicia, hay que convertir todas las consignas que eran de propaganda, en consignas de acción directa y más decidida. Una consigna que concuerde con la situación es capaz de levantar todo el movimiento. Una consigna inadecuada, esto es prematura o tardía o, en general, sin relación concreta con la situación concreta, puede frustrar o causar un grave daño a la revolución. De ese modo, las consignas no sólo se hallan en relación con la situación concreta, sino también con una cadena de

consignas, dentro de un contexto progresivo y homogéneo de consignas.

De todo ello se desprende que una consigna válida en un momento determinado deja de serlo cuando la situación política cambia. Del mismo modo, no es adecuada la consigna que representa el llamado a una acción cuyas condiciones concretas no se han producido todavía. La consigna adecuada representa el llamado a la acción que ha sido determinada como la más revolucionaria a partir del análisis concreto de la situación concreta. Los partidos revolucionarios deben saber abandonar las consignas que en la nueva situación resultan inadecuadas.

El olvido de este criterio de lo concreto que debe dominar en cada decisión respecto de la acción y, por consiguiente, en la elección de las consignas, la tendencia a emitir llamados a la acción sin atender a las particularidades más concretas del momento, sin base real que les permita ser eficazmente llevadas a cabo, como, en general, la tendencia a reemplazar el análisis concreto de la situación con la repetición dogmática de consignas, es lo que Lenin llama la enfermedad de la "frase revolucionaria", la frase huera, vacía y abstracta del revolucionarismo pequeñoburgués. La repetición monótona de una misma consigna "magnífica, atrayente y embriagadora, pero desprovista de base", y sin relación ninguna con los cambios concretos que se han producido, refleja, en su inmovilidad, la incapacidad por parte del revolucionario pequeñoburgués de aceptar y comprender la marcha cambiante de la historia.

IV. LA TACTICA Y LA ESPECIFICIDAD DE LO POLITICO

Hemos intentado definir, a lo largo de estas páginas, los elementos propios del análisis de una situación política. Hemos dicho que ésta se define, ante todo, por la correlación de fuerzas entre las clases en un determinado momento. Hemos mostrado que la correlación entre las clases estaba determinada por una serie de factores, y hemos precisado así cuáles eran los conceptos generales con que era necesario analizarla: dijimos que la situación política está determinada en última instancia por el carácter de la contradicción principal en el seno de una sociedad dada, esto es, por las clases que se enfrentan en esa sociedad y el grado y tipo de las contradicciones que existen entre ellas. La existencia de esas clases y no de otras, su grado de desarrollo, las contradicciones objetivas que existen entre esas clases, constituyen, en sus rasgos más amplios, los *elementos* específicos que encontramos en la situación política. Pero no sólo eso: esas clases y sus contradicciones objetivas están distribuidas o combinadas de una manera determinada según el grado de desarrollo material, que señala también, en sus rasgos generales, la dirección en que se desplazan esas contradicciones, esto es, el sentido histórico general dentro del cual se mueven las luchas de esas clases. De ese modo, el desarrollo material de la sociedad determina en última instancia no sólo los *elementos* específicamente políticos que entran en la situación política, sino que determina también en sus rasgos más amplios la *distribución o combinación específica de los elementos* políticos y la dirección histórica fundamental en que se va desplazando esa especial combinación de elementos que es la situación política. Los cambios más generales y el sentido general de esos

cambios de la situación política están dados por los cambios que se producen en cada uno de esos elementos: el cambio de uno de los elementos repercute sobre el conjunto de ellos, sobre la situación política en su conjunto, y lleva a una nueva distribución o combinación de los elementos, a una nueva distribución o correlación de las fuerzas y, por ende, a una nueva situación política. Es por eso que se puede decir que, con el fortalecimiento creciente del proletariado en organización y número, propio del desarrollo del capitalismo, la correlación de fuerzas tiende históricamente, de manera necesaria, a hacerse cada vez más favorable a la revolución socialista.

La ciencia del desarrollo histórico de la sociedad, el marxismo leninismo, es la ciencia que nos permite conocer esas particularidades del desarrollo de una sociedad determinada. En virtud de la definición, por obra del marxismo, de la contradicción material principal de una sociedad, el partido de la clase obrera puede determinar cuál es la *tarea* revolucionaria principal que debe llevar adelante, esto es, puede determinar cuál es el carácter de la revolución que está planteada, cuál es el enemigo principal, cuáles son las clases que pueden marchar junto al proletariado en esa revolución, cuáles son las clases que es preciso neutralizar.

De la misma manera, gracias al marxismo, el partido de la clase obrera sabe ver en los partidos que entran en la escena propiamente política, y en las reivindicaciones que plantean, no cualquier tipo de asociación y de intereses, sino que sabe ver en ellos la expresión, más o menos consciente, más o menos encubierta, de diversos intereses de clases o de sectores de clases. Sabe juzgar a esos partidos, entonces, no por sus declaraciones o por las buenas intenciones que digan tener, sino por los objetivos de clases que persiguen, sabiendo distinguir y separar, en el interior de los partidos de la burguesía, la tendencia burguesa

fundamental de sus objetivos y las masas del pueblo que adhieren, engañadas, a esa política.

Por eso dice Lenin que los partidos revolucionarios tienen en el marxismo la guía para la acción: a lo largo de todo el tránsito de una etapa estratégica, en toda nueva situación política surgida dentro de esa etapa, el partido de vanguardia tiene determinado desde ya el sentido general de las acciones que ha de llevar adelante: golpear al enemigo principal o al partido que lo representa, aislarlo, neutralizar a las fuerzas vacilantes, ganar aliados y estrechar la alianza entre las clases y partidos que han de acompañarlo en la revolución. De esa manera la clase obrera va haciendo la correlación de fuerzas cada vez más favorable a sus propios intereses. El sentido general de las tareas políticas, es, en esa etapa, cualquiera sea la situación política, siempre el mismo: las tareas de la clase obrera quedan definidas científicamente.

Sabemos, sin embargo, que esto no es suficiente.

El ámbito de lo político es una realidad específica, distinta de la infraestructura material y de la existencia objetiva de las clases, a partir de donde se determinan las tareas estratégicas. Hemos dicho que las clases no se comportan *realmente* en correspondencia directa y automática con sus intereses objetivos. Las diversas formas ideológicas, las formas en que cada clase toma conciencia de la realidad toda y de sí misma, que representan de por sí lo que hemos llamado una deformación de la realidad, se hallan doblemente deformadas, como vimos, por el peso de la ideología dominante, la ideología o las formas de pensar que sirven de afianzamiento y sostén del poder económico y político de la clase dominante. Es así como podemos encontrarlos, en cualquier sociedad dominada por el capitalismo, con amplios sectores del pueblo, de la pequeña burguesía principalmente y del proletariado, ganados para las posiciones políticas de la burguesía; a sectores del proletariado ganados para las posiciones de la pequeña burguesía; a amplios sectores

del campesinado indiferentes o pasivos frente a cualquier iniciativa política; inversamente, amplios sectores del proletariado y algunos sectores de la pequeña burguesía ganados para las posiciones revolucionarias del proletariado. La burguesía, que, definida estrictamente como clase, no representa sino un grupo minoritario de la población, tiene así asegurada su influencia sobre otras clases o sectores de clase mucho más amplios que ella, cuyos intereses objetivos, definidos en términos de clase, son contrarios a los de ella. Amplios sectores del pueblo, entonces, son arrastrados a posiciones políticas contrarias a sus propios intereses. Este panorama, propio de la anatomía de cualquier sociedad capitalista, muestra bien la relativa falta de correspondencia que hay entre las clases, definidas materialmente, y las posiciones políticas o ideológicas que adoptan esas clases, y muestra asimismo en qué sentido decimos que lo ideológico introduce una "deformación" respecto de los intereses objetivos de las clases. Esta relativa falta de correspondencia no puede ser, sin embargo, permanente: si así fuera, sería imposible que el proletariado hubiera tomado posiciones revolucionarias y sería igualmente imposible que con sus luchas contribuyera a hacer pasar a otras clases a adoptar posiciones correspondientes a sus intereses objetivos.

Pues bien: es así como se presentan *realmente* las clases (o los partidos que bien o mal las representan) en el *terreno específico* de lo político. La "deformación" introducida por las distintas influencias ideológicas *no son menos reales* que las clases definidas materialmente, y no es menos real el ámbito específico que lo ideológico contribuye a crear. Es precisamente este elemento ideológico, en la medida en que *organiza y encauza el comportamiento* de las diversas clases y sectores, unos respecto de los otros, lo que constituye el ámbito político como un ámbito específico, distinto de lo económico, y que se mueve hasta cierto punto autónomamente, según características

propias, pero determinado en última instancia por aquél.

Si ésta es la manera *real* en que se presentan las clases en el terreno político, se entiende que cuando decimos que una situación política es la correlación de fuerzas entre las clases en un momento dado, nos referimos a esta realidad. Podríamos decir, para establecer la relación con la estructura material de la sociedad, que la correlación de fuerzas real *expresa* la correlación de fuerzas entre las clases definidas materialmente, *en el sentido* de que la correlación de fuerzas real está determinada en última instancia por la existencia material de las clases y guarda una cierta correspondencia con ella. Así, por ejemplo, por muy autónomo que pueda ser lo político, es evidente que en un país donde se ha barrido hace tiempo con la clase de los señores feudales, los partidos de tendencias feudales o han desaparecido o no tienen absolutamente ninguna capacidad de iniciativa.

Decimos que la correlación de fuerzas real es favorable a la burguesía, por ejemplo, cuando la burguesía ha sabido ganar para sus posiciones a amplios sectores del pueblo, a pesar de las contradicciones reales que existan entre ellos. La correlación de fuerzas comienza a hacerse desfavorable a la burguesía cuando la agudización de sus contradicciones con la pequeña burguesía, por ejemplo, lleva a amplios sectores de ésta a *reconocer por primera vez* la gravedad de sus contradicciones reales con la burguesía, y la hace tratar de encontrar ahora un comportamiento independiente, o la empuja a dar pasos en dirección del proletariado.

El peso de la ideología dominante se expresa justamente en el hecho de que *impide ver* a las clases dominadas sus contradicciones reales con la clase dominante, y les impide, por eso, la adopción de un comportamiento organizado conforme a sus intereses. Pero precisamente gracias a ello podemos decir, a la vez, que la correlación de fuerzas real debe ser *entendida*

en relación a la estructura material de la sociedad, en relación a la existencia material de las clases y de sus intereses objetivos: la comprensión de la determinación en última instancia de lo político e ideológico por la infraestructura material es lo que permite al partido de vanguardia actuar acertadamente con vistas a hacer conscientes en el seno del pueblo el verdadero carácter de sus intereses y el verdadero rostro de la burguesía, para posibilitar así la incorporación de esos sectores a la lucha.

Es la agudización de sus contradicciones con la burguesía lo que permite a la pequeña burguesía liberarse en mayor o menor medida de la influencia burguesa que pesa sobre ella, lo que le permite romper la costra de esa ideología y ver recién, por primera vez, la realidad de esas contradicciones. Ello le permite pasar a organizar, de manera más o menos adecuada, su lucha contra la burguesía. Fue la fusión de la teoría marxista con el movimiento obrero, que antes luchaba en forma ciega, desorganizada y sin objetivo preciso, lo que permitió a la clase obrera comprender cuáles eran sus intereses verdaderos, cuáles eran sus enemigos, y de qué modo debía organizar y encauzar su lucha contra ellos. Pareciera que es siempre un elemento externo a la ideología, la agudización de una lucha, el aporte a ella de una doctrina científica, la acción más o menos organizada en vista de determinados objetivos, lo que posibilita la destrucción de la costra ideológica que recubre a las clases.

En ello reside uno de los rasgos más esenciales de la lucha que lleva a cabo el partido del proletariado: se trata de impulsar y de organizar las luchas del pueblo, por más ciegas e informes que sean al comienzo, para destruir esa costra de pasividad e ideología, para permitir así que el pueblo vaya adquiriendo una conciencia cada vez más clara de sus objetivos, y para que se vaya incorporando a la lucha de una manera más y más activa, organizada y consciente. En ello reside la primacía que el marxismo le confiere a la

práctica por sobre lo ideológico. Dicho en dos palabras, la esencia de la política revolucionaria consiste en impulsar las luchas del pueblo para transformar en intereses subjetivos los intereses objetivos del proletariado y del pueblo; *la política revolucionaria tiene por objeto hacer conciencia en el proletariado acerca de sus verdaderos intereses, impulsando sus luchas, por limitadas que parezcan al comienzo en relación con sus objetivos finales.*

Esta verdad se encuentra en la base de la política de reclutamiento del Partido Comunista y se expresa, en otros términos, en la afirmación de que la militancia forma y educa revolucionarios: es la práctica del militante, en mucho mayor medida que el mejor de los estudios, lo que va destruyendo en él los resabios burgueses y pequeñoburgueses, lo que va creando en él una conciencia revolucionaria profunda.

Estos son, pues, los elementos *constituyentes* de la situación política: los diversos grados de conciencia alcanzados por los diversos sectores de la sociedad, el grado mayor o menor de influencia de la ideología burguesa o revolucionaria, la mayor o menor independencia de la pequeña burguesía respecto de la burguesía, etc. Todo ello se expresa en el grado, vigor y carácter de las luchas de cada sector de la sociedad, el grado de conciencia y de organización de esas luchas a través de la formación de partidos políticos o de otros tipos de organización. *Es aquí*, en este nivel, y sobre tales elementos y en relación a esos elementos, *donde se ejerce propiamente la acción política.* Es aquí, y no sobre los elementos del nivel económico: el ámbito o la escena política es un nivel específico de la sociedad, que, si bien está determinado en última instancia por lo económico, *tiene su propia realidad.* Por eso mismo, si lo económico tiene unas leyes propias que lo rigen, lo político tiene también sus propias leyes de desarrollo, una vida propia, un ritmo propio, una manera específica de desenvolverse y de evolucionar. Esa realidad específica de lo político,

esos modos de desenvolverse que son propios de él y de nadie más, es lo que concierne directamente a la táctica política. La estrategia, hemos visto, toma lo político en su relación de dependencia con otra realidad: lo económico. La táctica estudia *directamente* lo político en su especificidad propia. Los temas desarrollados en las últimas páginas guardan relación con la necesidad de definir lo político en éstos, sus elementos constituyentes.

Los elementos políticos no tienen la solidez de los elementos de la estructura económica, y su vida y sus ritmos propios no muestran tampoco la seguridad del avance material de la sociedad. Por eso, es propio de la situación política estar sujeta a continuos cambios, a virajes bruscos, a transcurrir dentro de períodos de ofensiva de una clase, seguidos por períodos de retirada; es propio de ella conocer períodos de flujo y de reflujo, desarrollarse durante mucho tiempo con una lentitud tal que pareciera que en muchos años nada cambiara, para precipitarse de pronto, bruscamente, y adquirir un ritmo vertiginoso, donde “en dos meses se hace la experiencia de dos décadas”, donde miles de nuevos acontecimientos se producen y se entrelazan en todo momento. Es propio también de la naturaleza cambiante de lo político el que la lucha entre las clases adopte diversas formas y grados, que transcurra durante un largo período de una manera pacífica o más o menos pacífica, para luego, en períodos de gran agudización de la lucha, de tensión de todas las contradicciones, de creciente resistencia de una clase a ser desplazada, tomar formas cada vez más violentas.

Cuando se analiza una situación política, deben ser tomados en cuenta, entonces, no sólo los factores determinantes en última instancia, que definen el carácter general de los elementos constituyentes de la situación política, sino también estas peculiaridades, que son propias y constituyentes de lo político. La táctica revolucionaria debe dominar todas estas parti-

cularidades del desarrollo político; el partido de vanguardia debe saber definir las características específicas de la situación política de ese momento, determinar si se vive en un período de reflujo de la revolución o si, por el contrario, se está a un paso de una situación revolucionaria. Sólo dominando esos aspectos puede el partido estar en condiciones de afrontar de la manera adecuada, con las formas de organización y lucha apropiadas, las tareas que cada situación política exige afrontar. La táctica revolucionaria —esto es, la conveniencia de dar tal paso en vez de tal otro en determinado momento, la conveniencia de establecer en tal otro un compromiso ante la posibilidad de dar luego un gran paso adelante en la lucha revolucionaria, la conveniencia de retirarse en tal momento o de golpear con todas las fuerzas en tal otro, la necesidad, por último, de lanzar en cada uno de esos casos las consignas eficaces, correctas y oportunas de acuerdo a la situación concreta— no puede ser establecida con alguna probabilidad de éxito, si no se entiende que los períodos de flujo y reflujo, los virajes bruscos, etc., son elementos propios de lo político.

SEGUNDA PARTE

LOS COMUNISTAS
Y LA
VICTORIA POPULAR

I. LA CLASE OBRERA CHILENA Y EL LENINISMO

UNA CITA DE TOGLIATTI

El leninismo, como doctrina de la estrategia política del proletariado, abre un nuevo ámbito del conocimiento estricto: la ciencia política. ¿Qué concepción de la política, de la lucha de clases y de la revolución tenía la clase obrera antes de su fusión con el leninismo?

Escuchemos a Palmiro Togliatti, el gran dirigente comunista italiano:

“Si tratamos hoy de recordar qué fueron la doctrina y la propaganda del movimiento socialista italiano antes de Gramsci, nos damos cuenta inmediatamente de que faltaba en ellas un concepto fundamental, el concepto mismo de revolución. ¿Qué era la revolución para un socialista italiano de fines de 1800 y de la primera década de 1900? No lo sabía. Se desarrollaban interminables debates sobre la diferencia que podía existir entre la simple revuelta, la insurrección y una verdadera y “efectiva” revolución, entre una sublevación armada y un movimiento no armado, y las eventuales relaciones entre sí. Se discutía si una huelga general podía dar comienzo a una revolución, y esto era ya, por otra parte, una forma más concreta de la búsqueda. O bien se confundía, identificándolos, el concepto de revolución permanente con el concepto de desarrollo histórico, que es una cosa dis-

tinta. No existía una visión precisa de lo que es el vuelco revolucionario de las relaciones sociales.”

Togliatti apunta a un *vacío teórico* que el movimiento obrero debía llenar como una exigencia de la *práctica* revolucionaria. Y este vacío teórico tiene un contenido muy concreto. Se trata del concepto mismo de revolución, que no podía ser definido de manera científica sin desarrollar previamente un nuevo análisis del desarrollo del modo capitalista de producción, sin construir primero una doctrina del imperialismo como fase superior del capitalismo, sin deducir de esta doctrina un análisis científico del carácter de la época, en suma, sin tener una *perspectiva* que permitiera resolver el problema teórico de definir el concepto mismo de revolución.

Dice Togliatti más adelante:

“Este era el panorama para aquellos que hablaban de revolución en Italia antes de Lenin. Les faltaba el concepto mismo de revolución . . . Labriola no logró alcanzar el concepto del imperialismo, y ésta fue justamente la más grave deficiencia del desarrollo de su pensamiento, deficiencia que explica también algunos de los juicios erróneos formulados por él mismo en los últimos años de su existencia, acerca de la política colonial del imperialismo.”

Y es a esta doctrina del imperialismo desarrollada por Lenin a la que Togliatti llama “ese salto, que por su parte Lenin realizaba cuando, al partir de un análisis mucho más profundo de la estructura de la economía capitalista —en el primer período y en el momento del tránsito al período sucesivo, que es el período del imperialismo— estaba en condiciones de definir con precisión el *carácter de la época* que co-

menzaba, de proclamar que ésta era la época del tránsito del capitalismo al socialismo, de la era liberal a la era socialista. Todo el movimiento obrero italiano había padecido desde los comienzos la falta de esta decisiva *perspectiva* histórica”.

Esta observación de Togliatti nos permite comprender hasta qué punto el pensamiento político de Lenin, al ser recogido por el movimiento obrero, se transforma en una fuerza histórica colosal, en el factor determinante del tránsito de una época a otra, de un salto histórico de la humanidad. Es sin duda la mayor confirmación contemporánea de la tesis de Carlos Marx según la cual las ideas, cuando se hacen carne en las masas, se transforman en una fuerza material capaz de empujar el desarrollo de la historia. No se trata de una concesión al idealismo cuando se acentúa esta tesis de Marx, sino precisamente de mostrar en toda su riqueza la concepción leninista de que no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria.

Refiriéndose al horizonte teórico del pensamiento marxista de fines del siglo pasado, señala Togliatti en el trabajo que nos ocupa:

“En substancia, todas éstas eran las consecuencias negativas de una concepción pedante, mecanicista del marxismo y del proceso mismo del movimiento obrero. Faltaba la idea del desarrollo histórico, que no puede ser entendida solamente como evolución objetiva de las relaciones económicas mediante las transformaciones de la técnica y del aumento de las fuerzas productivas —desarrollo de las luchas parciales económicas y políticas de los trabajadores— y, finalmente, como coronación de esa evolución y de ese desarrollo, una milagrosa catástrofe. Lo que faltaba era la noción misma de las modificaciones y del vuelco de las relaciones del poder en la so-

ciudad, de la necesidad de ruptura del bloque histórico dominante y de la creación revolucionaria de un nuevo bloque."

Este deslinde ideológico propuesto por Togliatti para separar el horizonte teórico del movimiento socialista, antes y después de Lenin, con vistas a encontrar, a partir de esta separación, qué es lo específicamente nuevo que aporta Lenin al pensamiento de Marx y Engels, pone en evidencia la magnitud gigantesca de este aporte.

¿Qué hay en Lenin de fundamentalmente nuevo? Hay, por lo menos, tres capítulos principales que configuran lo específico de su pensamiento: una doctrina del imperialismo, como fase superior del capitalismo; una doctrina de la revolución y por lo tanto del Estado, del poder; y una doctrina del Partido.

Es este aporte original lo que traza una línea de demarcación entre dos momentos del movimiento revolucionario. Y esta demarcación no recae, como pudiera entenderse, sobre un nivel teórico. Es una demarcación que deslinda dos momentos cualitativamente diferentes de la *práctica* revolucionaria del movimiento obrero y cuya diferencia está determinada por el gigantesco salto científico dado por Lenin.

Sin la intención de hacer consideraciones históricas que requieren un detenido estudio, conviene en todo caso señalar que la tesis de Togliatti puede aplicarse al movimiento obrero chileno. Al hacerlo se ilumina un capítulo importante de su historia, cual es el proceso de asimilación del leninismo por parte del proletariado chileno, y, lo que es más importante, se definen *objetivamente* los contenidos leninistas que orientan al movimiento popular de nuestro país y se establece de manera clara que sector de las fuerzas revolucionarias chilenas ha sido consecuente en la aplicación del leninismo a la solución de los problemas teóricos y prácticos de la revolución chilena.

El pueblo chileno ha tomado en sus manos los destinos del país. La conquista de un Gobierno Popular, revolucionario, de definido carácter antimperialista, llamado a realizar las transformaciones antimonopolistas y agrarias que abran paso al socialismo, es el resultado de la lucha de varias generaciones. Las tesis leninistas que hicieron posible la unidad del pueblo, las concepciones sobre el carácter de la revolución chilena, sobre la estrategia y la táctica del proletariado para hacerla posible, no se formaron de un día para otro ni salieron de la cabeza de algún genio partidario. Son un producto teórico de la experiencia asimilada de muchos combates, de errores y éxitos, de desviaciones y de aciertos.

No para volcar la mirada por toda la abigarrada extensión de la lucha popular, sino para detenerla en algunos momentos cruciales, de reciente ocurrencia y que constituyen el antecedente inmediato de la victoria popular, es que haremos un estudio de documentos, informes y artículos que expresan la línea del Partido Comunista de Chile.

El aporte de todos los partidos de la Unidad Popular fue importante para alcanzar la victoria, pero, por muchas consideraciones que se analizan hacia adelante, el aporte del Partido Comunista fue, más que importante, decisivo.

EL CONTEXTO MUNDIAL DE LA REVOLUCION CHILENA.

A la luz de las ideas expuestas hasta esta parte, haremos un estudio de documentos del Partido Comunista de Chile. Mostraremos que el método usado por Lenin para analizar una situación política concreta

ha sido, plenamente asimilado por el partido de Recabarren y aplicado a las particularidades específicas de la lucha de clases en nuestro país.

Es en la aplicación de un método científico que dé fundamento a la iniciativa política donde se descubren aquellas particularidades que son enfrentadas desde determinados principios, pero cuyo tratamiento concreto y particular requiere, en una medida inestimable, de una gran capacidad para hacer del método "un guía de la acción", para resolver creadoramente cada situación teniendo el oído y el ojo atentos a la particularidad nacional, al estado de ánimo de las masas, a la textura profunda y compleja de sus creencias y de sus costumbres, de sus defectos y de sus virtudes. Y nada ha garantizado mejor que estos ojos y oídos hayan estado efectivamente atentos para recoger estos rasgos y particularidades, que el hecho de que el Partido sea antes que todo *pueblo* organizado y combatiente.

En todo caso, el desarrollo del pensamiento político del Partido, la formulación de sus tesis programáticas y la elaboración de su línea es, paralelamente, el desarrollo de una concepción leninista, científica, de la política, y el desarrollo de su particular modo de aplicar los principios fundamentales a la realidad peculiar de nuestro país.

Hemos visto en la primera parte que al analizar una situación política concreta Lenin comienza con el estudio de lo que hemos llamado los *factores determinantes en última instancia* para el análisis de esa situación. Hemos mostrado que esos factores son fundamentalmente una definición del carácter de la época, y una definición del carácter de la revolución en el país de que se trate.

Ambas cuestiones las define el Partido en su Programa. Este Programa, que señala los objetivos del Partido en la etapa actual del proceso revolucionario

de nuestro país, fue aprobado en el XIV Congreso del Partido Comunista, realizado a fines de 1969. Las tesis fundamentales, sin embargo, son las mismas que se elaboraron y aprobaron en el X Congreso Nacional efectuado en marzo de 1956.

Sobre el *carácter de la época* el Programa señala que:

"Vivimos en la época iniciada por la gran revolución socialista de octubre, la etapa del tránsito del capitalismo al socialismo, cuando éste se ha convertido ya en un sistema mundial, y las batallas emancipadoras de todos los pueblos cuentan con su apoyo resuelto, a la par que se desenvuelven vastos procesos revolucionarios.

"La edificación del socialismo en la Unión Soviética, la derrota del fascismo y del militarismo japonés en la Segunda Guerra Mundial, el triunfo de la revolución en China y en otros países de Europa y de Asia, el surgimiento en Cuba del primer Estado Socialista de América, la formación y desarrollo del sistema socialista mundial compuesto por catorce Estados y la influencia universal de la lucha de la clase obrera y de los pueblos han abierto ampliamente la perspectiva de la victoria del socialismo en toda la tierra.

"Tres poderosas fuerzas sociales de nuestra era convergen en el gigantesco torrente de la lucha antiimperialista: el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional."

Cuando el Partido define esta época como de tránsito del capitalismo al socialismo no tiene sólo en cuenta el hecho de que la historia de este siglo

confirma esta tesis. Antes que se produjera la propia Revolución de Octubre Lenin había formulado la tesis de que lo que define el carácter de la época actual es el tránsito del capitalismo al socialismo, y había llegado a esta conclusión al analizar el proceso de desarrollo del capitalismo, y formular su teoría del imperialismo como fase superior del capitalismo y antesala de las revoluciones socialistas. Es de la propia definición del imperialismo que Lenin deduce el carácter de nuestra época. Esto ya lo hemos analizado en la primera parte.

Las tesis sobre el carácter de la época formuladas en el Programa implican no sólo una definición de este carácter en el sentido de definir el contenido fundamental de toda una etapa histórica. Implican además un análisis de la *correlación de fuerzas* a escala internacional y una definición científica de cuáles son los diferentes destacamentos del movimiento antiimperialista.

“El imperialismo, cuya crisis general se agrava, continúa oprimiendo y despojando a numerosos pueblos y encierra una amenaza permanente para la paz, un atentado contra la independencia nacional, contra el derecho al bienestar y al progreso de las naciones. La etapa presente, sin embargo, se caracteriza por la extensión del movimiento revolucionario y por la posibilidad de nuevas victorias para los pueblos.

”Pese a los contraataques imperialistas y a las dificultades que surgen en el propio seno del movimiento revolucionario mundial, *éste prosigue su avance y mantiene a su favor la correlación de las fuerzas internacionales.*”

EL PC DE CHILE Y LA LUCHA REVOLUCIONARIA EN AMERICA LATINA

(En torno a un artículo de Luis Corvalán)

Definida de esta forma la característica determinante de esta etapa histórica, el Partido Comunista ha entregado sus opiniones acerca de los hechos políticos nuevos que estremecen a América Latina desde el triunfo de la Revolución Cubana.

Estas opiniones se condensan en un artículo de Luis Corvalán, escrito en vísperas de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, realizada en La Habana en agosto de 1967.

Se trata de un artículo polémico en referencia a una serie de concepciones que alcanzaron su mayor difusión dentro del movimiento antiimperialista latinoamericano, precisamente en ese período. Estas concepciones, en síntesis, eran las siguientes:

- a) Una tesis acerca de la continentalización de las luchas antiimperialistas en América Latina;
- b) una tesis acerca del objetivo inmediatamente socialista de estas luchas;
- c) una tesis acerca de las fuerzas motrices de la revolución latinoamericana, definiendo por tales en primer lugar al campesinado, en segundo lugar a los sectores radicalizados de la pequeña burguesía y en último término a la clase obrera;
- d) una restricción del frente de fuerzas que participan o están en condiciones de participar en los combates liberadores, reduciéndolo sólo a lo que se daba en llamar “los sectores auténticamente revolucionarios”;
- e) un cuestionamiento del papel de los Partidos Comunistas;

- f) una reducción de las múltiples formas de la lucha popular a una sola de ellas, la lucha armada, y sólo a una expresión de la lucha armada, la lucha de guerrillas; y
- g) una tendencia a separar el movimiento de liberación de los otros destacamentos del movimiento revolucionario mundial, el campo socialista y la clase obrera de los países capitalistas desarrollados.

El artículo de Luis Corvalán se refiere a cada una de estas tesis, polemizando positivamente, es decir, exponiendo los puntos de vista de los comunistas chilenos, buscando todos los puntos de contacto posibles, poniendo en el centro de la polémica la necesidad de la unidad y la acción conjunta de todas las fuerzas patrióticas que se expresan en la política latinoamericana. El artículo se llama "Unión de las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de América Latina", y en el primer párrafo hace una caracterización de las luchas que se desarrollan en el continente:

"América Latina es vasto escenario de una lucha intensa de amplias masas populares que se rebelan contra el dominio imperialista y la opresión de las oligarquías del continente. Esta es una lucha dura, larga y difícil, convergente en su objetivo, múltiple en la forma, única en su contenido. Los pueblos latinoamericanos marchan por el camino de la liberación nacional y social, de la democracia y el socialismo".

Ya en este primer párrafo se plantean tres cuestiones polémicas.

En primer lugar, señala que son "amplias masas populares" las que se rebelan y combaten, y que por tanto no se trata de "focos" combatientes separados de las masas o que pudieran actuar con pretensión

de éxito sin que sea el conjunto del pueblo el que levante las banderas de la revolución.

En segundo lugar, se señala que la *convergencia del objetivo* y la *unidad de contenido* de estas luchas no implican necesariamente la *unidad en su forma*. Quienes hablaban de la continentalización de las luchas liberadoras de América Latina por lo general deducían de la identidad en el contenido de estas luchas la unidad de su forma, entendiendo muchas veces por *continentalización* de la lucha la generalización de las experiencias guerrilleras.

En tercer lugar, en la parte final del párrafo citado se señala el entronque de la revolución latinoamericana con los cambios históricos que conmueven a la humanidad entera, cambios que se realizan en la perspectiva mundial del tránsito hacia el socialismo y que sitúan al movimiento liberador junto a los otros destacamentos del movimiento revolucionario de nuestra época, el campo socialista y la clase obrera de los países capitalistas desarrollados.

Más adelante Corvalán llama la atención sobre la necesidad de definir correctamente el contenido fundamental que da unidad a todos los combates que se libran hoy en América Latina, de poner el acento en las tareas antiimperialistas.

"La independencia de cada país y la vida de cada pueblo latinoamericano están en peligro. Y no hay otro camino de salvación y de avance hacia el porvenir que el de la lucha de las más amplias masas populares del continente en contra de la política agresiva e intervencionista del imperialismo yanqui.

"Los pueblos latinoamericanos se hallan enfrentados a la necesidad histórica de unirse en la acción en defensa de la soberanía de sus países y del derecho a su autodeterminación.

"Para decirlo con las palabras del XIII Congreso de nuestro Partido: "La derrota de los

planes agresivos del imperialismo emerge como la tarea suprema, como la tarea de las tareas. La lucha por los cambios revolucionarios y el Poder popular se unen en un solo todo al combate contra la intervención norteamericana, por la soberanía, por la autodeterminación y la paz."

"La misión histórica del proletariado es poner término al capitalismo y construir el socialismo. Las tareas concretas, las tareas principales del proletariado en función del cumplimiento de esta misión histórica cambian cada cierto tiempo en relación con los cambios que se operan en la situación internacional. En la década de los años treinta, cuando el centro de la reacción mundial estaba en la Alemania de Hitler, la principal tarea concreta de la clase obrera y de los comunistas consistió en unir fuerzas contra el fascismo germano y en defensa de la libertad. Ahora que el imperialismo norteamericano es el gendarme de la reacción mundial, la principal tarea concreta del proletariado consiste en agrupar fuerzas en contra de su política de guerra y agresión, en favor de la liberación de los pueblos coloniales, neocoloniales y dependientes, de la paz y de la coexistencia pacífica, unido todo esto a la lucha por los cambios sociales que estén a la orden del día en cada uno de los países.

"En relación directa con los pasos del enemigo, en uno u otro escenario y en uno que otro momento, adquiere más relieve tal o cual aspecto de la lucha mundial contra el imperialismo, pero cada frente de batalla forma parte del mismo movimiento histórico."

Enfilando su artículo hacia una de las cuestiones más polémicas en ese entonces, Corvalán advierte del error teórico y del peligro práctico que entraña

la tesis de la *continentalización* entendida como la determinación de un rasgo único y absoluto de todas las luchas latinoamericanas, tanto en el contenido como en la forma, haciendo tabla rasa de las particularidades económicas, sociales y políticas de cada país. Los sostenedores de esta tesis comparaban la situación actual de América Latina con el periodo de la liberación anticolonial de comienzos del siglo XIX.

"Las guerras de la independencia del siglo pasado tuvieron en América Latina un marcado carácter continental. Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, no sólo lucharon por la independencia de sus respectivos países, sino también por la libertad de los demás pueblos de América. En ese tiempo no estaban constituidos los Estados nacionales y prácticamente no había fronteras geográficas, sino imprecisos lindes de las administraciones coloniales que abarcaban varias de las actuales repúblicas. Por lo mismo, en los ejércitos de la independencia había oficiales y soldados de varias de las antiguas colonias que participaron en la liberación de uno y otro pueblo del continente.

"Con la independencia y el desarrollo del capitalismo se formaron los Estados nacionales y se delimitaron sus fronteras. América Latina siguió un destino común, volviendo a enfrentar problemas comunes y a un mismo enemigo. Pero no ha escapado ni podía escapar a la ley del desarrollo desigual del capitalismo, del desarrollo desigual de la sociedad. En el marco general del subdesarrollo de América Latina hay diferencias entre los países que la componen, en cuanto al grado de desenvolvimiento económico, político y social. *Esto determina el carácter nacional de las revoluciones del continente, la diversidad*

de formas y la diferencia de tiempo en la liberación de los pueblos latinoamericanos.

"La situación de hoy es por lo tanto distinta de la que existía durante las guerras de la independencia del siglo pasado."

He aquí un planteamiento leninista en relación con el problema del carácter de las luchas de liberación en América Latina. Se tiene en cuenta, en primer lugar, el grado de desarrollo capitalista de cada uno de los países y las particularidades políticas y sociales que se derivan de este desarrollo. Esto determina el carácter *nacional* de las revoluciones, pero al mismo tiempo el *carácter* que tendrá la revolución en cada país.

Conjuntamente, se tiene en cuenta el hecho de que el imperialismo aplica su política agresiva e intervencionista en escala continental, que intentó crear mediante la OEA una fuerza internacional contra Cuba y los movimientos de liberación del continente, y que, por ejemplo, en la intervención a Santo Domingo organizó la participación posterior de soldados brasileños, costarricenses, hondureños, nicaragüenses y paraguayos. En atención a este hecho y "en la medida en que el imperialismo, con la complicidad de las oligarquías del continente, logra pasar por encima del principio de no intervención, hace caso omiso de la soberanía de cada país, no respeta las fronteras geográficas y se guía por la doctrina de las fronteras ideológicas, los revolucionarios se ven obligados a llevar su solidaridad a nueva altura, *incluso participando directamente en las luchas liberadoras de otros pueblos hermanos, siempre, claro está, que así lo requiera el movimiento revolucionario de esos pueblos y que se coloquen a su servicio y actúen bajo su dirección.*

"En esta lucha nacional son los revolucionarios de cada país los que determinan en todos sus aspectos el rumbo y las tareas concretas que conduzcan a su propia revolución."

Pasa luego a referirse a la tesis según la cual la única forma de lucha válida en América Latina es la lucha armada y, como hemos dicho, una sola de las expresiones de la lucha armada, la guerrilla.

"La Revolución Cubana ha sido una demostración palpable de cómo la vida rompe los esquemas, de que no se puede generalizar ninguna experiencia en lo que tiene de singular. Al mismo tiempo de este principio no se puede extraer la conclusión de que lo singular de una revolución, y en este caso de la Revolución Cubana, no pueda también darse en otro lugar, aunque no exactamente de la misma manera. En este sentido creemos que en algunos países de América Latina la llama de la revolución podría prender, como ocurrió en Cuba, con la creación de un foco guerrillero.

"Naturalmente, para que ello ocurra no bastan el coraje y la decisión de un grupo de revolucionarios, aunque tal factor juega un papel y éste puede llegar a ser decisivo. Se necesita, al mismo tiempo e indispensablemente, de condiciones generales favorables, no decimos enteramente favorables y plenamente maduras, pero sí en proceso de maduración, con perspectivas de madurar.

"Descubrir el lugar y el momento precisos para iniciar una acción de tipo guerrillero u otra forma de lucha armada que pueda ser el punto de partida para la conquista del poder, no es, por cierto, cosa fácil. Lenin alertaba contra el peligro de aventuras que suelen conducir al sacrificio inútil de valiosas vidas de revolucionarios y al retroceso del movimiento. Sin embargo, el leninismo se caracteriza por la audacia creadora, por el propósito de llevar adelante el proceso revolucionario. Po:

ello no se puede rechazar de plano ni aceptar a fardo cerrado ninguna forma de lucha. Lo esencial es tomar el camino de combate, tratando de evaluar lo mejor posible la situación, tanteando el vado, sometiendo la táctica a la prueba de la práctica, hallándonos dispuestos tanto al avance como al repliegue, siempre en busca de la coyuntura que permita abrirle paso a la revolución."

Este planteamiento recoge en toda su profundidad la concepción de Lenin acerca del método a seguir en el análisis del problema de las formas de lucha. En el artículo "La Guerra de Guerrillas", escrito en 1906, Lenin dice:

"¿Cuáles deben ser las exigencias fundamentales de todo marxista en el análisis de la cuestión de las formas de lucha? En primer lugar, el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no liga el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas de lucha; además, no las inventa, sino que generaliza, organiza y hace conscientes las formas de lucha de las clases revolucionarias que aparecen por sí mismas en el curso del movimiento. Enemigo absoluto de toda fórmula abstracta, de toda receta doctrinaria, el marxismo exige que se preste mucha atención a la lucha de *masas* que se está desarrollando, la cual, a medida que el movimiento se extiende, a medida que crece la conciencia de las masas, a medida que las crisis económicas y políticas se acentúan, engendra procedimientos siempre nuevos y siempre más diversos de defensa y ataque. Por esto el marxismo no rechaza de plano ninguna forma de lucha. El marxismo no se limita,

en ningún caso, a las formas practicables o existentes sólo en un momento dado, admitiendo la *aparición inevitable* de formas de lucha nuevas, desconocidas de los militantes de un período dado, al cambiar la coyuntura social. El marxismo, en este sentido, *aprende*, si puede decirse así, de la práctica de las masas, lejos de pretender enseñar a las masas las formas de lucha inventadas por sistematizadores de gabinete. Sabemos —decía, por ejemplo, Kautsky, al examinar las formas de la revolución social— que la próxima crisis nos aportará nuevas formas de lucha que no podemos prever ahora.

"En segundo lugar, el marxismo exige que la cuestión de las formas de lucha sea considerada desde un punto de vista *histórico*. Plantear esta cuestión fuera de la situación histórica concreta significa no comprender el abecé del materialismo dialéctico. En los diversos momentos de la situación evolución económica, según las diferentes condiciones políticas, la cultura nacional, las costumbres, etc., aparecen en primer plano distintas formas de lucha, que se hacen preponderantes, y en relación con esto se modifican a su vez las formas de lucha secundarias, accesorias. Querer responder sí o no a propósito de un determinado procedimiento de lucha, sin examinar en detalle la situación concreta de un movimiento dado, en el estado dado de su desenvolvimiento, significa abandonar completamente el terreno del marxismo.

"Estos son los dos principios teóricos fundamentales que deben guiarnos. La historia del marxismo en Europa Occidental nos suministra innumerables ejemplos que confirman lo que acabamos de decir."

Es indisolublemente ligado al problema de las vías, Corvalán plantea la necesaria amplitud del tren antiimperialista, independientemente incluso del camino que decida seguir el movimiento revolucionario de cada país. Esto fue planteado en un momento en que se pretendía trazar una línea divisoria entre lo que se llamaba “los sectores más consecuentemente revolucionarios” y otras fuerzas del movimiento antiimperialista, con la agravante de que el criterio para determinar esa “consecuencia” era la adhesión de palabra o de hecho a la lucha armada. Y en la mayoría de los casos, de palabra.

“En la lucha liberadora de América Latina participa gente de las más diversas tendencias, hombres, mujeres y jóvenes de distintas formaciones políticas y extracciones sociales. Va en interés de la causa revolucionaria ampliar y no restringir el frente antiimperialista, incorporar a él, en una u otra medida, a todos los sectores que están o pueden estar contra el enemigo común, incluida aquella gente que sin ser por ahora partidaria de la Revolución Cubana ni de ninguna revolución, está, sin embargo, por defender el derecho de Cuba a construir el socialismo y el derecho de todos los pueblos latinoamericanos a darse el régimen que quieran.”

Y es a propósito de esta cuestión que plantea otro asunto polémico. El referente a las *fuerzas motrices* de la revolución.

“Las *fuerzas motrices* de la revolución en América Latina son la clase obrera, los campesinos (en muchos países, en su mayoría indí-

genas), los estudiantes, las capas medias y algunos sectores de la burguesía nacional. Entre estas fuerzas hay contradicciones, primando sin embargo el interés común en la lucha contra el imperialismo norteamericano y las oligarquías. Por lo mismo, son reales las posibilidades de unirlos y su unión en el combate se hace necesaria.

“En la aplicación de nuestra línea en favor de la unidad de acción de las más amplias fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas, los comunistas partimos siempre de la idea de que la alianza de la clase obrera con el campesinado, la alianza del proletariado con los sectores populares no proletarios es la mejor garantía de la constitución de un sólido y combativo frente único. Pues bien, la clave para avanzar en dicha dirección está en América Latina, concretamente, en el entendimiento entre los revolucionarios provenientes del proletariado y los revolucionarios provenientes de la pequeña burguesía.

“En América Latina el proletariado es una clase social pujante y en pleno desarrollo. El número de asalariados que hay desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos —en sus tres cuartas partes proletarios industriales y agrícolas— se puede calcular en cuarenta millones de personas, lo que sobrepasa el cincuenta por ciento de su población activa. En cinco países —México, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile—, donde viven casi los dos tercios de la población latinoamericana, hay un proletariado relativamente fuerte. Y esto no sólo vale desde el punto de vista cuantitativo. En estos países, así como en Venezuela, Colombia, y en general en todo el continente, no se puede dejar de tener en cuenta la presencia y la fuerza de la clase obrera.”

El cuestionamiento del papel de la clase obrera en la revolución latinoamericana está, ciertamente, acompañado del cuestionamiento de los Partidos Comunistas, que son su expresión política. En su artículo, Luis Corvalán se refiere largamente a esta materia:

"En todos los países del continente existen Partidos Comunistas.

"Cualquiera que sea el nivel de su desarrollo los Partidos Comunistas de América Latina, como los de todo el mundo, son portavoces de las ideas que más teme el imperialismo, son sus enemigos más odiados. Ellos heredan y encarnan las mejores tradiciones revolucionarias de sus pueblos.

"Los Partidos Comunistas de América Latina han realizado una labor verdaderamente histórica y trascendental en cuanto a la divulgación del marxismo, a la difusión de las ideas socialistas en las masas, a la formación en cada país de una conciencia socialista científica entre los representantes más preclaros de la clase obrera y de la intelectualidad, a la educación de la clase obrera en los principios del internacionalismo proletario. Son los forjadores de la conciencia de clase del proletariado latinoamericano y de la conciencia antiimperialista de nuestros pueblos.

"En la mayoría de los países de América Latina los Partidos Comunistas sufren represiones, enfrentan valerosamente el terror sangriento de los verdugos de la clase obrera. No hay país del continente donde no pasen o hayan pasado por pruebas muy duras, incluidas la prisión de miles de sus militantes en cárceles y campos de concentración, las brutales flagelaciones en manos de la policía

y el asesinato de no pocos de sus cuadros dirigentes.

"En esta lucha han forjado combatientes indomables y han acumulado una considerable experiencia.

"En varios países del continente los Partidos Comunistas tienen sólidos vínculos con las masas y constituyen una fuerza política influyente y a veces decisiva, de la cual ningún sector puede hacer abstracción.

"En varios países son todavía partidos pequeños que aún no logran todas las calidades de la vanguardia. Pero la experiencia internacional indica que los partidos pequeños pueden transformarse en grandes destacamentos revolucionarios y, a veces, de repente, por así decirlo. El Partido Comunista italiano tenía apenas quince mil miembros en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Era sin duda un partido muy pequeño, atendido el hecho de que Italia tenía ya cincuenta millones de habitantes. Sin embargo, a la caída de Mussolini, al término de la Segunda Guerra Mundial, emergió con un poder inmenso, agrupando en sus filas a millones de trabajadores.

"A comienzos de 1958, cuando fue derrocada la dictadura de Pérez Jiménez, el Partido Comunista de Venezuela contaba apenas con trescientos miembros. No obstante, a los pocos meses se transformó en un partido de decenas de miles de militantes y en la primera colectividad política de la ciudad de Caracas. "Los Partidos Comunistas son los organizadores de los sindicatos, los que impulsan la lucha por las conquistas económicas y sociales de los trabajadores, los que defienden y promueven la unidad obrera, los que forjan el nuevo patriotismo antiimperialista.

"En sus filas está lo más avanzado de la clase obrera y lo mejor de la intelectualidad latinoamericana.

"Todos los Partidos Comunistas son hijos del proletariado de su propio país y de la Revolución de Octubre, es decir, frutos del triunfo del leninismo, de la victoria de los revolucionarios sobre el reformismo.

"La formación y consolidación de los Partidos Comunistas de América Latina constituye una preciada conquista del proletariado revolucionario.

"Su vida y su desarrollo no han sido fáciles. No sólo han tenido que sobreponerse a las agresiones de los enemigos declarados, sino también enfrentar y derrotar al anarquismo y vencer el trotskismo y otras tendencias pequeñoburguesas en sus propias filas.

"Con la formación de los Partidos Comunistas se produce la fusión del marxismo con el movimiento obrero, hito absolutamente necesario, indispensable, para que la clase obrera, empleando la terminología de Marx, no sólo sea una clase en sí, sino que se transforme en una clase para sí, es decir, para que pueda luchar conscientemente por su emancipación.

"En la vida de los Partidos Comunistas, tanto en la legalidad como en la ilegalidad, suelen surgir tendencias malsanas, diversas expresiones de sectarismo, la tendencia obrerista, la pasividad, el aventurerismo, el conformismo y el acomodamiento. Ellas sólo pueden ser evitadas o derrotadas sobre la base de la lucha interna permanente por la aplicación de la línea del Partido, del uso constante de la crítica y la autocrítica y de la acción cotidiana en el seno de las masas.

"Todas estas deformaciones, que nosotros comunistas chilenos, las hemos vivido en carne propia, no ayudan precisamente a convertir al Partido en el gran destacamento de vanguardia de la clase obrera y del pueblo.

"Las posibilidades de desarrollo de los Partidos Comunistas, de la conversión en grandes partidos de los que ahora son pequeños, son posibilidades reales en la medida que actúen al frente de las luchas sociales.

"Las masas trabajadoras vienen viviendo diversas experiencias. Y al fin de cuentas ~~cierran~~ ~~y~~ cerrarán filas en torno a los Partidos Comunistas.

"Esta es una cuestión que queremos dejar completamente en claro."

EL CARACTER DE LA REVOLUCION CHILENA

Hemos visto que Togliatti traza una línea de demarcación entre la ideología y la práctica del movimiento obrero antes de su fusión con el leninismo y después de dicha fusión. Tal deslinde apunta a las cuestiones esenciales de contenido que introduce el leninismo en el movimiento socialista, y no a una ruptura o separación en el tiempo, vale decir, en un solo y determinado momento en que esa fusión se produciría completa y de una vez y para siempre. El proceso de asimilación del leninismo por parte de la clase obrera y de los movimientos socialistas de comienzos de siglo tiene un hito importante en la formación de los Partidos Comunistas, pero este hito, sin embargo, debe ser concebido sólo como un punto de

arranque de un proceso más largo en el tiempo y más rico de problemas y contenidos.

El proceso de fusión de la clase obrera chilena con el pensamiento de Lenin no queda totalmente resuelto con la formación del Partido Comunista, o, dicho de otra forma, no se da por terminado con el nacimiento del Partido. Ya en los antecedentes del Partido, en la actividad y los objetivos programáticos del Partido Obrero Socialista, se advierten rasgos muy nítidos de leninismo, aunque éstos no sean producto de un contacto con el pensamiento mismo de Lenin. La posición adoptada por el Partido Obrero Socialista en el Primer Congreso, de mayo de 1905, en el que se condenó "la guerra capitalista que desangra la humanidad" y se hizo un llamado a las masas a luchar por la paz, significó un duro golpe a los elementos oportunistas que estaban vinculados a la II Internacional y constituyó una expresión muy clara de la postura internacionalista que ya en ese entonces animaba a la clase obrera chilena.

Lo contrario ocurre cuando se trata de otro capítulo fundamental del pensamiento de Lenin: su doctrina acerca de la revolución y el carácter de la revolución.

En este caso, el punto de encuentro del análisis leninista del carácter de la revolución y el movimiento obrero chileno es varios años posterior a la formación del Partido y producto de sucesivos ajustes y revisiones.

Durante varios años el Partido Comunista de Chile sustentó la consigna de la instauración inmediata de la dictadura del proletariado y llamaba a la constitución del Poder Soviético. Esta consigna fue un serio obstáculo para el crecimiento del Partido, para su arraigo en las masas, en razón de que no resolvía científicamente la cuestión del carácter de la revolución, no ponía el dedo en la llaga de los problemas fundamentales que enfrentaba nuestro pueblo ni

fortalecía la conciencia, en el seno de las masas obreras, de que el proletariado, para llevar adelante la revolución, no sólo debe organizarse a sí mismo, sino que organizar también a otras clases y capas que necesariamente debe marchar a su lado, y marchar en forma organizada.

En la Conferencia del Partido de julio de 1933 se plantea por primera vez la cuestión del carácter de la revolución en términos leninistas, aun cuando el concepto de revolución democrático-burguesa es considerado también incorrecto a partir de 1945. No obstante la discusión de este concepto, es indudable que el método de análisis introducido por la Conferencia del año 33 para definir el carácter de la revolución chilena constituye un gigantesco salto hacia adelante, si se tiene presente que con anterioridad el Partido venía planteando la revolución social en términos generales, o la revolución socialista, sin tomar en cuenta debidamente el carácter de las contradicciones principales que se expresaban tanto en el plano de la infraestructura económica como en el de las realidades políticas.

En el punto III de las resoluciones de la Conferencia de 1933 se señala:

"¿Cómo liquidar el capitalismo, cómo hacer la revolución socialista sin antes derribar el régimen semifeudal que facilita la dominación imperialista? El proletariado no puede pasar a la realización del socialismo sin aniquilar ese régimen, sin resolver los problemas de la revolución agraria antiimperialista que asegura el pasaje a la etapa superior de la revolución. Es igualmente falsa la teoría de que la revolución tiene carácter democrático-burgués en el campo y socialista en la ciudad, teoría que sobreestima las formas capitalistas de explotación y hace perder la línea estratégica, conduce a la pasividad y a marchar a

remolque de los partidos burgueses y pequeño-burgueses.

"La revolución agraria y antiimperialista democrático-burguesa contiene ya en sí elementos de la revolución socialista; es decir, no existe un abismo entre una y otra. Y cuanto más decisiva y fuerte sea la primera, tanto más fácil será a la clase obrera pasar al régimen socialista. La revolución obrera y campesina forma parte de la revolución socialista mundial."

En esta resolución el concepto de revolución democrático-burguesa se refiere principalmente al carácter no socialista de las transformaciones que ésta plantea. No hay en tal concepto implícita la idea de una participación de la burguesía, ni en la conducción ni en la base del movimiento revolucionario.

Al definir a las fuerzas motrices de la revolución señala que éstas son el proletariado y el campesinado y que "el contenido de clase de la revolución consiste en la lucha del proletariado, en alianza con los campesinos y arrastrando a la pequeña burguesía urbana, contra el imperialismo y el feudalismo. El campesinado es, pues, el aliado fundamental del proletariado en esta etapa de la revolución". Y refiriéndose a la burguesía la resolución expresa:

"Hidalgo busca como aliado a Grove, es decir, a la burguesía, porque estima que la burguesía puede jugar aún un rol revolucionario. Después de la Revolución Francesa, en la que la burguesía luchó contra el feudalismo, la burguesía es más reaccionaria que revolucionaria por miedo al proletariado, al socialismo (revoluciones de 1848, 1905, 1917, en España actualmente, en México, en China, luchas en Chile, etc.)".

Sí. Se trata de un salto gigantesco. En primer lugar, porque por primera vez en nuestro país se da un *contenido* al concepto de revolución, que esté en *consonancia con un análisis de las contradicciones económicas que operan a la base de la sociedad chilena*. En segundo lugar, porque *por primera vez se plantea de manera científica la cuestión de los aliados de la clase obrera, la política de alianzas del proletariado. Es además la primera vez que se habla de las "fuerzas motrices" de la revolución.*

(Cuando decimos que se plantea un problema de manera *científica* no decimos que se plantee de manera enteramente correcta. Queremos nada más señalar que el problema ha sido pensado científicamente, empleando *categorías* de la ciencia política, como son el concepto de "etapa de la revolución", "fuerzas motrices", "revolución democrático-burguesa", etc.)

Es este planteamiento científico del problema de la revolución y sus necesarias etapas, uno de los hitos más importantes en el proceso de fusión del leninismo con el movimiento obrero chileno.

Puestos los fundamentos científicos en el planteamiento mismo del problema, los necesarios ajustes y adecuaciones a las nuevas realidades quedaban desde ya insertos dentro de una visión leninista de las cuestiones contingentes a la revolución chilena; era una tarea del Partido dar los nuevos pasos.

La definición del carácter de la revolución en los países latinoamericanos es uno de los temas polémicos del momento.

Las cuestiones conflictivas que dan pie a la polémica dicen relación a veces no sólo con el *carácter* de la revolución (¿será ésta de inmediato socialista?), sino con un problema diferente, cual es el de las *fuerzas motrices* de la revolución.

Hay quienes niegan la necesidad de cumplir tareas revolucionarias previas a la edificación del so-

cialismo argumentando que las burguesías latinoamericanas no tienen capacidad revolucionaria, dando por sentado que esas tareas antiimperialistas, antioligárquicas y agrarias de la revolución sólo pueden ser cumplidas por un movimiento revolucionario cuya dirección pertenezca a la burguesía, o donde ésta tenga, a lo menos, una participación importante. Este criterio entraña una grave confusión. La cuestión del carácter de la revolución y de las fuerzas motrices de la revolución son cuestiones distintas al punto que Lenin señalaba que sólo el proletariado estaba en condiciones de llevar adelante sin vacilaciones... la revolución democrático-burguesa. "La burguesía temiendo el progreso democrático, que amenaza con el fortalecimiento del proletariado, vuelve la vista hacia atrás. El proletariado no tiene nada que perder, excepto sus cadenas, y gana, con avidez de la democracia, todo un mundo. La situación misma de la burguesía, como clase en la sociedad capitalista, engendra inevitablemente su inconsecuencia con la revolución democrática".

Vale también hacer referencia aquí al caso cubano. La Revolución Cubana devino en revolución socialista porque cumplió las etapas agrarias y antiimperialistas, que en Cuba, en virtud de que el latifundio era propiedad imperialista, llegaban a constituir una misma tarea revolucionaria. Pero es indudable que en una primera etapa la reforma agraria fue democrática y no socialista.

La diferencia entre el carácter de la Revolución Cubana en su primera etapa y las fuerzas motrices que la generaron aparece expuesta con claridad en el informe de Blas Roca a la VIII Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular.

"La Revolución Cubana, por las tareas históricas que enfrenta y realiza, puede ser calificada, y con razón, de revolución nacional li-

beradora y agraria, de revolución patriótica y democrática.

"Estas tareas históricas, por su contenido económico y social, son *antiimperialistas*, nacional-liberadoras, *antilafitundistas*, progresistas, populares y democráticas. Las clases sociales que están objetivamente interesadas en la realización de estas tareas históricas son los obreros, los campesinos, las capas medias urbanas y la burguesía nacional. Pero las *fuerzas motrices* de la revolución, las que la impulsan y llevan adelante, son principalmente *los obreros, los campesinos pobres y los sectores radicales de la pequeña burguesía urbana.*"

En el Programa del Partido Comunista de Chile, cuyo Proyecto de nueva redacción fue aprobado en el reciente XIV Congreso Nacional, se establece:

"El carácter de la revolución chilena está determinado por la necesidad imperiosa de librar al país de sus enemigos y de remover las trabas que se oponen a su progreso. En consecuencia, la revolución chilena, por su esencia y objetivos, es antiimperialista, antimonopolista y agraria y con vistas al socialismo."

Y profundizando en esta tesis, el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, señaló en el informe a dicho Congreso:

"Para los marxistas, el contenido del nuevo poder y el carácter de esta revolución están determinados ante todo por la realidad. No se pueden establecer subjetivamente ni someterse a esquemas artificiales, so pena de retrasar el proceso. Son configurados por el tipo de contradicciones fundamentales que hay en

la sociedad, por el significado concreto de los cambios revolucionarios que están a la orden del día, por los intereses comunes del conjunto de las clases que participan en la transformación social y por el cuadro internacional en que está inscrita la revolución chilena.

"En virtud de ello, el poder popular que queremos generar y la revolución que necesitamos hacer son, por su esencia y objetivos, antiimperialistas y antioligárquicos con la perspectiva del socialismo. De ahí que, dicho sea de paso, no nos parezcan serios y si carentes de rigor científico aquellos planteamientos que suelen hacerse en el sentido de darle ya un carácter socialista a todo el proceso revolucionario que hoy debemos operar. El camino hacia el socialismo pasa a través de las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas. Y no ayudan precisamente al socialismo, sino todo lo contrario, las desfiguraciones del verdadero contenido de la revolución chilena, aunque en muchos casos solo se trate de desfiguraciones verbales. El paso de la revolución antiimperialista y antioligárquica a la revolución socialista puede ser muy rápido y constituir un proceso continuo y único, como ocurrió en Cuba, por ejemplo. Por eso mismo y para ello el acento hay que ponerlo en las tareas concretas que corresponden a cada momento histórico.

"Lo más revolucionario es y será siempre poner el dedo en la llaga y propiciar con toda energía los cambios que hoy están planteados objetivamente y en torno a los cuales es posible unir a la mayoría del pueblo y avanzar hacia el socialismo."

El hecho de que la revolución antiimperialista y antioligárquica que se plantea en esta etapa no sea

una revolución socialista (*su objetivo no es expropiar todos los medios de producción que son de propiedad de los explotadores*) no significa que sea una revolución capitalista, burguesa.

En primer lugar, porque no conduce al establecimiento de una dictadura de la burguesía, sino de un gobierno auténticamente popular y donde el papel hegemónico en una amplia alianza de fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas lo juega el proletariado.

En segundo lugar, porque tal revolución no conduce al reforzamiento de la influencia política de la burguesía sobre las masas populares, sino a arrancar a las masas de la influencia burguesa y colocarlas bajo la dirección del proletariado.

En tercer lugar, porque si bien no se expropiaran todos los medios de producción, coloca en manos del Estado, dirigido por las fuerzas más progresistas de la sociedad chilena, no sólo las empresas que ya hoy forman parte del sector estatal de la economía, sino toda una serie de grandes yacimientos, empresas industriales y bancos actualmente en poder de los imperialistas o de los grandes capitalistas antinacionales. Es decir, el Gobierno Popular pone bajo su control las posiciones claves de la economía nacional.

La revolución antiimperialista y antioligárquica que propician con toda decisión los comunistas chilenos y los demás partidos de la UP, significa, en consecuencia, un profundo paso revolucionario en la perspectiva del socialismo. La experiencia internacional muestra que el proletariado, utilizando todas las posibilidades que brinda el gobierno del pueblo, puede acelerar al máximo el período de transición hacia la revolución socialista.

Es más. Hoy por hoy cualquier revolución en América Latina que no derive en revolución socialista se frustra como revolución.

LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

El Programa señala cuáles son las clases y capas sociales que constituyen fuerzas motrices del movimiento revolucionario de nuestro país. Concretamente estas fuerzas son: la clase obrera, los campesinos avanzados, los estudiantes, la intelectualidad y vastos sectores de las capas medias.

Agrega que más allá de estas fuerzas es posible coincidir, en acciones y momentos determinados, con otros sectores, en cuanto a una política antumpernista y antioligárquica.

Al caracterizar a la clase obrera, el Programa expresa:

“La clase obrera es la principal fuerza motriz de la revolución chilena. Es y debe ser el centro aglutinante de la unidad de todo el pueblo. Ella se fortalece a través de sus propias luchas reivindicativas y de su capacidad para identificarse de manera concreta y efectiva no sólo con las aspiraciones proletarias, sino también con las otras capas de la población que combaten por la solución de los problemas del país, contra el imperialismo y la oligarquía.”

El Programa resalta aún más las características de la clase obrera: es la más consecuentemente revolucionaria; tiene la misión histórica de encabezar la lucha por construir el socialismo y la que posee un más alto nivel de organización; es la de más acurada conciencia de clase; la clase obrera comprende a su núcleo proletario-minero-industrial. La clase obrera se encuentra en la ciudad y en el campo, son los trabajadores que viven de un sueldo y de un salario.

Otra fuerza revolucionaria son los campesinos que constituyen una importante fuerza social de avanzada. Son los aliados naturales de la clase obrera. A los campesinos pertenecen: los asalariados agrícolas, arrendatarios, medieros, ocupantes, colonos, cooperados, asentados, etc.

El proletariado debe establecer una estrecha alianza con los sectores de campesinos pobres y medianos, apoyándolos en sus luchas para que se sumen al movimiento revolucionario.

El Programa resalta la importancia revolucionaria que tiene la lucha de diversas otras capas y sectores que son víctimas de la explotación capitalista y que actúan junto a la alianza obrero-campesina. Destaca a la juventud obrera, estudiantil, los artistas y escritores, los intelectuales, los profesores, las masas femeninas, los artesanos, pequeños industriales y agricultores, comerciantes minoristas, etc.

La clase obrera, los campesinos y demás sectores sociales deben luchar juntos y en forma organizada. El Programa señala:

“El proceso de la revolución chilena se desarrolla y enriquece a través de múltiples acciones de la clase obrera y de los más diversos y vastos sectores populares, por sus derechos, por sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas, por determinados objetivos inmediatos y mediatos; en el curso de la lucha por alcanzarlos es indispensable elevar la conciencia de las masas y esclarecer de modo permanente la auténtica perspectiva revolucionaria.”

El Programa pone de relieve la significación que tiene para el movimiento popular el hecho de que en sus filas participen sectores católicos y de otras creencias que repudian los compromisos con el capitalismo. Este fenómeno, hay que destacarlo, constitu-

ve el comienzo de un diálogo que revela hasta qué grado ha hecho crisis el régimen imperante.

El Programa termina el análisis de las fuerzas revolucionarias del movimiento de liberación de nuestro país poniendo énfasis en la importancia revolucionaria que tiene el entendimiento socialista-comunista.

Expresa el Programa:

"El entendimiento socialista-comunista, cimentado en la lucha común por las reivindicaciones de los trabajadores, contra el imperialismo y las oligarquías y por el objetivo del Socialismo, constituye la piedra angular de la política unitaria de los comunistas. Consideramos el entendimiento socialista-comunista como un factor aglutinante, favorable al desarrollo de la unidad de todas las organizaciones del pueblo y de todos los sectores políticos antiimperialistas y antioligárquicos."

II. EL PARTIDO COMUNISTA Y LA UNIDAD POPULAR

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1964

En los meses que antecedieron a las elecciones presidenciales de 1964 Chile entró a vivir un período de aguas arremolinadas, de grandes virajes, de sorprendentes cambios de timón en la política del imperialismo y la reacción chilena.

Pero la característica fundamental de ese período no era esta apariencia de arenas movedizas, sino la irrupción estremecedora y positiva de las masas a la vida política activa, la resonancia multitudinaria de cualquier planteamiento, los desplazamientos de fuerzas que no implicaban acuerdos de directivas simplemente, sino efectivas nuevas alineaciones en las que tomaban parte cientos de miles de chilenos. Las concentraciones multitudinarias, abigarradas y entusiasmadas, dejaban, más allá del espectacular colorido de rios interminables de banderas, una huella profunda en la conciencia política del pueblo. Buena parte de este hacia las primeras experiencias que le permitían conocer a sus amigos y a sus enemigos. La escuela política en que el pueblo aprendía nuevas lecciones funcionaba en las calles y en los centros de trabajo, y la pasión poco común con que masas inmensas se incorporaban a las luchas políticas era la mejor prueba de que las mayorías exigían ser consideradas y entendían que la vida política del país no les era ajena sino profundamente propia, y, para decirlo con las palabras de Bertold Brecht, entendían que la lucha por la sopa no se resuelve en la cocina.

El mejor hombre de la derecha había realizado

uno de los peores gobiernos de que el país tuviera recuerdo. Y ese gobierno llegaba a su fin. Esos seis años desastrosos los habían aprovechado los trabajadores, sin embargo, en preparar sus armas para los combates que se acercaban. Se había fortalecido la unidad comunista-socialista, y el movimiento obrero mostraba importantes avances políticos y organizativos.

Las ideas sostenidas por comunistas y socialistas acerca de los problemas cruciales que enfrentaba Chile adquirirían una resonancia de masas enorme. Las posiciones antiimperialistas y antioligárquicas nunca antes habían tenido tal eco ni nunca antes el movimiento popular había alcanzado un nivel tan elevado.

El Partido Demócrata Cristiano realizaba tenaz oposición al Gobierno de Alessandri, lo que lo acercaba, en una serie de cuestiones concretas, a los partidos del FRAP. Más allá del acontecer político diario se perfilaban en el PDC posiciones programáticas que recogían el anhelo de cambios que animaba a la mayoría inmensa de los chilenos. La candidatura presidencial de Frei llevó al límite las posibilidades del reformismo en el lenguaje, cargando las tintas de lo más avanzado de su programa, para capitalizar el deseo ferviente de las masas de conducir al país por otros derroteros.

Incapaz de sostenerse con el solo apoyo de los Partidos Conservador y Liberal, Alessandri incorporó al gobierno al Partido Radical, dirigido en ese entonces por el sector derechista que luego formaría la Democracia Radical. La alianza de conservadores, liberales y radicales, con el nombre de Frente Democrático, proclamó la candidatura a la Presidencia del senador Julio Durán, quien realizó, desde un comienzo, una campaña marcadamente anticomunista y reaccionaria.

Planteada la campaña presidencial sobre la base de tres bloques políticos, el Frente de Acción Popular, la Democracia Cristiana y el Frente Democrático, el triunfo debería pertenecer a este último, si se escuchaba la llamada "voz de las cifras" electorales.

Pero el estado de ánimo del país y el desarrollo de la conciencia política de las masas contradecían las esperanzas de victoria de la coalición derechista. Atendiendo a los pronunciamientos políticos del FRAP y la Democracia Cristiana, y al desarrollo creciente de las luchas populares, se podía afirmar que en el país la correlación de fuerzas era favorable a los cambios, a la adopción de determinadas medidas que favorecieran a las masas a costa de terminar con los privilegios más odiosos de las minorías reaccionarias que detentaban el poder.

Consciente de esta situación, el Partido Comunista hizo un llamado a la Democracia Cristiana para que, sobre la base de un programa de reformas profundas, se sumaran las fuerzas del FRAP y la DC, y se impidiera de esta forma un eventual triunfo de la candidatura reaccionaria. Este llamado fue respondido negativamente por el PDC, y, en honor a la verdad, hay que decir que el Partido Socialista era también reacio a este entendimiento.

Así las cosas, se realiza una elección extraordinaria para elegir diputado en la provincia de Curicó. Los tres bloques presentan sus candidatos y el FRAP obtiene la victoria. Faltaban cien días para la elección presidencial.

Y he aquí que se produce un brusco viraje en la situación política, un viraje que mostró la enorme capacidad de maniobra del imperialismo y de la derecha chilena.

El imperialismo, no sólo a la luz de los resultados de la elección de Curicó, sino del análisis del conjunto de la situación que se venía desarrollando en el país, llega a la conclusión de que la correlación de fuerzas imperante condenaba al fracaso a cualquier candidatura reaccionaria, y que se hacía imperativo replegarse, bajar las banderas derechistas, aislar a su enemigo principal, la clase obrera, y su expresión política, el FRAP, ganando para ello como aliado a la

Democracia Cristiana, a condición de apoyar su candidatura.

Horas después de la derrota de Curicó se produce la renuncia del candidato Julio Duran, quien deja en libertad de acción a los partidos que lo apoyaban. Liberales y conservadores suman sus fuerzas a la candidatura demócratacristiana en tanto que los radicales resuelven mantener la candidatura de Duran, para impedir un desplazamiento de votos hacia el FRAP.

Una vez más los hechos ponían en las barricadas más opuestas a los reaccionarios y a los comunistas.

Mientras el Partido Comunista se pronunciaba porque la elección presidencial estuviera planteada en términos tales que la línea divisoria se trazara entre todas aquellas fuerzas que se pronunciaran en favor de los cambios, de tal suerte que se aislara al imperialismo y a la oligarquía chilena, el imperialismo maniobrabra con éxito al lograr que en la elección presidencial del 64 la línea divisoria atravesara por el seno mismo del pueblo, separando a reformistas de revolucionarios, sumando las fuerzas reaccionarias a las reformistas, aislando a la clase obrera, separandola de sectores populares que si bien no estaban ganados para la revolución, tampoco estaban ganados para asegurar, inconscientemente, pero en los hechos, una salida favorable a los intereses de la reacción.

El triunfo de Eduardo Frei en las elecciones presidenciales de 1964 permitió al imperialismo y a la oligarquía chilena replegarse propinando golpes al enemigo principal de sus intereses, y dejar pendiente el objetivo de la clase obrera y de otros sectores populares de generar un gobierno capaz de llevar a término las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas que reclamaba con urgencia la sociedad chilena.

Paralelamente, conseguía la reacción introducirse como el gran caballo de Troya en el gobierno de Frei, limando al máximo sus iniciales arrestos reformistas.

Fidel Castro se refirió a las elecciones chilenas de 1964 en un discurso pronunciado una semana después de producido el triunfo de Eduardo Frei. Decía Fidel en ese discurso:

"El avance de las fuerzas populares, el crecimiento del movimiento revolucionario en Chile ha sido tan grande en los últimos años, que tuvo la virtualidad de provocar un verdadero estado de pánico en los círculos reaccionarios de ese país y en los círculos imperialistas, de manera que si en las pasadas elecciones las distintas fuerzas políticas marcharon divididas en numerosas candidaturas, en esta ocasión el tremendo auge de las fuerzas revolucionarias en Chile llevó a todos los sectores reaccionarios —que son poderosos todavía en ese país— a unirse no ya tras un programa de extrema derecha, como hicieron al principio cuando había tres candidatos: un candidato de las fuerzas revolucionarias de izquierda, un candidato de las fuerzas reformistas y un candidato de los derechistas, división que inevitablemente habría conducido al triunfo de los revolucionarios.

"Y ocurrió entonces que los elementos de la extrema derecha se agruparon alrededor de los reformistas en ese país, y todos los medios de publicidad y todos los recursos del imperialismo se agruparon alrededor de los reformistas para impedir el triunfo de los revolucionarios. Objetivamente los reaccionarios perdieron terreno, los reaccionarios se vieron en la necesidad de abandonar sus posiciones de extrema derecha para apoyar a un candidato reformista e impedir el triunfo de los revolucionarios. *Impedir el triunfo de los revolucionarios se convirtió en el objetivo fundamental del imperialismo y la reacción y promovieron el triunfo de los reformistas.*"

El problema fundamental de las alianzas, la cuestión de quién aísla a quién y tras qué objetivo, fue acertadamente resuelto por el imperialismo y la reacción. El movimiento popular sacaría inmediatas enseñanzas de este hecho, y es indudable que lo acontecido en Chile en 1964 estuvo presente en las discusiones y acuerdos que precedieron a la constitución de la Unidad Popular.

En el informe al Pleno de abril de 1969, en el que el Partido Comunista llamaba a la formación de la Unidad Popular, Luis Corvalán decía:

“Prácticamente, el año 1964 le ofrecimos al país un gobierno socialista-comunista. Todo lo que se ha dicho, en el sentido de que perdimos la elección de aquel año por la campaña de mistificaciones del enemigo, es una explicación parcial, que no apunta al fondo del problema. Del enemigo siempre tenemos que esperar lo peor. La verdad es que el país no estaba entonces en condiciones de darnos un respaldo mayoritario para que comunistas y socialistas, solos, dirigiéramos sus destinos. Nosotros estimamos que esta situación no se ha modificado suficientemente y, por lo tanto, debemos propender a un movimiento popular y a un gobierno de una más amplia base social y política.”

A partir del triunfo de la Democracia Cristiana en las elecciones presidenciales de 1964 se crea en el país una situación política nueva que el Partido analizará teniendo muy en cuenta las razones de fondo de la derrota de la candidatura presidencial del FRAP. La característica de esta nueva situación era una tendencia al reflujó en el movimiento popular, a que se acentuaran los enfrentamientos entre el sector del pueblo que votó por Frei y el que lo hiciera por Salvador Allende, y a que, en razón de estas dos caracte-

terísticas señaladas, se perdiera de vista aquello que seguía estando en la base de ésta o de cualquier otra situación, y que era el hecho de que, por sobre las maniobras del imperialismo y la reacción, la correlación de fuerzas a favor de los cambios, lejos de disminuirse, se había acentuado con la impresionante incorporación de las masas a la batalla por el poder.

Poniendo esto en el centro del análisis, es decir, partiendo del análisis “exacto y objetivo de la correlación de las clases” que reclamaba Lenin, es que el Partido Comunista enfrenta las circunstancias posteriores a la elección presidencial.

La derrota del FRAP en las elecciones presidenciales tuvo, como consecuencia inmediata en una parte de la izquierda, en especial en los contingentes que habían hecho sus primeras armas políticas en la campaña electoral, el efecto de un cataclismo. Muchos vaticinaban un largo reinado demócratacristiano y los más optimistas afirmaban que había llegado la hora de iniciar el camino armado para la conquista del poder, pues era una ilusión inaceptable en un revolucionario pretender derrotar a la burguesía aprovechando la coyuntura de las elecciones, toda vez que, se afirmaba, éste era el terreno más propicio para ella, y por lo tanto estaba vedado definitivamente para las fuerzas revolucionarias.

En medio de un clima tenso en la izquierda, en el que imperaban el desaliento y una actitud de desconfianza en las masas, surgieron voces que llamaban a revisarlo todo, a hacer borrón y cuenta nueva, a partir de cero. Se lanzaron juicios apocalípticos sobre el futuro de la izquierda y en especial del Partido Comunista.

En esos momentos difíciles, el Partido se dirigió al pueblo para poner las cosas en su lugar, para recordar algunas cuestiones de principio. Diez días después de las elecciones, la Comisión Política del Partido Comunista entregó una declaración que ponía el acento en las cuestiones siguientes:

- 1.— Que el objetivo de constituir un Gobierno Popular capaz de realizar las transformaciones antiumperialistas y antioligárquicas señaladas en el programa del FRAP seguía planteado con idéntica fuerza.
- 2.— Que el Gobierno de Frei no sería un gobierno homogéneo, sino *contradictorio*, en razón del carácter pluriclasista de las fuerzas que lo eligieron, y del carácter pluriclasista del propio Partido Demócrata Cristiano.
- 3.— Que pasaba a primer plano la tarea de salvaguardar la independencia de clase del proletariado impidiendo que el reformismo burgués de la Democracia Cristiana despertara, en ciertos elementos, ilusiones que los indujeran al colaboracionismo, colocándose de hecho bajo una dirección burguesa.
- 4.— Que era peligroso, y ayudaba a los propósitos del adversario de seguir ganando fuerzas, el que se tuviera una actitud sectaria, realizando una oposición ciega y sin guiarse antes que todo por los intereses y anhelos de las masas.
- 5.— Que el movimiento popular no debía resignarse a esperar el término de los seis años de gobierno DC para continuar la lucha por las reivindicaciones inmediatas y mediatas de la inmensa mayoría de los chilenos. Por el contrario, debía aprovechar en su favor, para dar golpes a los enemigos principales, la correlación de fuerzas favorables para realizar una serie de cuestiones urgentes que se planteaban en el programa del FRAP y que hiciera suyas el candidato triunfante. El país no debía mantenerse estático y había que impulsar la lucha en favor de ciertas medidas positivas.

Estas cuestiones apuntan a la esencia de la política de masas del Partido, que está fundada en el método leninista de análisis de cualquier situación poli-

tica, ubicando a los enemigos principales del pueblo, para trabajar en el seno del mismo con el propósito de crear una correlación de fuerzas que los aisle. Para esto se requiere apoyarse siempre tanto en las necesidades inmediatas y mediatas del conjunto del pueblo, haciendo que la clase obrera sea el centro de la unidad de todos aquellos sectores que muestran disposición a dar pasos hacia adelante, y de esta manera ampliar y no restringir la capacidad combatiente de las masas.

La declaración de la Comisión Política señalaba en uno de sus párrafos:

“Nuestra línea política ha demostrado ser justa. Lo que se plantea ahora no es cambiarla sino enriquecerla para actuar de acuerdo con la nueva realidad. Nuestra vía pasa por las elecciones, pero no es una vía electoralera y no nos cruzamos de brazos en el período que media entre una y otra elección. Nuestra vía es ante todo la vía de masas, de lucha, de combate; es la vía del movimiento multitudinario de las masas y nos exige consolidar y ensanchar los progresos e impulsar los combates de la clase obrera y del pueblo por sus objetivos sociales, económicos y políticos. Cada conquista, cada reivindicación debe ser fruto de la unidad, de la organización y de la lucha de las masas. El pueblo no debe limitarse a apoyar lo que estime bueno y a combatir lo que considere malo. Su posición debe ser eminentemente activa, creadora, es decir, ser el principal factor de cualquier realización, apuntando siempre a los objetivos permanentes del movimiento popular. La profundidad de la crisis y la gran conciencia de la necesidad de cambios que se ha creado en el país plantean la posibilidad de obtener algunas medidas positivas. El pueblo podrá conquistarlas con su lucha.”

Junto a esta idea de poner en el centro la actividad y la iniciativa de las masas, los comunistas insistieron de manera muy firme en la necesidad de analizar científicamente la correlación de fuerzas que estaba determinando la nueva situación política. En las conclusiones del Pleno del Comité Central de septiembre de 1964 se señala que "se ha producido un cambio significativo en la correlación de las fuerzas sociales y políticas. La derecha tradicional, formada por los Partidos Conservador y Liberal, ha sido desplazada del centro de la vida política. Otro tanto ocurre con el Partido Radical.

Todo esto sitúa la lucha en un plano más elevado. El pueblo chileno continuará su combate histórico con más capacidad que antes y en una situación en que predomina la idea de los cambios. La votación que alcanzó Salvador Allende representa la voluntad del 40% de la población, que está por transformaciones revolucionarias muy profundas. Esta voluntad, que es pensamiento y acción, tiene tal fuerza que encuentra eco también en una parte de los que votaron por el señor Frei. Este hecho gravitará, inevitablemente, en el desarrollo de los acontecimientos y es una sólida base para unir más y más a la población chilena en torno al Frente de Acción Popular, con miras a la realización de sus objetivos democráticos, antimperialistas y antimonopolistas".

En el análisis de la correlación de fuerzas el Partido destacaba la naturaleza contradictoria del bloque que había posibilitado el triunfo de Frei. Se tenía en cuenta que no todos sus electores se habían pronunciado por lo mismo. Mientras el terrateniente conservador lo había hecho para mantener sus privilegios o hacer mínimas concesiones, el campesino que votó por Frei esperaba la reforma agraria que éste prometiera. Entre los grandes capitalistas que lo apoyaron y el sector de los trabajadores que había sido encan-

dilado por las promesas reformistas y confundido por la aplastante campaña anticomunista, había contradicciones insalvables que tendrían que aflorar y que aflorarían con mayor fuerza si el pueblo se unía para combatir en defensa de sus intereses de clase.

La contradicción principal entre los intereses del imperialismo y los del progreso nacional, tampoco sería resuelta por el Gobierno de Frei, que había recibido todo el apoyo de las compañías extranjeras y que se había opuesto, en la campaña, al planteamiento de la izquierda de nacionalizar el cobre. Para resolver esta contradicción en interés de Chile era posible y necesario unir a todos los sectores que se expresaran con un interés patriótico.

Por otra parte, el Partido destacaba la naturaleza pluriclasista del Partido Demócrata Cristiano y principalmente el hecho de que buena parte de la base popular del entonces partido de gobierno había abrazado con entusiasmo todos los planteamientos de Frei en el sentido de que la sociedad chilena necesitaba cambios profundos, hacer una revolución, aun cuando se la definiera como una "revolución en libertad" para deformar el contenido de la revolución planteada por los partidos del FRAP.

En razón de estas consideraciones el Partido estimaba que la tarea primordial y no resuelta en la elección, de unir a los más amplios contingentes del pueblo, aprovechar las contradicciones en el campo del adversario y aislar a los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, era una tarea que, en las nuevas condiciones, podía cumplirse con éxito siempre y cuando se pusiera a las masas en actividad y la clase obrera, lejos de caer en el reformismo, se transformara en el centro de la unidad y el motor de los cambios revolucionarios.

El XIII Congreso del Partido, que se realizaría un año después de la asunción de Frei, profundizaría en estas ideas.

EL XIII CONGRESO DEL PC

Entre el 10 y el 17 de octubre del año 1965 se realizó el XIII Congreso del Partido Comunista de Chile.

El timón democratacristiano imprimía al país un rumbo lento y contradictorio, pese a que sobre sus velas soplaban vientos favorables a los cambios. Aún no se enviaba la Ley de Reforma Agraria al Congreso, pero ya se habían firmado los convenios del cobre, que postergaban una vez más la aspiración de miles y miles de chilenos de rescatar íntegramente para Chile nuestra principal riqueza básica. Frei había reanudado las relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética y otros países socialistas de Europa, pero se negaba a hacerlo con Cuba, China y la RDA. El inicial y casi fervoroso entusiasmo de sus partidarios empezaba a decrecer en vista de que a pesar de que se aplicaba una que otra medida positiva, los problemas fundamentales del país no eran resueltos y la receta reformista no contenía los verdaderos remedios para los males de Chile.

En las elecciones parlamentarias de marzo del 65 la DC había obtenido un avance arrollador, a costa de la casi extinción de los Partidos Conservador y Liberal, de una baja considerable del Partido Radical y de un descenso menos importante del Partido Socialista. El Partido Comunista fue el único que aguantó a pie firme el vendaval democratacristiano, e incluso creció en un pequeño porcentaje.

En estas condiciones, la preocupación expresada por el Partido inmediatamente después de la elección presidencial, en el sentido de impedir que las masas fueran ganadas por el reformismo burgués, cobraba mayor realce. El XIII Congreso profundizaría en esta cuestión.

En el informe rendido por Luis Corvalán al Con-

greso se analizaban dos cuestiones fundamentales: una, la lucha de los comunistas y del pueblo de Chile en las condiciones del gobierno democratacristiano, y la otra, la necesidad de cerrar filas en contra de los planes agresivos del imperialismo.

En los meses anteriores a la realización del Congreso se había producido la invasión yanqui a Santo Domingo, y la Cámara de Representantes había notificado prácticamente a todos los países de América Latina que podían correr la misma suerte del pueblo dominicano. El imperialismo hacía esfuerzos por imponer la llamada Fuerza Interamericana de Paz y la doctrina de las fronteras ideológicas. La política de Johnson reemplazaba a la de Kennedy. El garrote reemplazaba a la mistela, como diría Luis Corvalán.

Siendo éstos los asuntos centrales que discutiría el Congreso, podemos decir hoy, desde la nueva perspectiva que se ha abierto para nuestro pueblo, que este Congreso ha sido clave para el desarrollo del proceso político chileno, decisivo para armar a nuestro pueblo con una línea política justa, visionario para trazar con precisión absoluta el camino de la revolución chilena.

Todas aquellas cuestiones fundamentales que se plantearon durante la experiencia democratacristiana, y todas las cuestiones relativas a la superación de esa experiencia mediante la conquista de un Gobierno Popular, están presentes en el informe al Congreso, en las intervenciones especiales y en sus resoluciones.

Este mérito inmenso es realizado por el hecho de que en esos momentos la situación en el seno del movimiento revolucionario y antiimperialista no se caracterizaba precisamente por la claridad de objetivos.

En el análisis de los materiales del XIII Congreso, y para facilitar una visión exacta de la importancia de las tesis allí expuestas, estudiaremos los siguientes problemas cardinales:

Primer problema: definir correctamente a los enemigos principales.

Segundo problema: definir correctamente el carácter de la Democracia Cristiana y del Gobierno de Frei.

Tercer problema: definir correctamente el rol de la clase obrera en la lucha contra los enemigos principales.

Cuarto problema: abrir una perspectiva de poder a la clase obrera y demás fuerzas patrióticas.

LOS ENEMIGOS PRINCIPALES: EL IMPERIALISMO Y LA OLIGARQUÍA

En relación con el primer problema, la definición correcta de los enemigos principales, el informe decía lo siguiente.

"El programa de nuestro partido caracteriza el contenido de la revolución chilena, señala los *objetivos estratégicos*, las tareas correspondientes a *todo un período histórico*. Los partidos revolucionarios no cambian su programa sino cuando se han realizado dichos objetivos, cuando se han cumplido sus tareas esenciales, o, como también ha sucedido, cuando descubren que no han enfocado correctamente la situación. En nuestro caso no sucede ni lo uno ni lo otro. Por eso, nuestro programa y la línea general del Partido siguen siendo válidos.

"Esto significa que la dirección del *golpe principal* apunta, hoy como ayer, en contra del imperialismo y la oligarquía. Y ello, no sólo

porque *las transformaciones estructurales que están a la orden del día tienen un carácter antiimperialista y antioligárquico*, sino también por el hecho de que en la época que vivimos la tarea principal de los revolucionarios y de los pueblos es la derrota de los objetivos políticos del imperialismo y de sus secuaces.

"Subrayamos esta particularidad porque, hablando francamente, no en todos los revolucionarios ni en todos los militantes de nuestro propio Partido suelen estar bien claros estos problemas. Aunque en un sentido general hay claridad respecto a cuál es el *enemigo principal*, en la práctica a veces no se actúa en consecuencia con esto. El fenómeno es comprensible: la gente quedó con sangre en el ojo. El comportamiento de los democristianos en la campaña presidencial fue harto sucio. Y muchos de ellos continúan actuando con suciedad y prepotencia.

"Naturalmente, frente a la Democracia Cristiana y a su gobierno hay una relación de lucha. Su política es de orientación burguesa y la nuestra es proletaria. En tanto la Democracia Cristiana y su gobierno son de tipo burgués, tienen contradicciones con el proletariado, pero también en algún grado las tienen con la oligarquía y el imperialismo. En la medida que promueven ciertas reformas suelen coincidir con nosotros en aspectos concretos. De ahí que aquella relación no sólo sea de lucha, sino también de unidad y coincidencia en algunos hechos.

"En estas circunstancias, *las modificaciones producidas en la correlación de fuerzas* y el ascenso de la Democracia Cristiana al poder, *exigen una táctica general nueva* y la solución táctica correcta de cada asunto concreto.

"La táctica a seguir tiene que contribuir en todo instante a facilitar el cumplimiento de los objetivos estratégicos, es decir, tiene que ayudar al reagrupamiento de fuerzas en torno a la clase obrera y en contra del imperialismo y la oligarquía, con miras a la revolución antiimperialista y antioligárquica y al socialismo."

Esta reafirmación de los objetivos estratégicos era una condición fundamental para analizar en términos leninistas la nueva situación política que se había creado. La referencia que hace Corvalán al hecho de que existía la tendencia a buscar un enfrentamiento directo y absoluto con el partido gobernante tenía en esos días múltiples expresiones. Ello contribuía a crear entre las masas la imagen de que el enemigo principal era la Democracia Cristiana, cuestión que no ayudaba a superar la división en el seno del pueblo, ni a educar políticamente a las masas.

A manera de ejemplo conviene recordar que en esos días, a proposición de las Juventudes Comunistas, la directiva de la FECH, con mayoría demócratacristiana, decidió realizar una jornada estudiantil de enjuiciamiento y condena a la doctrina Johnson. Se trataba del primer pronunciamiento político importante de la JDC que no era mirado con buenos ojos por el sector más derechista de su propio partido. La Juventud Socialista se negó a participar en esta jornada esgrimiendo como argumento el que fuera patrocinada por la directiva de la FECH con mayoría demócratacristiana. A raíz de esta discrepancia, comunistas y socialistas enfrentaron divididos la siguiente elección de esa federación de estudiantes. El hecho tuvo alguna importancia y es ilustrativo de ciertas posiciones que surgían en la izquierda, al punto que el Comité Central del Partido Socialista se refirió a él en una carta dirigida al Congreso.

Efectivamente, en relación a esta cuestión estra-

tégica, que consiste en determinar cuáles son los enemigos principales, no había acuerdo entre comunistas y socialistas. Muchos vieron o quisieron ver en los comunistas una actitud de conciliación frente al gobierno demócratacristiano. Los hechos demostraron a la postre que entre la derecha tradicional, sirviente incondicional del imperialismo y expresión política de la oligarquía chilena, y la Democracia Cristiana existían contradicciones que era necesario y posible profundizar. Hay en esto también una aplicación del método leninista de análisis de una situación política.

Lenin decía que "obtener la victoria sobre un adversario más poderoso únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente con solicitud, minucia y prudencia las menores discrepancias entre los enemigos, las oposiciones de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente las menores posibilidades de obtener un aliado, aunque sea temporal, vacilante, poco seguro, condicional".

El hecho de que se haya tenido en cuenta esta enseñanza de Lenin hizo posible que la derecha y la Democracia Cristiana, que se habían unido en el 64, no se unieran en el 70. Es un mérito del Partido Comunista y un resultado práctico de la aplicación de su línea leninista, no sólo la gestación de la candidatura de la Unidad Popular, sino también, en una medida importante, el hecho de que demócratacristianos y nacionales enfrentaran divididos las elecciones presidenciales de 1970.

Por otra parte, es preciso tener en cuenta que la conformación de la Unidad Popular y su triunfo sólo fueron posibles a condición de que se creara en el país un profundo sentimiento antiimperialista y antioligárquico, y tal sentimiento no se hubiera generado con la fuerza necesaria y aglutinadora si hubiese prosperado y tomado cuerpo aquella tendencia a confun-

dir a los enemigos principales, a olvidar una cuestión estratégica de la mayor importancia.

Del análisis de este primer problema el Partido desprende la consigna de que *el golpe principal debe estar dirigido contra el imperialismo y la reacción.*

CARÁCTER PLURICLASISTA DEL PDC Y UNIDAD EN EL COMBATE DE TODO EL PUEBLO

Para abordar el segundo problema el Partido empieza puntualizando que "el objetivo que persigue la Democracia Cristiana es salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo. Lo singular es que trata de lograrlo, no a la vieja usanza de la reacción, sino con métodos y lenguaje modernos, dándole especial importancia al trabajo con las masas, remozando en parte la arcaica estructura del país y mejorando en cierto grado la situación de algunos sectores del pueblo".

Y si el objetivo de la Democracia Cristiana es ganar a las masas para una política reformista que permita remozar el sistema para mantenerlo, el objetivo de los comunistas es ganar a las masas para cambiar el sistema, para hacer la revolución. Es por ello que "a una orientación y a un trabajo de masas de nuestros adversarios corresponde una orientación y un trabajo de masas del Partido en una escala mil veces superior a la que hemos aplicado hasta ahora. Esta es la gran tarea, aquí está el quid de la cuestión".

Para realizar este trabajo en el seno de las masas e impedir que éstas sean ganadas para una política burguesa, el Partido plantea una táctica de unidad de acción y de lucha ideológica con los demócratas cristianos que trabajan en el seno del pueblo. Unidad

de acción para impulsar de conjunto las reivindicaciones sociales y, a la vez, lucha ideológica contra sus concepciones reformistas y sus actitudes anticomunistas.

En el centro del trabajo de masas del Partido está el objetivo de poner en actividad a todo el pueblo a los que votaron por Allende y a los que lo hicieron por Frei en atención al hecho de que, por encima de las diferencias políticas y religiosas y de la actitud de cada cual hacia el gobierno, las masas populares sufren los mismos problemas, tienen las mismas reivindicaciones y luchan o están en condiciones de luchar unidas por sus aspiraciones comunes.

En la lucha por terminar con el papel dirigente de la burguesía el Partido señala la urgencia de trazar una línea divisoria con profundo sentido de clase situando en una sola trinchera a todos aquellos sectores que, en función de sus intereses de clase, comprendan, a través de muchos y sucesivos combates reivindicativos y políticos, la necesidad de enfrentar unidos a los enemigos principales.

Esta política obliga a tener en cuenta en cada momento la naturaleza pluriclasista del Partido Demócrata Cristiano y el carácter contradictorio del Gobierno de Frei. Y en el informe de Luis Corvalán se pone el acento en esta cuestión:

"Para evaluar bien la situación presente y las perspectivas del futuro, es preciso tener en cuenta no sólo las limitaciones de clase del gobierno demócratacristiano, no sólo sus vínculos con el imperialismo y la derecha, sino también una serie de otros factores que entran en juego.

"Primer factor: Las banderas revolucionarias levantadas por el proletariado chileno desde hace medio siglo las acogen hoy vastos sectores de la población. En particular la necesidad de la Reforma Agraria es compartida por la abrumadora mayoría del país.

La clase obrera ejerce una marcada influencia en la política nacional y tiene capacidad para que esa influencia sea verdaderamente decisiva. El Frente de Acción Popular es una fuerza real y potencial con amplias posibilidades de modificar la situación en favor del pueblo.

"Segundo factor: La gente quiere que se haga hoy todo lo que se puede hacer ahora. No quiere que se deje para mañana lo que se puede hacer hoy. No desea que se pierda ninguna posibilidad que signifique avanzar siquiera algo en el camino del progreso social. No desea ir de una elección a otra, de un gobierno a otro gobierno, sin haber conseguido todo lo que es posible conseguir, y mucho menos quiere que la situación empeore.

"Tercer factor: El Partido Demócrata Cristiano es un partido pluriclasista. En su interior y entre quienes han votado por él hay un numeroso sector que desca "echarle para adelante", que tiene una orientación antiderechista y algunos de sus componentes una inclinación de izquierda.

"Cuarto factor: No obstante la conducta prounoamericana del Gobierno del señor Frei en relación al cobre y a otros asuntos, su política internacional presenta aspectos que están en contradicción con la política de los Estados Unidos, y esta contradicción tendera a agudizarse si el país logra, como es su deseo, que se mantenga y desarrolle una política exterior independiente.

"Quinto factor: A pesar del entendimiento del gobierno demócratacristiano con la derecha en muchas materias, hay también ciertas contradicciones entre la Democracia Cristiana y la oligarquía."

De la consideración de estos factores, y del hecho de que la nueva correlación de fuerzas permite propinarles algunas derrotas al imperialismo y a la derecha, y aislar y reducir a los grupos más reaccionarios del PDC, el Partido desprende la conclusión de que:

"A través de la unidad de acción se puede poner en movimiento a todo el pueblo, a las masas trabajadoras que votaron por Allende y a las que lo hicieron por el señor Frei. A un lado debe estar el pueblo y al otro los reaccionarios. En consecuencia, se debe ir abriendo paso a la unidad de acción de todas las fuerzas populares y progresistas que están con la oposición o con el gobierno en contra de las fuerzas reaccionarias que hay en el gobierno y en la oposición. En otros términos, es factible avanzar sobre el terreno de la unidad de acción del FRAP, del PADENA y de los demócratacristianos y radicales antiderechistas, en contra del imperialismo y la oligarquía, en contra del sector más reaccionario, compuesto por conservadores, liberales, radicales y demócratacristianos de derecha. Este es uno de los aspectos esenciales de nuestra política."

Esta idea de que la línea divisoria que pone en los antipodas a los partidos populares y los partidos reaccionarios pasa por el interior de partidos centristas y pluriclasistas como el Demócrata Cristiano y el Radical, es la concepción política que hace posible la movilización unitaria del pueblo y que constituye la semilla de la futura Unidad Popular. Si esta semilla era regada por el agua de los combates de clase, entonces tenía necesariamente que fructificar.

Todo el desarrollo ulterior de los acontecimientos políticos en nuestro país confirmó la justeza de esta tesis.

LA CLASE OBRERA, CENTRO DE LA UNIDAD Y MOTOR DE LOS CAMBIOS REVOLUCIONARIOS

En la elección del 64 la clase obrera volvió a constituir la fuerza principal del movimiento popular. En todos los centros proletarios había aumentado la votación del FRAP y la mayor parte de los sufragios de Salvador Allende provino de los trabajadores.

Desde el primer día de gobierno, el Partido Demócrata Cristiano había intensificado sus esfuerzos para quebrar esta columna vertebral del movimiento popular de nuestro país. Estos esfuerzos estaban orientados, en primer término, a introducir el germen de la división en el movimiento obrero, recurriendo no sólo a la actividad de sus propagandistas, sino además desplegando iniciativas políticas y legales.

Entre las iniciativas políticas, la más importante era el llamado al Partido Socialista a romper con el FRAP ofreciéndose la oportunidad de un entendimiento que se expresara incluso a nivel de gobierno. El Partido Socialista había rechazado categóricamente este ofrecimiento más o menos velado. Estaba claro para Frei y la DC que la piedra angular del movimiento popular era la unidad socialista-comunista, que expresaba en primer término la unidad de la clase obrera. La división de comunistas y socialistas hubiese significado, como en otras ocasiones, la división misma en las filas del proletariado, y esto lo advertían

los demócratacristianos, que hacían un esfuerzo por introducir una cuña en la unidad de los dos grandes partidos marxistas. La división en el seno de la clase obrera hubiese permitido la penetración, en el seno de los trabajadores, de concepciones burguesas y reformistas.

Simultáneamente, mediante una iniciativa legal intentaron imponer el paralelismo sindical y levantaron un organismo paralelo a la Central Unica de Trabajadores.

Pese a todos sus esfuerzos, la DC, que había logrado una fortísima influencia en el movimiento estudiantil, en el campesinado y en el movimiento de pobladores, no fue capaz de quebrar la firme conciencia de clase del proletariado chileno y sus múltiples esfuerzos no fructificaron.

Las posiciones levantadas por el Partido en relación a esta cuestión y sus desvelos por acentuar el rol revolucionario de la clase obrera en la sociedad chilena tuvieron también honda repercusión posterior y posibilitaron que la clase obrera tuviera la fuerza suficiente para transformarse en el centro convergente de diversos sectores populares con vistas a dar al país la salida revolucionaria que hoy se ha impuesto.

La política de unidad de acción en función de los intereses y necesidades de la clase obrera fue la palanca decisiva para asegurar a ésta su rol revolucionario, para impedir los esfuerzos divisionistas, para trazar un muro de contención a la penetración ideológica de la burguesía.

En el informe al Congreso, Luis Corvalán da cuenta de algunas experiencias en este sentido:

“La huelga de Huachipato es, en el último tiempo, el más alto ejemplo de esta acción común. Fue acordada por la unanimidad de los trabajadores, por los obreros comunistas,

socialistas, demócratacristianos, radicales y de otras tendencias. Esta unanimidad se expresó a lo largo de todo el desarrollo del conflicto y, desde luego, en el rechazo a la carta del Presidente Frei y en la solución a que se arribó después de dos meses de paro.

"En las huelgas de Cervecerías Unidas, Compañía de Tabacos, Portuarios, Odis, Santa Fe, Santa Bárbara, Hirmas y demás movimientos reivindicativos habidos durante el gobierno actual, los trabajadores han continuado desarrollando su unidad de acción."

En la tarea de poner en movimiento a todo el pueblo por la solución de sus problemas y porque se cumpliera el programa prometido durante la campaña presidencial, el combate unitario de la clase obrera jugó un papel fundamental. Esta se fue transformando poco a poco en el centro de cualquier iniciativa progresista y en un importante bastión en la solidaridad con otras capas que se incorporaban a la lucha.

Apuntando a esta cuestión, en un párrafo del informe se señala:

"Para cumplir con su misión histórica la clase obrera tiene que convertirse en el centro de la unidad y en el motor de los cambios revolucionarios y, para esto, tiene que apoyar e impulsar resueltamente la organización y las luchas del campesinado, las reivindicaciones de las diversas capas populares y desarrollar una política nacional, antiimperialista, anti-feudal y antimonopolista.

"El grueso del proletariado y aquella parte del pueblo políticamente más desarrollada saben que la Democracia Cristiana no es la solución. Pero no se puede decir lo mismo de

aquellos otros sectores populares que se incorporaron a la vida cívica votando por ella. Estos tienen que hacer su experiencia. Ahora bien, para que ésta sea más breve, para que no caigan en la indiferencia o la desesperación, para que no sirvan de base a ninguna aventura o a una nueva alternativa burguesa, para que lleguen cuanto antes a la conclusión de que lo que se necesita es un gobierno revolucionario encabezado por la clase obrera, ésta tiene que ganar su confianza a través de una política combativa y amplia, de acción común entre todas las fuerzas populares.

"Mas todavía, frente a cuestiones tan vitales como desbaratar los planes intervencionistas del imperialismo norteamericano y otros problemas, ha surgido y surgirá la necesidad de acciones comunes entre los diversos sectores sociales y políticos que tengan una posición coincidente."

Lo que garantiza que la clase obrera pueda jugar este papel, en las condiciones particulares de Chile **sobre todo**, es la férrea unidad de comunistas y socialistas.

El hecho de que exista en Chile un poderoso Partido Socialista, con fuertes vínculos con el proletariado, plantea la necesidad de resolver el problema de la hegemonía del proletariado sobre la base de la alianza de comunistas y socialistas.

Es por eso que la política de unidad de acción la concibe el Partido partiendo siempre de la idea de que lo central, lo que asegura el cumplimiento del rol de vanguardia de la clase obrera, es ante todo el entendimiento socialista-comunista. Esta unidad es la condición política que hace posible que la clase obrera se transforme efectivamente "en el centro de la unidad y el motor de los cambios revolucionarios".

EN LA PERSPECTIVA DE LA UNIDAD POPULAR

El XIII Congreso del Partido no sólo reafirmó las cuestiones estratégicas y trazó una táctica justa para encarar la nueva situación política y la lucha del proletariado chileno en las condiciones del gobierno demócratacristiano. Tuvo el mérito sobresaliente de trazar además con claridad meridiana el camino que seguiría nuestro pueblo para la conquista de su liberación.

La justa definición de los enemigos principales, los permanentes esfuerzos por impedir que estos capitalizaran el desconcierto de las masas defraudadas por el reformismo, la política de unidad de todos los sectores progresistas, ya sea estuvieran en la oposición o en el gobierno, para aislar y golpear al imperialismo y a la reacción; la correcta definición del rol de la clase obrera y los desvelos por fortalecer la unidad socialista-comunista, son cuestiones de la mayor importancia que desde ya creaban condiciones para acercar una salida revolucionaria a la situación chilena.

Pero no sólo en esto radican el mérito y la valoración que es preciso hacer de este Congreso que se realizó en los albores del gobierno demócratacristiano, y cuando buena parte de los sectores más avanzados de nuestro pueblo aún no se reponía de la derrota electoral del 64. Es preciso valorar el hecho de que en la línea trazada por este Congreso está el germen, el embrión de la futura Unidad Popular.

Hemos dicho que el cuarto problema planteado en el Congreso consistía en abrir una perspectiva de poder a la clase obrera y demás fuerzas patrióticas.

El quid de la cuestión estaba en acentuar la correlación de fuerzas favorable a los cambios, en mejorar las posiciones del proletariado, y en crear un bloque político más amplio y más poderoso que el FRAP,

teniendo como núcleo la unidad socialista-comunista. El informe de Luis Corvalán al Congreso plantea en una de sus partes:

"La experiencia del pasado, en el sentido de que una política de este tipo (se refiere a la política de unidad de acción) contribuyó en alguna medida a que partidos y políticos burgueses ganaran apoyo de masas, se debe tener en cuenta. Pero esto no puede llevarnos a una actitud sectaria. Si los Partidos Comunista y Socialista mantienen, al mismo tiempo que una política amplia, una orientación firme, independiente y crítica y colocan el acento en el trabajo con las masas, entonces no hay por qué abrigar tales temores.

Dicho en otras palabras, sólo a través de la acción común por las reivindicaciones, contra el imperialismo y la reacción, por el progreso y la libertad, se pueden ir amalgamando fuerzas, forjando la unión patriótica de la mayoría nacional en torno a la clase obrera y la alianza obrero-campesina, dando origen a una incontrarrestable marea social capaz de vencer todos los obstáculos y de conducir a Chile por una senda independiente.

"Además, no se puede descartar ni desestimar la posibilidad de que marchen codo a codo con el FRAP nuevas corrientes que tomen una orientación antiimperialista y antioligárquica definida y que deseen incluso el socialismo.

"El ahondamiento de las contradicciones entre la mayoría nacional y el imperialismo, las que surgen en la propia burguesía, y la tendencia de vastos sectores de las capas medias, incluso de tipo burgués, a considerar el socialismo como un régimen más justo, demuestran la posibilidad de que se incorporen a la

lucha social junto al FRAP sectores hoy insospechados, cuya contribución a la revolución chilena sería inestimable."

De esto se desprende que la perspectiva revolucionaria que abre el Partido se apoya en la concepción leninista de que la revolución es ante todo obra de las masas, tarea histórica del proletariado que éste sólo podrá cumplir a condición de ejercer su papel de dirección respecto de otras fuerzas y capas sociales que terminan comprendiendo cuáles son sus enemigos reales, cuáles sus necesidades objetivas y cuál es su aliado principal en la lucha por la construcción de una sociedad en la que tales necesidades encuentren satisfacción.

La concreción de esta perspectiva pasa por la conformación de un bloque político en que se exprese este papel conductor del proletariado. Y está claro para el Partido que este papel no se debilita, sino por el contrario, se realiza, cuando la clase obrera es capaz de ganar aliados para la revolución.

En las condiciones de Chile, este bloque político es concebido por el Partido sobre la base de la alianza comunista-socialista, y abierto a la incorporación de partidos o movimientos no precisamente proletarios, que comparten con el proletariado las posiciones antiimperialistas y antioligárquicas que éste pone en primer plano en esta etapa histórica. Esta es la fundamentación política de la futura Unidad Popular.

A este respecto, el informe señala:

"Nada concebimos al margen de la unidad socialista-comunista, todo lo concebimos alrededor de ella. Buscamos el fortalecimiento de las posiciones de la clase obrera y del FRAP, agrupar más fuerzas en torno al proletariado y a los Partidos Comunista y Socialista. Este es a nuestro juicio el camino que permitirá

conquistar nuevas victorias para el pueblo y ensanchar las perspectivas revolucionarias con miras a la constitución del gobierno del pueblo que ha de tener como piedra angular a los Partidos Comunista y Socialista.

"El camino de la revolución es duro y escarpado. Algunos se salen de él o se desesperan y hasta culpan al pueblo de elegir gobiernos que no son suyos. Nosotros decimos que no hay más que recorrer este camino, que los procesos sociales suelen a veces ser lentos, pero que esa lentitud, si está determinada por factores ajenos a la voluntad de los revolucionarios, no es precisamente eterna. Si los revolucionarios trabajan, luchan tesoneramente y con pasión sobre el terreno objetivo en que pisan, llega el momento en que el pueblo, explotado por sus enemigos, y a veces incomprendido por la gente de su propio seno, se sacude de sus opresores y, como decía Lenin, en un solo día la historia da un tranco de 20 o más años."

En Chile ese día llegó el 4 de septiembre de 1970. No cayó del cielo ni fue la resultante histórica de un error inconcebible de los enemigos del pueblo. Fue, antes que todo, el resultado de la lucha de muchas generaciones, de la fuerza y combatividad de la clase obrera, de la movilización permanente de las masas, orientadas por una vanguardia leninista que trabajó pacientemente en el seno del pueblo, para construir la unidad que lo conduciría a la victoria.

LAS CARTAS DEL PC Y EL PS

En los meses posteriores a la realización del Congreso del Partido se había hecho más evidente la na-

turalza contradictoria del Gobierno de Frei. Sus ataduras con el imperialismo fueron marcadas a fuego por la aprobación de los convenios del cobre, pero, por otra parte, inmediatamente después de la aprobación de tales convenios se presentaban al Congreso los proyectos de ley de reforma agraria, de sindicalización campesina, la modificación al derecho de propiedad y la creación del Ministerio de la Vivienda.

El Partido, junto al Socialista, habían librado una fuerte campaña política en contra de los convenios. El debate público alcanzó tal intensidad que en el seno de la DC surgieron pronunciamientos contrarios al gobierno en esta materia, y los diputados Alberto Jerez y Julio Silva, demócratacristianos, se abstuvieron en la votación del Congreso.

Con la presentación del proyecto de ley de reforma agraria se creaba una correlación de fuerzas ideal para golpear al sector más retardatario del país, la oligarquía terrateniente. La organización del campesinado, por otra parte, le planteaba a la clase obrera, con redoblada fuerza, la tarea de ganarlo como aliado e impedir que su naciente organización fuera penetrada por las concepciones burguesas del partido gobernante. Por todo esto era necesario emplearse a fondo para apurar el despacho de la ley y en lo posible mejorarla.

Había, por este lado, condiciones para aplicar con éxito la línea aprobada en el XIII Congreso. Sin embargo, por otra parte, había surgido un serio escollo.

La política de unidad de acción de todas las fuerzas que estuvieron dispuestas a actuar en defensa de sus intereses de clase era la clave para socavar el apoyo popular de la Democracia Cristiana y tenía como premisa un sólido entendimiento socialista-comunista. Este entendimiento garantizaba que ambos partidos se constituyeran en un polo de atracción para aquellos sectores del pueblo que venían de vuelta de la experiencia demócratacristiana.

Y esta unidad pasaba por un momento difícil.

Las discrepancias entre socialistas y comunistas giraban en torno a cuestiones tan importantes como *la determinación de los enemigos principales, la política de unidad de acción para dirigir el golpe principal contra esos enemigos y el carácter de la oposición al gobierno demócratacristiano.*

En el mes de julio de 1966 estas discrepancias se hicieron públicas mediante un intercambio de cartas en las cuales cada partido fijaba su posición frente a los problemas señalados.

En su carta el Partido Socialista reafirma su tesis del Frente de Trabajadores al señalar que "sólo un frente formado por los partidos de la clase obrera y conduciendo a los más vastos sectores de las masas asalariadas, tras un programa de cambios revolucionarios, constituye la única alternativa para alcanzar el poder. Esta política tiende al agrupamiento de las masas en función de su extracción de clase social y de su carácter de clase explotada. En este agrupamiento no pueden existir diferenciaciones de otro tipo. Nuestro planteamiento es justo y tiende a separar horizontalmente a los sectores sociales de nuestra sociedad".

Partiendo de esta concepción, el Partido Socialista define su postura frente a la DC y su gobierno en los términos siguientes:

"La Democracia Cristiana está en el Gobierno; es lo más progresista que pueda darse en el campo de la burguesía. ¿Qué actitud tomar frente a ellos? Si aceptamos el predicamento de ustedes "que exige el reagrupamiento de todos los que están por soluciones patrióticas" y que "hav que ir abriendo paso a la unidad de acción de todas las fuerzas populares y progresistas que están en la oposición o con el gobierno", significa en los hechos, querámoslo o no, un entendimiento no expresado con el gobierno, en el mejor de los casos un apoyo crítico no declarado." "Con

respecto a la DC y su gobierno, los socialistas tenemos una posición clara y definida. Consideramos a la DC como una fuerza política de la burguesía nacional. Es una fuerza que busca desarrollar las relaciones capitalistas de producción. Por eso afirmamos que el partido de gobierno es en esencia reaccionario y antisocialista en la medida que intenta afianzar y no destruir el régimen burgués, desarrollando una política populista demagógica para desorientar a la clase obrera y desviar a las masas de su camino hacia la revolución socialista.” “Pues bien, ¿debemos quemar nuestras energías y las de los trabajadores organizados en una zigzagueante oposición o, por el contrario, debemos centrar la acción en crear condiciones que desarrollen la alternativa del pueblo en el poder como única solución para los problemas nacionales? Estimamos que en las actuales condiciones sería funesto para el movimiento popular adecuar el programa y los objetivos de la clase obrera a las formas, mecanismos y aspiraciones de la burguesía gobernante. Queremos desarrollar una política antiimperialista, antioligárquica y anticapitalista que movilice a las masas, no sólo por sus reivindicaciones inmediatas, sino que junto con éstas, indisolublemente las una a sus propios objetivos socialistas estableciendo en la lucha diaria la alternativa:

Democracia Cristiana burguesa o Socialismo.”

Esta era en síntesis la posición del Partido Socialista.

El PC dio respuesta a esta carta reafirmando la línea trazada en el XIII Congreso y ahondando en algunas cuestiones que a esa altura no eran suficientemente comprendidas.

En el documento socialista se plantea que la alternativa debe ser: Democracia Cristiana burguesa o Socialismo. Este planteamiento es respondido en la carta del Partido Comunista llamando la atención sobre la necesidad de no perder de vista a los enemigos principales y permanentes de la clase obrera y del pueblo.

“La lucha no se plantea entre el movimiento popular y el gobierno burgués de turno. Entender en esos términos el conflicto social reduce los alcances de la gran contienda en que somos protagonistas. Además, las clases explotadoras son diestras. Si el antagonismo se enmarca en referencia exclusiva al grupo burgués que detenta por un período el poder, lo reemplazan cuando se ha desgastado. En virtud de este juego el general Ibáñez sucedió a los gobiernos radicales, después vino la derecha con Alessandri y en seguida los democratacristianos. Uno de los grandes méritos del Frente de Acción Popular consiste en no haberse prestado a dicho juego y, en cambio, en haber mantenido siempre la lucha contra los enemigos fundamentales —el imperialismo yanqui, los terratenientes y la oligarquía monopolista—, tratando de agrupar fuerzas a su alrededor, con miras, precisamente, a poner fin a este círculo vicioso, a esta sucesión en el poder de diversos grupos burgueses.”

Conjuntamente con esto, en la respuesta el Partido deja una vez más en claro el carácter de su oposición al gobierno, reiterando que su política de oposición no sólo era el resultado lógico de los términos en que se planteó la campaña presidencial, sino, sobre todo, resultado del contenido de clase del Gobierno de Frei y de los fines de su política.

“Tal cual dijimos en el XIII Congreso de

nuestro Partido, es claro para los comunistas que el objetivo que persigue la DC es salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo. Nuestro Congreso agregó que lo singular es que la Democracia Cristiana persigue estos fines, no a la vieja usanza de la reacción, sino con nuevos métodos y hasta remozando en parte las estructuras más arcaicas.

"Ha pasado ya un año nueve meses desde que el señor Frei asumió la Presidencia de la República, y los hechos confirman nuestro juicio. En razón de sus objetivos reaccionarios su gobierno cuenta con el apoyo del imperialismo norteamericano y con la ayuda de los imperialistas europeos. No obstante haber tenido una que otra actitud independiente, su carácter proimperialista ha quedado marcado a fuego con los convenios del cobre."

Había una opinión coincidente, entonces, en cuanto a determinar el carácter y los objetivos de clase del gobierno y del Partido Demócrata Cristiano. Pero a diferencia del Partido Socialista, los comunistas tenían en cuenta en su análisis, junto a estas cuestiones, el carácter pluriclasista del PDC y las contradicciones que arrastraba el Gobierno de Frei. La política del PC, partiendo de estas consideraciones, llegaba a la conclusión de que un enfrentamiento frontal con la Democracia Cristiana en su conjunto, en primer lugar favorecía los planes del imperialismo y la reacción, que no quedaban a distancia de tiro del movimiento popular y que realizaban también una decidida oposición reaccionaria. En segundo lugar, acentuaba la división en el seno del pueblo, sin tener en cuenta las necesidades objetivas, de clase, de sectores populares que estaban haciendo su experiencia con la DC, pero que eran susceptibles de ser ganadas a condición de que hubiera la disposición a hacerlos marchar jun-

to a su clase, superando las actitudes sectarias, no golpeándolos por sus posiciones políticas o religiosas, sino tendiéndoles la mano dada su condición de trabajadores.

"Pero es también un hecho claro y objetivo que cientos de miles de chilenos que han votado por el señor Frei y la Democracia Cristiana no pueden ser identificados con el carácter y los fines del régimen. Ustedes sostienen que muchos vienen de regreso. Es cierto. Pero ustedes coincidirán con nosotros en que son todavía muchos más los que aún siguen creyendo en el gobierno actual, se aferran a la esperanza de que hará los cambios prometidos y continúan bajo la influencia del partido oficial.

"En el Partido Demócrata Cristiano y en el conglomerado que está con él hay terratenientes, ricos empresarios, representantes de bancos, también profesionales, y, en una medida digna de considerarse, modestas mujeres del pueblo, obreros y campesinos.

"El problema, camaradas socialistas, el problema de nosotros y de ustedes es cómo liberar a esas mujeres, obreros y campesinos de la influencia de la burguesía. A nuestro juicio, no queda otro camino que tenderles la mano, discutir fraternalmente con ellos, persuadirlos de su error, tratar de sacarles de su mente las ideas de la burguesía y a través de todo esto y de la acción común por las reivindicaciones sociales ganarlos para las posiciones del FRAP, demostrarles que ustedes y nosotros somos los luchadores más consecuentes por sus intereses. Y que juntos constituimos la única fuerza capaz de hacer realidad los cambios revolucionarios.

"Creemos, por consiguiente, que sería un error ver sólo el carácter y los objetivos de cla-

se del gobierno y del Partido Demócrata Cristiano y no saber apreciar, al mismo tiempo, las contradicciones que hay en su seno, el hecho que, por ejemplo, mientras algunos empujan algunas reformas —insuficientes, pero reformas al fin y al cabo—, otros las sabotean y las frenan.

Este esfuerzo por separar la paja del trigo en el interior del PDC se apoya no sólo en la acción conjunta con la base popular demócratacristiana, sino también en la lucha ideológica para derrotar sus concepciones burguesas e incluso para aclarar sus propias posiciones a corrientes del PDC que reniegan del capitalismo, pero que no han elaborado teóricamente una concepción acerca de cuál es la única alternativa de superación del capitalismo. El documento respuesta del PC se refiere a esto y la corriente a la cual se hace mención fue el núcleo fundamental que tres años más tarde daría nacimiento al Movimiento de Acción Popular Unitario, MAPU.

“Todavía más, entre los demócratacristianos hay quienes —se podría hasta hablar de una corriente— se pronuncian contra el capitalismo y que plantean la sustitución de la propiedad privada por la llamada comunitaria, definida por ellos como propiedad socialista al margen del Estado. Aun cuando esta formulación es vaga y utópica, estimamos que sería un error explicarse estas cosas simplemente por razones demagógicas. Se trata, a nuestro juicio, de un fenómeno que responde a causas más profundas, que es consecuencia de la época que vivimos, de la inmensa influencia de las ideas socialistas, de la crisis general del capitalismo, de la situación que vive América Latina, especialmente después de la Revolución Cubana, del peso de la clase obrera chilena

y de la gravitación de nuestros partidos, que va más allá de sus filas.

“Nuestra obligación es comprender que las masas convergen al socialismo sin recorrer todas el mismo camino, partiendo de distintas posiciones y haciendo diversas experiencias. Como la vida no se desarrolla en todo según nosotros queramos, no hay más que tener en cuenta los fenómenos nuevos que presenta, comprenderlos y salir a su encuentro.”

En ambas cartas se coincidía en destacar la importancia fundamental de la unidad socialista-comunista y en señalar que por sobre estas divergencias primaban los amplios campos de contacto y acuerdo entre ambos partidos. El Partido Socialista expresaba en su carta: “Serán los trabajadores los que en última instancia, a través de la lucha y de la vida misma, resolverán el diferendo”.

UNA POSICION LENINISTA FRENTE AL REFORMISMO

Si bien es cierto que el Gobierno de Frei fue más reformista en las palabras que en los hechos, puede decirse que por lo menos en la primera mitad de su período el país vivió intensamente la experiencia del reformismo.

Uno de los mayores aciertos del Partido Comunista de Chile, en el sexenio demócratacristiano, fue delinear una política leninista para enfrentar el reformismo. Del correcto enfoque de la relación viva y dialéctica entre reforma y revolución en las condiciones

concretas de nuestro país, el Partido saca herramientas teóricas y prácticas para librar sus luchas de manera tal que se generalice la convicción de que es urgente hacer cambios en la sociedad chilena y que tales cambios sólo son efectivos si ponen el dedo en la llaga de las cuestiones fundamentales.

Transcurridos dos años de gobierno democratacristiano, una de las características de la nueva situación política era el repunte de las posiciones reaccionarias, producto de la actitud conciliadora del gobierno y del PDC para con los sectores más retardatarios de nuestro país. Esta actitud conciliadora impedía la aplicación acelerada y consecuente del programa de reformas y como consecuencia de ello se advertían los primeros síntomas de una pérdida de la influencia del PDC en las masas que lo apovaron.

La cuestión de fondo que se les planteaba a las fuerzas revolucionarias consistía no solamente en desenmascarar la naturaleza reformista del Gobierno de Frei, sino en lograr que la desilusión de vastos sectores populares ante el fracaso reformista los impulsara a avanzar y situarse en la trinchera de la revolución y no a retroceder para fortalecer las posiciones reaccionarias.

Haber comprendido esto es de una importancia muy grande, pues las elecciones presidenciales de 1970 mostraron cómo un sector importante del pueblo fue atezado durante seis años por la demagogia reformista que prometía solución a los problemas sin enfrentar sus causas profundas y la demagogia reaccionaria que culpaba de los males a la palabrería reformista, y después de esos seis años llegó a conclusiones reaccionarias.

El Partido comprendió con claridad que en Chile la lucha no estaba planteada sólo entre dos alternativas, la reformista y la revolucionaria, y que las tendencias reaccionarias también capitalizarían del fracaso de la DC si no se planteaba la pugna entre reformismo y revolución teniendo un ojo puesto en los reac-

cionarios que buscaban sacar su parte de provecho de aquel enfrentamiento, es decir, si no se tenía en cuenta que la contradicción principal no estaba planteada entre los partidarios de las reformas y los partidarios de los cambios revolucionarios, sino entre quienes se oponían a todo cambio y quienes desde el gobierno conciliaban con ellos, de una parte, y quienes eran partidarios de ir terminando con los privilegios del imperialismo y de la oligarquía, de la otra.

Lenin decía que el reformismo consiste en "una serie de concesiones de la clase gobernante, y no su derrocamiento; una serie de concesiones con tal de conservar el poder en sus manos", y llamaba a luchar implacablemente contra las tendencias reformistas que surgieran dentro del movimiento obrero. Sin embargo, no se desprendía de esto la conclusión de que los comunistas deben siempre y en cualquier circunstancia luchar contra los reformistas, sino que, por el contrario, señalaba la conveniencia de buscar acuerdos con sectores reformistas para aislar a los reaccionarios y obligar a los reformistas a dar dos pasos cuando éstos sólo desean dar uno.

"Es indudable que comete también inevitablemente un error quien deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como éste: "El Partido Comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es ir en vanguardia, sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista". Semejantes principios no hacen más que repetir el error de los comunistas blanquistas franceses que en 1874 proclamaban la negación de todo compromiso y de toda etapa intermedia."

En este párrafo Lenin se refiere a los comunistas ingleses, a quienes recomienda unirse al refor-

mista Hendersen para derrotar a Lloyd George, el reaccionario.

El hecho de que sectores de la burguesía propongan un plan de reformas es una respuesta al auge del movimiento revolucionario, es una prueba palpable de su ascenso. Pero, por otra parte, es una prueba de que la burguesía no está dispuesta a dejarse arrebatar el poder y *que maniobra para recuperar apoyo de masas*.

La razón de ser del reformismo es precisamente impedir la expansión de los planteamientos revolucionarios, liquidar el ascenso revolucionario.

“Mediante el reformismo se trata de encandilar a las masas con remiendos parciales del régimen que sucumbe. Así se intenta mantener el viejo poder, evitando su reemplazo por uno nuevo y la transformación revolucionaria de la sociedad. La esencia del reformismo consiste en atenuar el mal, pero no en eliminarlo. Por eso, reformismo y revolución son conceptos opuestos; pero, como decía Lenin, “esa oposición no es absoluta, esa divisoria no es algo muerto, sino que es una divisoria viva y movediza y hay que saberla determinar en cada caso concreto.

”Los partidos revolucionarios tienen el deber de combatir el reformismo como expresión de la influencia de la ideología burguesa en el seno del movimiento obrero. Deben luchar por arrancar a las masas de dicha influencia. Pero no se lucha de verdad contra el reformismo oponiéndose a los mejoramientos que las reformas pueden significar para los trabajadores. No es rechazando todas las reformas, sino muchas veces impulsándolas como objetivos parciales y transitorios, luchando por su profundización, es como se logrará liquidar el influjo del reformismo y conquistar a las masas para la revolución. En el curso de la

lucha por las reformas las masas concluirán que no hay más solución definitiva de sus problemas que la transformación revolucionaria de la sociedad. A esta conclusión llegarán con la lucha política e ideológica de los partidos revolucionarios.

”Por otra parte, y la experiencia de Chile lo comprueba, las reformas crean agudos conflictos entre las propias clases dominantes. Y si ellas se desarrollan en las condiciones de un poderoso movimiento de los trabajadores, no tardan en entrar en contradicción con todo el sistema que el reformismo se propone resguardar. En tales circunstancias, o los reformistas se deciden a avanzar, con lo que ponen en peligro todo el régimen de Poder, o renuncian a sus posiciones reformistas inclinándose al camino de la contrarreforma, con lo que pierden su influencia sobre las masas. Tal es la tragedia de los reformistas, que vive hoy en carne propia la Democracia Cristiana.

”Concretamente, frente a la Reforma Agraria la única actitud que cabe a los revolucionarios es apoyarla y luchar por su profundización. En el curso del combate por ella se eleva la organización y la conciencia del campesinado, que comprende crecientemente que es necesario reorganizar la sociedad de arriba abajo. Y en relación precisamente con este problema, la Democracia Cristiana vive su tragedia, ve materializado el drama de los reformistas.

”Paralelamente a la lucha por las reformas más maduras, como es el caso de la Reforma Agraria, sigue a la orden del día la lucha por el mejoramiento de los sueldos y salarios, por el otorgamiento de personalidad jurídica a las juntas de vecinos, contra la Promoción Popu-

lar y el paralelismo sindical, por la solución de los problemas de la vivienda y la educación, lo que abre un período de grandes combates reivindicativos y políticos.

"Se ensanchan las posibilidades del FRAP de transformarse en el centro aglutinador de un inmenso movimiento por los cambios anti-imperialistas y antioligárquicos. Las masas populares, incluido el sector que adhirió a las promesas de cambios del señor Frei, no pueden dejar de ir viendo que nosotros, los partidos populares, somos los únicos capaces de encabezar el movimiento que lleve adelante las transformaciones que Chile necesita. Para afianzar este convencimiento debemos aplicar una política guiada por los principios de la lucha de clases, que tenga en cuenta el carácter de las contradicciones sociales existentes en el país, que no considere a las demás clases y a los demás partidos como una sola masa reaccionaria, que tenga presente el carácter inicial del proceso revolucionario chileno como revolución antiimperialista y antioligárquica, que parta de la necesidad de pasar a la ofensiva y de la comprensión clara de que una correlación de fuerzas más favorable será producto de la lucha, de nuestro esfuerzo y de nuestro trabajo".¹

El fracaso del gobierno demócratacristiano probó una vez más que la burguesía chilena es incapaz de encabezar ningún proceso progresista profundo.

En el combate contra los enemigos principales de nuestro pueblo la táctica trazada por el Partido en orden a empujar la lucha de las masas por los objetivos más sentidos por ésta y que estuvieran más maduros, teniendo en cuenta la necesidad de educarlas

¹Jorge Insunza: Informe al Pleno de Octubre de 1966.

en el conocimiento de sus enemigos principales, para de esta manera reforzar en su conciencia la necesidad de una salida revolucionaria que superara las vacilaciones del reformismo, aceleró el desprestigio de las concepciones reformistas en el seno del pueblo y posibilitó un agrupamiento de sectores y partidos no proletarios en torno a los partidos de clase.

La Unidad Popular, es, entre otras cosas, producto de la firmeza y sagacidad del proletariado para enfrentar y derrotar una alternativa reformista que fue propuesta por el imperialismo para encandilar a las masas, para mellar la conciencia revolucionaria de la clase obrera, para ganarla hacia una política de colaboración con la reacción y el imperialismo a cambio de determinadas mejoras.

La consigna del XIII Congreso que llamaba a la clase obrera a transformarse en el centro de la unidad y el motor de los cambios revolucionarios, era un llamado a levantar la alternativa revolucionaria del proletariado en contra de la alternativa reformista de un sector de la burguesía y de la alternativa francamente reaccionaria y antipopular de otro, ligado a su vez, a los sectores más cavernarios del imperialismo.

Los hechos demostraron, antes del 70 y con mayor fuerza después, que ésta era una consigna justa, realista, movilizadora y pedagógica, que era posible la instalación en Chile de un gobierno popular en el cual la clase obrera tuviera las principales responsabilidades.

LOS COMUNISTAS Y LA ULTRAIZQUIERDA

La incorporación de las capas medias al proceso revolucionario, junto con fortalecer las posiciones del

proletariado, entraña peligros políticos derivados del hecho de que tales capas no renuncian al intento de ejercer la dirección de dicho proceso. Se plantea así una disputa por la conducción política entre las posiciones de la clase obrera y las de la pequeña burguesía, con sus dos variantes principales: el reformismo y el aventurerismo "ultraizquierdista".

No es posible concebir el desarrollo exitoso de la revolución chilena separado de la necesidad de imponer una orientación proletaria al proceso, orientación que supone la derrota de las dos expresiones políticas de la pequeña burguesía que hemos señalado.

La rica experiencia acumulada en el último tiempo en nuestro país, y prácticamente toda la historia del movimiento obrero, internacional y nacionalmente, demuestra de manera concluyente que esto es así.

En esta parte no se pretende un análisis de las posiciones ultraizquierdistas que apunte a cada una de las particularidades de su pensamiento para desentrañar de ellas su esencia pequeñoburguesa. Sobre esto hay bastante escrito y, desde luego, nada mejor que remitirse a los clásicos del marxismo y en especial a los trabajos de Lenin. Estudiaremos los planteamientos *concretos* de la ultraizquierda chilena frente a una *situación política concreta*. Veremos cómo la derrota política de las posiciones ultraizquierdistas fue una condición necesaria de la victoria popular, y de qué manera la defensa de las cuestiones de principio, que son la esencia del leninismo por parte de las fuerzas revolucionarias, es también hoy una condición necesaria para avanzar por el camino de la revolución.

¿Qué posiciones ultraizquierdistas necesitaban ser derrotadas para posibilitar la victoria del 70 y cuáles deben ser derrotadas ahora para asegurar la victoria definitiva?

En primer lugar, el espíritu anticientífico, voluntarista, para resolver los problemas estratégicos; la definición del carácter de la revolución y la determinación de los enemigos principales.

En segundo lugar, la tendencia a definir un objetivo político inmediato sin tener en cuenta la correlación de fuerzas.

En tercer lugar, la tendencia al terrorismo y a la acción individual.

En cuarto lugar, la afición a lo que Lenin llamaba "la orgía de la frase hueca".

En quinto lugar, la inclinación al oportunismo.

En torno a la definición del carácter de la revolución chilena y a la determinación de los enemigos principales, se separan tajantemente las posiciones leninistas de las posiciones ultraizquierdistas. Hemos explicado cómo uno de los rasgos esenciales del leninismo es haber establecido la necesidad de determinar el carácter de la revolución en un país determinado, en atención a las principales contradicciones económicas que determina ese momento histórico concreto. Hemos visto también la necesaria relación de correspondencia entre el carácter de la revolución y la determinación de los enemigos principales.

Aplicando este método leninista de análisis a la situación chilena actual, hemos visto también cómo los partidos de la Unidad Popular han coincidido finalmente en determinar el carácter antiimperialista y antioligárquico de la revolución chilena, y la necesidad histórica de cumplir la etapa antiimperialista y antioligárquica de la revolución, para iniciar la construcción del socialismo.

Una de las cuestiones que definen más esencialmente el carácter antileninista del ultraizquierdismo es su incapacidad para asimilar la doctrina de Lenin acerca del carácter de las revoluciones. En el caso de Chile, todos los grupos de la ultraizquierda coinciden en proclamar el carácter socialista de la revolución chilena. Miguel Enríquez, Secretario General del MIR, señalaba a mediados del 68: "Planteamos el carácter socialista de la revolución chilena, esto es, antiimperialista y anticapitalista a la vez". Por esta

razón, el MIR expresó públicamente su desacuerdo con el Programa de la Unidad Popular, argumentando precisamente que no era el programa de una revolución socialista.

La doctrina leninista sobre el carácter de la revolución, y el análisis hecho por los partidos de la Unidad Popular acerca del carácter de la revolución chilena, que está expresado en el Programa de la Unidad Popular y materializado en cada una de las medidas del Gobierno Popular, es cuestión que ha sido estudiada en capítulos anteriores. Lo que cabe preguntarse en esta parte es cuáles son las consecuencias *prácticas* de la tesis del carácter socialista de la revolución chilena. Y aquí señalaremos dos consecuencias de la mayor importancia: Primero, el papel divisionista que en el seno del pueblo jugaron y juegan los grupos ultras en los momentos en que lo principal era y es unir y cohesionar a todas las fuerzas populares, y, en segundo lugar, la incorrecta valoración del Gobierno Popular.

La tesis mirista de que en Chile está a la orden del día una revolución socialista que llevarán adelante la clase obrera y el campesinado, en contra del imperialismo y la oligarquía, pero necesariamente también en contra de la pequeña burguesía, formada por miles y miles de pequeños y medianos industriales, agricultores y comerciantes, es una tesis que *objetivamente* tiende al aislamiento de la clase obrera, dificulta sus posibilidades reales de ganar aliados en las capas medias para derrotar al imperialismo y a la oligarquía, y *objetivamente* también ayuda a estos últimos a mantener bajo su férula política a sectores de la pequeña burguesía con los cuales tienen cada vez mayores contradicciones.

Por otra parte, esta tendencia sectaria a impedirle a la clase obrera que gane aliados que fortalezcan sus posiciones, se expresa hoy en las acciones campesinas orientadas por el MIR precisamente en contra de pequeños y medianos agricultores, creando en el

campo un clima que obstaculiza la aplicación de una reforma agraria que se ha propuesto liquidar en dos años la oligarquía terrateniente, erradicando definitivamente el latifundio. Se expresa hoy también en la organización de "tomas" de pequeñas industrias para exigir su expropiación.

En los hechos, esta política constituye una valiosa ayuda a los terratenientes y a los industriales monopolistas, que, a no mediar estas acciones, tendrán aún mayores dificultades para no dejarse aislar, les sería aún más difícil ganar como aliados a ciertos sectores de las capas medias.

La incorrecta valoración del significado del Gobierno Popular es otra consecuencia de la tesis ultrazquierdista de que en Chile la revolución debe tener de inmediato un carácter socialista. Al no compartir el Programa de la Unidad Popular, y, por lo mismo, al no comprender que con su realización se está caminando a pie firme por la revolución chilena, es fácil llegar a conclusiones tales como que "la conquista de un Gobierno Popular es un importante triunfo táctico que le abre nuevas perspectivas al movimiento popular, que crea nuevas condiciones para el desarrollo de las luchas de las clases explotadas y de su avance hacia la toma del poder".¹ Esta definición implica una subestimación gravísima de lo que ha conquistado realmente el pueblo al generar un Gobierno Popular, antiimperialista y antioligárquico, llamado a iniciar en Chile la construcción de una sociedad socialista. Decir que la principal característica de este gobierno es que posibilita las luchas del pueblo y agudiza el enfrentamiento de clases, supone situar al gobierno por sobre las clases y como árbitro de este enfrentamiento. Y esto no tiene nada que ver con el marxismo.

¹Discurso del dirigente mirista Nelson Gutiérrez pronunciado en la U. de Concepción.

La consecuencia práctica de estas tesis es contrarrevolucionaria, pues nada dañaría más al Gobierno Popular, y nada le daría mayor inestabilidad, que el hecho de que llegara a prosperar una actitud de desconfianza de las masas respecto de su gobierno, que prosperara el desconcierto y que el pueblo no tuviera absolutamente claro que hoy es gobierno y que la defensa del Gobierno Popular es la defensa de sus propios intereses de clase.

De más está decir que la Unidad Popular se gestó contrariando el deseo y las posiciones de diversos sectores ultraizquierdistas, quienes pregonaron durante mucho tiempo diversos caminos armados, desde el foco guerrillero hasta la insurrección general, pasando por la guerrilla urbana, pero que cuando vieron que la realidad les imponía a los partidos revolucionarios el deber de aprovechar la coyuntura electoral, entonces también opinaron sobre cuál tenía que ser la naturaleza del frente político que debía constituirse en una alternativa de poder popular. Condenaron el entendimiento de los partidos marxistas con fuerzas no marxistas, de los partidos obreros con partidos o movimientos de la pequeña burguesía. Lo hicieron en nombre del "purismo revolucionario" que tantas veces condenara Lenin, pero también porque son incapaces de entender una cuestión elemental: que lo que sirve a los enemigos de la revolución, no sirve a la revolución. Porque era evidente que mientras los comunistas hacían esfuerzos por materializar la unidad popular uniendo en un solo frente a comunistas, socialistas, radicales y sectores izquierdistas de la Democracia Cristiana, el imperialismo y los sectores más reaccionarios empujaban una concertación de fuerzas para aislar a la clase obrera, como ocurriera en las elecciones del 64. Y era evidente también que de imponerse alguna actitud sectaria en los partidos populares se verían favorecidos los planes de los sectores más reaccionarios que aspiraban a retomar integralmente el poder después de los seis años de gobierno demócratacristiano. A esta altura los hechos mismos consti-

tuyen un argumento más contundente que cualquier consideración de orden teórico. Si las cosas hubiesen ocurrido conforme a los deseos y las posiciones ultraizquierdistas, no se habría constituido la Unidad Popular, y hoy estaríamos viviendo una historia muy distinta de la actual.

Incluso después de las elecciones presidenciales, cuando los coletazos de bestia herida del imperialismo y la reacción llevaron al país a una situación gravísima, recurriendo a maniobras políticas para enfrentar a la DC con la Unidad Popular, llamando a los demócratacristianos a desconocer en el Congreso el triunfo de Allende (se elegiría a Alessandri en el compromiso de que éste renunciaría de inmediato, se harían nuevas elecciones y la derecha apoyaría de nuevo a Frei); cuando se llegó incluso al asesinato del general Schneider, el MIR lanzó la consigna: "El pueblo va eligió, momios y DC a la mierda". Esta consigna tenía como objetivo impedir que se escribiera el "compromiso de garantías" que firmaron posteriormente la Unidad Popular y la Democracia Cristiana y que posibilitó el apoyo de los parlamentarios DC a Salvador Allende en el Congreso Pleno.

En los dos ejemplos señalados, tanto antes como después de la elección, quedó en evidencia cómo el infantilismo ultraizquierdista sirve a los propósitos de la reacción. En ambos casos se planteaba como una cuestión de principios una concepción sectaria que favorecía, primero, los afanes de la derecha de ganar o neutralizar a los radicales y a los sectores progresistas de la DC, y luego los planes reaccionarios en orden a constituir en torno a la decisión del Congreso Pleno una alianza antipopular que no había prosperado con anterioridad a la elección.

Es de la esencia del ultraizquierdismo, tal como lo señalara Lenin, la tendencia a separar a la clase obrera de sus posibles aliados, a aislarla, a creer que la divisa de un revolucionario debe ser "tener un enemigo nuevo cada día" y no "ganar cada día un aliado para la revolución".

Y esto, en definitiva, es expresión del "no querer comprender obstinadamente (tal vez fuera más justo decir que no podían comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política". (Lenin).

Los comunistas combaten el ultraizquierdismo, precisamente porque entorpece y debilita la lucha contra los enemigos principales y porque dificulta la incorporación, en el cauce revolucionario que abre la clase obrera, de las fuerzas nuevas que es necesario ganar.

Junto con su permanente prédica en favor del aislamiento en los hechos de los sectores más avanzados de la política chilena, los grupos ultraizquierdistas, y especialmente el MIR, realizaron una cadena de actividades de comando, que van desde la provocación abierta, como fueron el rapto de un carabineiro en la Universidad de Concepción y la agresión al periodista Osses, hasta las iniciativas a espaldas de las masas, como es el caso de una serie de asaltos a bancos, armerías y supermercados.

El Partido encaró siempre con la mayor firmeza este tipo de acciones, reñidas con una concepción leninista del trabajo de masas de los partidos revolucionarios, y mostró cómo las provocaciones ultraizquierdistas vienen como anillo al dedo a los planes más reaccionarios.

"Ninguna de sus acciones tiene por objeto tener éxito. Se trata sólo de obtener méritos, de hacer que hable la prensa, que su acto se comente, lo que deja en evidencia un individualismo enfermizo, típicamente burgués.

"También es indicio de esto mismo la absurda concepción de que la provocación permanente vendría a constituir un estímulo de la acción revolucionaria. Sólo los que tienen lo suficiente para bien comer y un buen pasar pueden considerar necesario estímulos mate-

riales para el combate, que no nazcan de las condiciones mismas de vida del pueblo.

"El crecimiento de las perspectivas del movimiento popular hace que los reaccionarios busquen desesperadamente la concreción de una alternativa que les permita hacer abortar el movimiento, ya que su culminación sellaría su derrota. Los acontecimientos de Concepción, como el descubrimiento ayer de un arsenal en el Cajón del Maipo, sumado a la campaña contra la violencia que desarrollan todas las fuerzas reaccionarias con la colaboración de un sector del gobierno, indican claramente que se está tratando de crear condiciones para abrir paso a una política represiva todavía más brutal.

"En condiciones como éstas, la acción provocadora o terrorista se transforma en un instrumento que sirve a las mil maravillas a la política reaccionaria.

"La organización policial del Estado burgués, que entra en operación como último argumento cuando el aparato burocrático capaz de presionar política y económicamente resulta insuficiente para contener a las masas, necesita operar con una cierta justificación que debilite la respuesta del pueblo, que logre neutralizar a algunos sectores, porque aparezca como "normal" reprimir. Aquí es donde los grupos ultras se transforman en el otro brazo indispensable de un alicate que aprieta y corta contra el pueblo, unidos a la policía por un mismo eje, no sólo por infiltración directa, sino sobre todo por la política que aplican."

Jorge Insunza: Intervención en el 6.º Congreso Nacional de las Juventudes Comunistas.

Y así como la política de provocaciones se realiza a espaldas de las masas, y muchas veces para lanzarlas a ellas a un enfrentamiento para el que no están suficientemente preparadas y que se da en el terreno que busca el enemigo, así también la fraseología revolucionaria es la expresión del desprecio a las masas en el terreno de las consignas. Terrorismo, provocación y aventura son en el campo de la acción lo que "la orgía de la frase huera", es en el campo de la consigna: dos formas inseparables del izquierdismo pequeñoburgués.

La frase revolucionaria, en el decir de Lenin, es la repetición de las consignas revolucionarias sin tener en cuenta las circunstancias objetivas en el cambio dado de los acontecimientos, que ocurren en la situación del momento. Consignas magníficas, atrayentes y embriagadoras, pero desprovistas de base: ésa es la esencia de la frase revolucionaria.

"El abuso de la frase revolucionaria, ya condenado enérgicamente por Lenin, no sirve a la revolución, sino al contrario. La prédica, venga a cuento o no, de la violencia armada, cuando de esa violencia no participan las masas, viene como de perillas a los reaccionarios. Se proclama por estos sectores y se trata de imponer hasta contra la voluntad de las masas que en todo momento el choque frontal con las fuerzas represivas sería la forma superior de lucha. Esto es absurdo. El carácter revolucionario de una acción no se juzga por su forma violenta, armada o legal o ilegal; se juzga por su capacidad de adaptar los medios a los fines, lo que resulta de analizar los cambios en la realidad social y la correlación de las fuerzas en combate."

La tesis calurosamente sostenida por grupos de ultraizquierda en el sentido de que en nuestro país el choque frontal de las clases sólo está postergado pe-

ro es inevitable y tendrá la forma de un enfrentamiento armado, arranca de esta concepción de que la lucha armada es la forma superior de lucha y que por lo tanto en Chile no puede hablarse de revolución exitosa mientras el movimiento revolucionario no haya alcanzado esta forma de lucha superior. Y de hecho, más que plantear un enfrentamiento armado *inevitable*, se plantea ese enfrentamiento armado como *deseable*. Sobre todo si la propaganda y las principales acciones de grupos como el MIR están claramente orientadas a ese objetivo.

"En Chile ha sido posible producir el desplazamiento de los reaccionarios de un sector del poder sin recurrir a un enfrentamiento armado. Esto no significa, ni mucho menos, que tal desplazamiento ha sido pacífico, espontáneo, como tampoco asegura que en el futuro no llegue a producirse un enfrentamiento de ese carácter, localizado o generalizado.

"Lo ocurrido hasta ahora es que el pueblo ha sido capaz de acumular una fuerza tan grande, y de neutralizar otras, que los reaccionarios se vieron imposibilitados de recurrir a la resistencia armada pese a todos sus deseos y esfuerzos. La victoria del 4 de septiembre desesperó a las fuerzas conservadoras, se organizaron para el complot, avanzaron en él, interresaron a sectores de diversos partidos políticos, a gente de las Fuerzas Armadas y del gobierno de entonces, imaginaron buenos éxitos a partir de la noche misma del 4, pero fueron incapaces de hacer cristalizar su intentona por la fuerza del pueblo expresada en sus organizaciones, en las calles y de mil maneras.

"La victoria del 4 de septiembre reforzó la Unidad Popular con la legitimidad del triunfo, y el resultado electoral ensanchó por sí mismo la base política que sustentaba al Presidente Fflecto, tal como lo previó la direc-

ción política popular. La fuerza de la legalidad, usada hasta entonces para combatir al movimiento popular, se puso, en ese momento, de parte del pueblo. La posibilidad teórica de atar las manos del enemigo sobre la base de acumular una fuerza potencial de tal magnitud que bastan su presencia y la *evidencia pública de su decisión de lucha* para ahogar la resistencia reaccionaria, se concretó en Chile.

"Estos hechos confirman ciertamente que las clases reaccionarias no abandonan el poder si no se las expulsa de él, pero, al mismo tiempo, constituyen un mentís a las concepciones dogmáticas sobre la violencia revolucionaria, las que asimilan la expresión de esa violencia principal o exclusivamente a las formas de violencia armada ("el poder nace del fusil"), colocando en segundo plano la fuerza de masas, y con ello el trabajo y la lucha de masas, para pasar primero y a veces único plano el trabajo conspirativo. La experiencia vivida hasta hoy por el movimiento popular demuestra lo incorrecto que es diseñar una política viviendo a la espera del *enfrentamiento*, conociendo por tal única y exclusivamente el choque armado. Con ello en la situación presente se oculta el hecho cierto de que el enfrentamiento está en curso y se sobrevaloran las posibilidades del enemigo (y se facilitan sus afanes) de reunir fuerzas suficientes para llevar a cabo en el terreno armado la lucha contra el gobierno popular que, poca duda cabe, es el terreno que hoy prefieren."¹

¹Jorge Insunza: "Nuevos problemas tácticos", revista "Principio" N.º 138.

Lo que está claro es que la suerte de la revolución chilena no depende de un futuro mágico, sino que se está definiendo en el enfrentamiento diario. Cada punto del Programa que se materializa implica un triunfo de enorme importancia en contra de los enemigos de clase. El choque frontal en cierto modo está en pleno desarrollo y en él los golpes más contundentes los ha dado el pueblo, nacionalizando el cobre, la banca privada, el carbón, el acero, el salitre, los principales monopolios y expropiando buena parte del latifundio este año, para erradicarlo definitivamente en el año próximo. En esta que es una guerra de clases, y una guerra larga, el arma más decisiva con que cuenta el pueblo es su gobierno. Consolidarlo y ampliar su base de sustentación rodeándolo de un mayor respaldo de masas, y usarlo para cumplir integralmente el Programa, pues con ello se golpea a los enemigos principales y aumentan las posibilidades de aislarlos, en ello radica la garantía de la victoria definitiva, la consolidación del proceso revolucionario.

Es por ello que los comunistas plantean que no hay tarea más revolucionaria en esta hora que asegurar el éxito del Gobierno Popular que preside el compañero Allende. Para cumplir esta tarea se requieren, entre otras cosas, una gran disciplina de clase y una gran disciplina social. Es en este punto donde se expresa una vez más el daño que producen los grupos de ultraizquierda, y su marcada tendencia al oportunismo. Desde el momento mismo en que asumiera la Unidad Popular el gobierno, y precisamente aprovechando que una de sus primeras medidas fue la disolución del odioso Grupo Móvil y el anuncio de que se terminaba la represión en contra del pueblo, el MIR organizó una serie de "tomas" de predios agrícolas, terrenos, departamentos, pequeñas industrias, e instigó, al igual que la Democracia Cristiana, la realización de huelgas por beneficios económicos que excedían al reajuste legal fijado por el gobierno en un promedio superior al alza del costo de la vida. (En

el caso de los predios, se buscaron algunos pertenecientes a oficiales de las Fuerzas Armadas.)

Junto a la naturaleza provocadora de muchas de estas acciones, se advierte su contenido oportunista. Los comunistas organizaron tomas de terrenos en muchas oportunidades, durante los gobiernos burgueses. Correspondían, en general, a una forma de lucha que surgía del seno mismo del pueblo y expresaba sus necesidades. En esas condiciones, dada la fuerza del aparato represivo y el odio de clase con que era usado, la organización de estas acciones no era un juego de niños. Hoy es diferente. Las tomas no implican riesgos mayores y lo realmente difícil en las actuales condiciones, en atención a la nueva situación política que vive el país, es precisamente cruzarse en el camino de muchas de estas acciones dirigidas por la propia derecha, orientadas a crear confusión, restarle aliados al movimiento popular, disminuir la autoridad del Gobierno del Pueblo, empujar el caos.

Y esta dificultad radica fundamentalmente en el hecho de que no todo el pueblo entiende a cabalidad que "los intereses de los trabajadores y de las masas populares en general ya no dependen tan sólo ni tanto del éxito de tales o cuales luchas reivindicativas, sino de la suerte que corra el gobierno de la Unidad Popular, del cumplimiento de sus objetivos programáticos. Lo fundamental pasa a ser ahora participar activamente en las realizaciones del gobierno."¹

El MIR hace esfuerzos hoy por ganar algunas posiciones en los sectores de trabajadores empujando precisamente las luchas reivindicativas y afirmando, como lo hizo el dirigente Nelson Gutiérrez en su discurso de la Universidad de Concepción, que lo fundamental pasaba a ser hoy la lucha económica, y que ésta tenía ahora un carácter de clase. Es del abecé del marxismo la comprensión de que las luchas eco-

nómicas tienen *siempre* un carácter de clase, pues la lucha de clases se expresa tanto en el terreno económico como en el político y en el ideológico. Lo que hay que decir hoy *no* es que las luchas económicas han alcanzado un sentido de clase, *sino que la lucha de clases tiene hoy un carácter eminentemente político, está planteada en torno al éxito o el fracaso del Gobierno Popular, y por eso la principal tarea política de la clase obrera es asegurar su éxito y su consolidación.*.....

De todo esto se desprende que la lucha contra las posiciones oportunistas de "izquierda", el combate ideológico y político en contra de esa enfermedad del movimiento revolucionario que es el ultraizquierdismo, debe sostenerse hoy con tanta o mayor fuerza que antes, no sólo porque los hechos demostraron de parte de quién estaba la razón, sino porque lo que se arriesga hoy es enormemente más grande de lo que se arriesgaba ayer, es la cristalización exitosa de la lucha de muchos trabajadores, a lo largo de varias generaciones, es un triunfo que no nos pertenece de manera exclusiva, pues se ha logrado aprendiendo de la experiencia de todo el movimiento revolucionario mundial, y tanto su éxito como su fracaso influirían en el éxito o fracaso de otros destacamentos del movimiento revolucionario y antiimperialista.

Esta no es por cierto una lucha contra personas, ni siquiera contra organizaciones; es una lucha de principios en contra de posiciones políticas que hacen daño a la revolución. Aquellos que aprendan la lección que dicta la propia experiencia; aquellos que superen prejuicios anticomunistas que son obra y gracia de la política del imperialismo y que se afincan en la composición de clase de los movimientos que los hacen suyos; aquellos que estén dispuestos a la autocritica propia de los revolucionarios, deben sumar su disposición revolucionaria al torrente caudaloso de la lucha antiimperialista y antioligárquica que se libra con éxito en nuestro país y que abrirá las puertas del futuro socialista.

¹Luis Corvalán: Informe al Pleno de Nov. de 1970.

¿FRENTE REVOLUCIONARIO O UNIDAD POPULAR?

Para llegar a la conquista del poder hay un solo camino general: el de la unidad, la organización, la lucha y el desarrollo de la conciencia política del proletariado y de las más amplias masas populares, había planteado el PC en su XIII Congreso.

Y, como se ha señalado, durante el Gobierno de Frei el pueblo chileno había logrado avanzar un trecho muy grande por este camino. Se habían alcanzado niveles muy altos de organización y de lucha y, como producto de esto, se advertía un importante desarrollo de la conciencia política de las masas.

En el terreno de las luchas reivindicativas y en una serie de iniciativas políticas la clase obrera se había transformado de hecho en un centro aglutinante de los combates del pueblo. No había movimiento de los estudiantes, de los empleados o de otros sectores de las capas medias, que no solicitara la solidaridad de la Central Unica de Trabajadores, y que no la recibiera con decisión. La unidad del pueblo se iba plasmando en mil combates y era notoria una tendencia a la radicalización en sectores no proletarios.

Todo esto hacía necesario que se encarara de una manera nueva y abierta la cuestión de las alianzas políticas del proletariado con los sectores de la pequeña burguesía; que la acción conjunta en la lucha reivindicativa tuviera también una expresión política en el entendimiento entre los partidos de mayor influencia en el proletariado y aquellas colectividades o corrientes que se mostraban permeables a esta tendencia de las capas medias a radicalizarse.

Lo que ocurría era que se estaba desarrollando con fuerza en la vida misma, en el terreno de las luchas sociales y políticas, aquello que planteara el Partido en su XIII Congreso en orden a "ir abriendo paso a la unidad de acción de todas las fuerzas popu-

lares y progresistas que están en la oposición o en el gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias que hay en el gobierno y en la oposición. En otros términos, es factible avanzar sobre el terreno de la unidad de acción del FRAP, del PADENA y de los radicales y demócratacristianos antiderrechistas, en contra del imperialismo y de la oligarquía, en contra del sector más reaccionario, compuesto por conservadores, liberales, radicales y demócratacristianos de derecha".

Se hacía, por lo tanto, necesario plantear a esa altura del desarrollo de los acontecimientos la concreción de un frente político más amplio que el FRAP de modo tal que interpretara esta tendencia al acercamiento de fuerzas no marxistas a los Partidos Comunista y Socialista. La materialización de un frente de esta naturaleza era necesaria para enfrentar cualquier situación, y, por cierto, también las elecciones presidenciales próximas. No estaba concebido, sin embargo, como una alianza puramente electoral, sobre todo teniendo en cuenta que la agudización del enfrentamiento de clases y las permanentes maniobras golpistas de la reacción le planteaban a la clase obrera la necesidad de *conquistar*, mediante la lucha y la vigilancia, la posibilidad de usar tales elecciones como una covuntura de la que se podía sacar partido.

En las elecciones municipales del 67 se produjo un desplazamiento de fuerzas en favor de comunistas y socialistas. El Partido Comunista obtuvo 354.000 sufragios y el Partido Socialista 322.000, ganando en conjunto 120.000 electores que votaban por la DC. Comunistas y socialistas reunieron el 30% de la votación total del país. El Partido Demócrata Cristiano, que tenía el 42% del electorado nacional, bajó al 36%. El crecimiento electoral de socialistas y comunistas y la baja de la DC eran expresión del comienzo de un nuevo cuadro político, máxime si el Partido Radical, que obtuvo el 16% de los sufragios, era sacudido por un pujante movimiento interno que re-

clamaba el entendimiento con los partidos del FRAP. El líder de la corriente que preconizaba tal entendimiento, Alberto Baltra, sostenía que “los intereses objetivos del proletariado y de los sectores medios son semejantes”, que “el mundo marcha inevitablemente hacia el socialismo”, que “es perfectamente concebible una alternativa viable lo suficientemente socializada como para permitir una planificación eficaz, preparar el cambio del sistema capitalista, extirpar los monopolios, debilitar la influencia imperialista y facilitar la acumulación y movilización de los cuantiosos recursos que se necesitan para acrecentar la capitalización nacional y, por ende, el ritmo de desarrollo de Chile”, y sobre la base de estas consideraciones se pronunciaba por “las acciones comunes entre el radicalismo y las otras fuerzas de izquierda”.

Luis Corvalán señalaba entonces que:

“Ciertamente, las concepciones socialistas de esos radicales difieren, en aspectos importantes, de las que tienen socialistas y comunistas. Pero lo que más cuenta en este caso es la tendencia al entendimiento con el FRAP de parte de nuevos sectores pequeñoburgueses que aceptan la perspectiva del socialismo. El rasgo más sobresaliente de la situación chilena es el profundo deseo de cambios. Gracias a la acción de comunistas y socialistas el pueblo ha llegado a comprender que la vieja estructura económica debe modificarse substancialmente.

”Más allá de la alianza socialista-comunista existen todavía vastos sectores de la pequeña burguesía, y también del proletariado, que tienden a posiciones revolucionarias sin asumirlas aún plenamente. Dichos sectores se hallan tanto en el Partido Radical como en la Democracia Cristiana o giran en torno a esas colectividades.”

Las corrientes partidarias de un viraje hacia la izquierda que pugnaban en el interior del Partido Radical y del Partido Demócrata Cristiano tenían mayores posibilidades de ganar la dirección de esos partidos si se advertía de parte de comunistas y socialistas una disposición al entendimiento y la acción conjunta. El Partido Comunista acentuó entonces sus llamados al entendimiento de todas las fuerzas de izquierda, y en una elección complementaria a senador por las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín, apoyó la candidatura del radical Alberto Baltra, líder de la corriente de izquierda que en junio del 67 había logrado ganar la Convención Radical, acentuando con ello la tendencia a que se creara una situación política nueva, más favorable para los intereses populares.

El Partido Socialista, no obstante, se pronunciaba categóricamente en contra de un entendimiento con el PR y con los sectores avanzados de la DC. El Congreso de Chillán, realizado a fines de noviembre del 67, en vísperas de esa elección complementaria, aprobó una resolución en la que se señalaba:

“El Congreso General del Partido Socialista estima que el desenlace de la próxima elección extraordinaria por Bío-Bío, Malleco y Cautín no contribuye en manera alguna a la solución de los problemas que afectan al pueblo chileno y piensa que los intentos que, a pretexto suyo, se están realizando para resucitar una combinación política radical-socialista-comunista son profundamente perjudiciales para el desarrollo y maduración de la izquierda chilena.

”La incorporación del Partido Radical al frente político que hasta ahora dirige el Frente de Acción Popular, lejos de fortalecer a la izquierda, la debilita extraordinariamente, engendrando y robusteciendo en ella toda suerte de ilusiones electoralistas que la experiencia ha

demostrado absolutamente inconducentes para desencadenar un proceso revolucionario dirigido a la toma del poder, máxime cuando las elecciones se realizan con el fin principal de conseguir el mayor número de votos, aspiración que es contradictoria con el propósito de fortalecer orgánica, ideológica y políticamente el movimiento popular.

”Estos intentos de incorporar al radicalismo al seno de la izquierda significan asegurar, artificialmente, la supervivencia de un partido caduco, que no expresa social ni ideológicamente a ninguna fuerza progresiva y que aspira a subsistir como factor político mediante desplazamientos oportunistas en el dispositivo político nacional, que le permiten poner precio a su menguante poderío parlamentario y electoral, como lo ha demostrado, hasta la saciedad, la experiencia política de los últimos veinte años. Recuérdese la Concentración Nacional, durante la Administración de González Videla, su cooperación interesada al Gobierno de Alessandri y el papel que jugó en las elecciones de 1964 la candidatura radical. ”Es la descomposición de los Partidos Radical y Demócrata Cristiano, y no su artificial supervivencia, el objetivo que busca la izquierda revolucionaria como uno de los medios más adecuados para ir definiendo el campo político chileno. Y quienes estamos interesados en provocar este esclarecimiento no podemos otorgar al radicalismo “patente de corso” para que, so pretexto de una presunta posición izquierdista, alimente en el seno de la izquierda ilusiones reformistas y electorales que, felizmente, estamos logrando superar.”

El Congreso de Chillán señaló además que “la vía pacífica no lleva a la revolución ni al estado obrero

campesino”, y que “las formas pacíficas y electorales de lucha sólo podían ser aceptadas como instrumentos limitados de acción, incorporadas al proceso político que nos lleva a la lucha armada”.

Esto significaba que las diferencias entre comunistas y socialistas en torno al camino para abrir paso a la revolución chilena llegaban a un punto máximo de acentuación.

A partir de ese momento y hasta mediados del 69, dos líneas encontradas pugnarán por imponerse y conducir todo el proceso hacia lo que cada cual estimaba que era la salida revolucionaria para la grave situación por la que atravesaba el país: la línea del frente revolucionario, propiciada por el Partido Socialista, y la línea de la Unidad Popular, levantada por el Partido Comunista.

Entretanto, aprovechando las vacilaciones, inconsecuencias y conciliaciones de la DC con los sectores más reaccionarios, la derecha chilena retomaba posiciones, pasaba a la ofensiva, y capitalizaba parte importante del descontento que generaba el Gobierno de Frei, debiéndose esto en buena parte al hecho de que las serias discrepancias entre socialistas y comunistas parecían debilitar la posibilidad de una alternativa de reemplazo de corte revolucionario.

LA TESIS DE LA UNIDAD POPULAR

El Partido Comunista enfrentó las elecciones parlamentarias de marzo del 69 bajo el lema “Unidad Popular para un Gobierno Popular”, y en el mes de diciembre del 68, durante la campaña electoral, lanzó un Manifiesto al Pueblo, en el que expresaba:

“Chile necesita un gobierno popular antiimperialista y antioligárquico, que tenga el apoyo de la mayoría nacional, constituido por todos los partidos y corrientes que coincidan en un programa de transformaciones revolucionarias. En él deben estar los obreros, los campesinos, los empleados, las mujeres, los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, no sólo a través de los partidos que los interpretan, sino también mediante representantes de sus organizaciones de masas en las instituciones y escalones correspondientes de la administración del Estado.

“Nos pronunciamos, pues, por un gobierno popular pluripartidista, amplio, fuerte, revolucionario, realizador, que le asegure al país estabilidad democrática y acelerado progreso social, económico, y político, y le dé al pueblo plena libertad.

“Un gobierno popular que reúna en su seno a la mayoría nacional será capaz de vencer los obstáculos internos y externos que se oponen a las transformaciones, dará lugar al despliegue de todas las fuerzas revolucionarias que existen en la sociedad chilena y abrirá el camino hacia el socialismo. En las condiciones de nuestro país, cuanto más amplio sea este gobierno, más firme, revolucionario y operante también lo será.”

En el informe al Pleno de abril del 69 Luis Corvalán insistió en los conceptos contenidos en el Manifiesto al Pueblo, agregando a ellos la determinación del Partido de no patrocinar ninguna candidatura para las elecciones presidenciales de 1970 mientras no se produjera la unión de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas necesarias para triunfar y aclarando que los comunistas se reservaban el derecho a proclamar un candidato propio en el caso de que la unidad no prosperara.

“Pero declaramos solemnemente que haremos lo posible por el entendimiento de todas las fuerzas populares, para cuyo caso estamos dispuestos a apovar un candidato común, no de nuestras filas, si ello contribuye a crear una perspectiva real de victoria popular.”

Poco tiempo después de las elecciones parlamentarias de marzo del 69 el sector de izquierda de la DC rompe con su partido y nace el Movimiento de Acción Popular Unitario, MAPU. El nacimiento de este nuevo sector de la izquierda chilena enriquecía el frente con valiosos cuadros revolucionarios de formación cristiana que habían demostrado, aun en el seno del PDC, una gran consecuencia con su vocación popular, cristiana e izquierdista.

En las páginas siguientes, extraídas de la Convocatoria al XIV Congreso del PC, se expone de manera completa la tesis de la Unidad Popular. Esta convocatoria fue entregada al Partido a comienzos de septiembre de 1969.

LO DECISIVO ES LA UNIDAD POPULAR

La clave para resolver la cuestión del poder en favor del pueblo es la construcción de la unidad popular. La actitud respecto a este problema se va convirtiendo en la piedra de toque para abrirles o cerrarles camino al proletariado y al pueblo.

La unidad se forja, ante todo, en el crisol de la lucha de masas, a través de la acción común de todas las fuerzas populares en el combate por las reivindicaciones de los trabajadores y las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas.

Las fuerzas motrices de la revolución son el proletariado, los campesinos, los estudiantes y vastos sectores de la pequeña burguesía y de la intelectualidad. Más allá de estas fuerzas motrices hay además posibilidad de encontrar aliados, incluso en determinados medios de la burguesía no monopolista. Las posiciones de cada cual se definen, en lo fundamental, según su actitud frente a los cambios sociales de carácter antimonopolista y antioligárquico.

Los intereses de estas clases y capas sociales tienen su expresión política en los partidos Comunista, Socialista, Radical, Socialista Popular y Social Demócrata, en los movimientos MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y API (Acción Popular Independiente) y cuantos se definen realmente por una política de cambios. Nos pronunciamos categóricamente por una amplia política de unidad que abarca a todos los partidos y corrientes mencionados.

Quiérase o no, mantener la dispersión entre las fuerzas populares favorece los designios del imperialismo y de la oligarquía. El dilema es tajante: o se construye la unidad para cambiar la situación o los reaccionarios aprovecharán en su favor las escisiones que presenten las fuerzas populares. El reagrupamiento de las fuerzas populares requiere la acción conjunta de los diversos partidos que representan a los sectores progresistas de la sociedad chilena, sin exclusiones injustificadas o prejuicios y mirando más al presente y al porvenir que al pasado, pero sobre la base de convenir en una política antiimperialista y antioligárquica definida, no sólo en las declaraciones sino en la acción cotidiana. Tal reagrupamiento abre realmente camino a la revolución, y, por lo tanto, tiende a constituir un frente que es verdaderamente revolucionario. A la inversa, toda concepción estrecha en materia de alianzas no conduce a la revolución, cualesquiera que sean las etiquetas que se le coloquen. En los últimos años, nuevos sectores sociales y políticos se pronuncian por el socialismo. Aunque podá-

mos discrepar en una u otra de sus formulaciones, estimamos muy positivos estos planteamientos, pues los problemas del pueblo y del país sólo podrán tener una solución plena con la construcción del socialismo. Además la simpatía y la adhesión multitudinarias en nuestro país a las ideas del socialismo favorecen la posibilidad de que el proceso revolucionario chileno siga avanzando y pase más rápidamente de las tareas concretas de hoy a la construcción de la sociedad sin clases del futuro.

Un fenómeno auspicioso para la unidad popular ha sido el surgimiento de corrientes avanzadas en el propio seno de las iglesias cristianas, especialmente en las filas de los católicos. Lo nuevo en este sentido es que no sólo algunos individualmente sino masas de creyentes encuentran en sus propios sentimientos religiosos inspiración para adherir a las filas de la revolución y rechazar los compromisos que las jerarquías eclesiásticas mantuvieron y mantienen con el status vigente. Se trata de fuerzas que están planteando su desacuerdo en forma cada vez más activa con el régimen imperante, que buscan formas de organización propias y que se orientan a una vinculación cada vez más estrecha con el movimiento obrero. En los últimos años ha tenido lugar en Chile una rica intensificación del diálogo entre cristianos y marxistas en torno a las cuestiones decisivas de nuestra época. Con ello se ha enriquecido la visión de unos y otros y se ha logrado conmover a vastas masas de creyentes.

La unidad que concebimos los comunistas no tiene como objetivo buscar combinaciones para enfrentar mancomunados los próximos eventos electorales, aunque debe comprender la obligación de actuar unidos también en tales combates. Su objetivo no es otro que abrir paso a la revolución chilena, y tiene vigencia, por lo tanto, haya o no haya elecciones de por medio y fuera y dentro del marco de las lides electorales. En otros términos, tenemos en cuenta los diversos frentes en que se da la batalla y la posibilidad

de que los acontecimientos cambien la situación y lleven por otras vías el proceso de la revolución chilena.

El Partido Comunista es consciente de lo que significa como factor de unidad popular, entre otras razones por la amplitud de su política y por la firmeza de clase con que la plantea. Declara que mantendrá resueltamente esta actitud, sin inclinarse a fórmulas excluyentes de uno o de otro sector.

Reiteramos como piedra angular de nuestra política unitaria el entendimiento fraternal con el Partido Socialista, basado en la lucha común por las reivindicaciones de los trabajadores y contra el imperialismo y las oligarquías, y en el respeto mutuo a la independencia de ambas colectividades. Este entendimiento no es concebible como algo accidental, sino permanente, y prestar más atención a su mantenimiento y desarrollo es un deber tanto de socialistas como de comunistas. Pese a las diferencias y dificultades que existen o surgen en las relaciones entre socialistas y comunistas, el entendimiento entre nosotros es un hecho real. Se expresa en la lucha antiimperialista, en la solidaridad internacional, en la oposición al gobierno, en los combates reivindicativos de la clase obrera y de los campesinos y pobladores y en muchos otros campos de acción. Por la influencia de ambos partidos en el proletariado y por el objetivo común del socialismo, esta unidad tiene una sólida base real para desarrollarse.

LA UNIDAD Y LA LUCHA EN EL SENO DEL PUEBLO

En el curso de las acciones por los cambios revolucionarios se producen alianzas entre fuerzas so-

ciales y políticas que, en una u otra medida, coinciden con los objetivos planteados en este período histórico. En el frente unitario, por lo tanto, son y serán siempre inseparables los conceptos de unidad y lucha, porque el movimiento reúne fuerzas políticas y sociales diferentes, entre las que subsisten contradicciones internas. Los comunistas no desconocemos ni desestimamos las dificultades y peligros que surgen de esta situación. No encubrimos los antagonismos de clase que hay en el seno del pueblo. Por ello precisamente reivindicamos una completa independencia de clase del Partido como representante del proletariado, combatimos sin tregua por desarrollar el papel de vanguardia de la clase obrera en el proceso revolucionario y por unir a esta clase en la forma más estrecha a las otras fuerzas más consecuentes en el seno de la alianza popular. El combate por la unidad presupone la lucha de la clase obrera por sus reivindicaciones tanto económicas como sociales y políticas. Incluso contra la burguesía que tiene contradicciones con el imperialismo y que sólo podrá enfrentarlo si se le hace imposible descargar su propia crisis sobre las espaldas de la clase obrera y de los demás sectores de trabajadores, como lo pretende constantemente.

En la lucha por consolidar la unidad popular han surgido y surgen concepciones ideológicas equivocadas que perjudican su desarrollo.

Algunos hablan de un antagonismo entre la anchura de la unidad y la profundidad de los objetivos que se proponga cumplir. Este antagonismo es más artificial que real. El peso que la clase obrera tiene en la política del país y la lucha constante de los sectores más avanzados para imprimirle un rumbo consecuente al movimiento, pueden garantizar que profundidad y anchura no sean términos antagónicos, sino características complementarias de un proceso auténticamente revolucionario.

Es un hecho objetivo que más allá del FRAP existen otros importantes sectores antiimperialistas y

antiligárquicos. Hay quienes dicen que tales fuerzas, para formar parte del movimiento popular, deben venir hacia el FRAP incondicionalmente y sólo por un camino, el de romper las estructuras partidarias. Esto es subjetivismo. Cada cual debe caminar con sus propios pies. En el caso de la Democracia Cristiana, un sector de izquierda rompió con ese partido, mientras que en el Partido Radical las aguas se decantan de otra manera, sobre la base de la depuración de ese partido de los elementos reaccionarios. Los comunistas creemos que lo importante son las definiciones en la práctica, cualesquiera que sean las formas en que se produzcan.

Otros plantean también una contradicción entre la unidad de los sectores sociales susceptibles de enfrentar a los enemigos fundamentales del progreso de Chile y los acuerdos con los partidos políticos con los cuales esos sectores se identifican ideológicamente, o sea, entre la unidad por la base y los acuerdos entre partidos. Para resolver adecuadamente este problema tenemos el deber de considerar las particularidades concretas del país; por ejemplo, que en Chile hay una arraigada tradición de partidos y que muchos de éstos se afincan en el pluriclasicismo. Las masas populares están objetivamente influidas por corrientes políticas e ideológicas que no representan por entero sus intereses de clase. No son un terreno virgen sobre el cual no haya dejado huellas el desarrollo histórico de las ideas políticas. Esta circunstancia reafirma la necesidad de luchar, a la vez, tanto por la unidad por la base en las organizaciones sociales —sindicatos, juntas de vecinos, centros de madres, federaciones de estudiantes, etc.— como por la unidad en el vértice, teniendo en cuenta que las estructuras políticas existentes tienen peso real del que no podemos prescindir.

Es necesario distinguir entre los errores que acerca de la concepción de la unidad se pueden producir en el campo de la revolución y la actividad de los grupos sectarios y anticomunistas, de los seudorevolu-

cionarios que propician la división del movimiento popular haciéndoles así el juego a la reacción y al imperialismo. Con tales grupos no caben entendimientos ni concesiones aunque en su seno haya gente sana que, sometida a la práctica y a la crítica de sus concepciones erróneas, puede evolucionar a posiciones correctas.

LA TESIS DEL FRENTE REVOLUCIONARIO

El profesor socialista Julio César Jobet sintetiza de la siguiente manera las resoluciones del Congreso de Chillán:

“El PS, de acuerdo con las resoluciones de su Congreso de Chillán, no aceptaba la movilización política a base de la “alianza de las más amplias fuerzas antiimperialistas” concretada en la consigna de la “Unidad Popular” (conjunción de partidos obreros y partidos demoburgueses), porque junto con liquidar el FRAP pretendía crear un nuevo organismo que no enfrentaría de manera real, eficaz y combativa al poderoso enemigo imperialista, dado que los sectores demoburgueses se encuentran vinculados al imperialismo y son los administradores de su penetración. La posición socialista planteaba la acción antiimperialista a través de la lucha de clases. El enemigo inmediato de la liberación nacional, en América Latina, es la burguesía de cada país, aliada al imperialismo y partícipe del sistema de explotación. La brega contra la burguesía dominante lleva implícita la confrontación con

el imperialismo. La lucha antiimperialista independiente, desligada de la pugna de clases como si fuera distinta del ataque a la burguesía nativa, conduce a una política reformista. La lucha de clases y la lucha antiimperialista son insolubles. Entonces, la batalla política e ideológica del presente exige dirigir las fuerzas simultáneamente contra el enemigo imperialista colonialista y contra el enemigo de clase interno, la burguesía criolla. Por eso una posición decidida del PS debía tender a romper el marasmo de la actividad de los partidos populares a causa de su línea concordante con las de las agrupaciones centristas. Solo actuaban en un plano económico, con un mínimo de contenido ideológico, absorbidos por preocupaciones de tipo sindical y reivindicativo, circunscribiendo sus luchas a obtener los reajustes y las conquistas sociales, con una fuerte desviación parlamentarista y electoralista. Por otro lado, como consecuencia de ese carácter, las huelgas no eran abiertas confrontaciones de clases, entre trabajadores y empresarios, sino conflictos para resolverse a nivel político. Y las ventajas conseguidas se traducían en alzas de precios y no en la reducción de las utilidades patronales. La CUI era únicamente un reflejo de la actividad economicista y reformista de los partidos populares.

"El PS al asumir una posición revolucionaria orientadora tenía que sacudirse, también, de su apego a las acciones electorales y de su excesivo respeto al Parlamento y, por el contrario, debía cuestionar todas las instituciones del régimen demoburgués. Tal fue el criterio casi unánime en el Congreso de Chillán, traducido en forma clara y precisa en sus diversas tesis aprobadas. Sus principales dirigentes insistían en una posición revolucionaria definida, y en

su criterio la lucha política en Chile no estaba planteada entre reaccionarios y reformistas; la pugna fundamental era entre los reformistas y los revolucionarios."

Más adelante el profesor Jobet señala:

"Con el fin de enfocar la situación creada con posterioridad a las elecciones de marzo, el PS convocó a un Pleno Nacional. Se verificó los días 11-13 de junio de 1969. Se sucedieron acalorados debates y en ellos intervinieron con abierta franqueza sus más altos dirigentes. Carlos Altamirano fue el más brillante expositor de una posición socialista genuinamente revolucionaria, y Salvador Allende el más diestro y realista argumentador en favor de una nueva política popular, de amplia alianza de acuerdo con las condiciones sociales y políticas del país en esos instantes. Su actitud tuvo una sorprendente coincidencia con la manifestada por Jacques Chonchol en su intervención de saludo al Pleno, en representación del MAPU. "En definitiva, el Pleno Nacional manifestó que no habría solución para los problemas chilenos mientras no se sustituyera el sistema capitalista por un nuevo poder popular revolucionario, que iniciara la transformación del socialismo para Chile. A juicio de los socialistas, las fuerzas que estaban por el cambio real y la substitución del sistema imperante debían integrar un amplio Frente Revolucionario, en el cual tendrían cabida todos quienes deseaban la liberación nacional y social de nuestro pueblo, definiéndose por una clara actitud anticapitalista y antiimperialista, a fin de conquistar el poder e iniciar el camino del socialismo. Textualmente proclamó: "Tienen cabida en este agrupamiento (el Frente Revolu-

cionario) todos los partidos, organizaciones y personas abiertamente comprometidas en la lucha antimperialista y que están por la sustitución del régimen capitalista por una sociedad socialista. Esta unidad no dependerá tanto de arreglos formales de congresos o de convenciones como de la conducta rupturista frente a la institucionalidad burguesa y del compromiso con las luchas revolucionarias del pueblo chileno.”

Lo que en los hechos se planteaba era que los grupos de avanzada del Partido Radical y de la Democracia Cristiana debían apoyar una candidatura y un gobierno del FRAP, pero sin participar en él, o participando como fuerzas de segundo orden.

Estos planteamientos fueron reiterados por el dirigente socialista Jaime Suárez en su saludo al Pleno de abril del Comité Central del PC. En la intervención de resumen de dicho Pleno, el escritor y miembro de la Comisión Política del PC, Volodia Teitelboim, refiriéndose a esta cuestión, decía:

“Es un hecho que comunistas y socialistas tenemos hoy concepciones distintas respecto de la unidad popular. Según se desprende de la intervención del camarada Suárez, el Partido Socialista propicia un tipo de unidad popular que excluye el entendimiento concreto, el acuerdo específico con otros partidos y corrientes organizadas que están más allá del FRAP, buscando sólo como aliados a aquellos que rompan las estructuras partidarias.

“Francamente creemos que esta concepción limita las posibilidades prácticas de una amplia unidad popular y hace muy difícil, por no decir imposible, una victoria del pueblo.

“Nosotros creemos que, entre otras cosas, comunistas y socialistas debemos considerar aten-

tamente la realidad social y política, -las condiciones concretas en que se presenta la confrontación de estos días, el hecho de que nuestro país se caracteriza por un régimen de partidos de fuerte tradición que no se romperá así como así, y que nos obliga a no desechar alianzas, tanto menos si consideramos los peligros internos y externos.”

Lo que en definitiva estaba cuestionado por la tesis del Frente Revolucionario era la teoría leninista de la política de alianzas del proletariado. Como hemos visto en la primera parte de este trabajo, Lenin señalaba como exigencia obligatoria de un análisis científico de la situación política “la consideración objetiva de todo el conjunto de interacciones de todas las clases de una sociedad concreta, sin excepción alguna, y la consideración objetiva del grado de desarrollo de esa sociedad”, para hacer, sobre esa base, un estudio de las posibilidades *objetivas* de ganar a algunas clases como aliadas del proletariado, neutralizar a otras, y, así, aislar a los enemigos principales. El planteamiento leninista del problema de la revolución es inseparable del concepto de *acumulación de fuerzas* por parte del proletariado revolucionario, y este proceso de acumulación de fuerzas se expresa concretamente en una amplia política de alianzas que haga posible el desplazamiento del poder de las antiguas clases dominantes, pero que no sólo tiene como objetivo dicho planteamiento, sino además la instalación en el poder del nuevo frente para asumir la dirección revolucionaria de la sociedad. A la clase obrera le corresponde de un modo principal la tarea de desplazar del poder a las actuales clases dominantes, pero ésta no es una tarea que la clase obrera pueda cumplir si se encuentra aislada. De ahí la necesidad de buscar y asegurar permanentemente el entendimiento con otras clases o fuerzas sociales que le permitan cumplir tanto con el objetivo de ganar el poder como con el de

avanzar hacia la construcción del socialismo. Esto resulta todavía más claro si se considera que el enemigo de clase actúa precisamente teniendo en cuenta siempre la necesidad de aislar a la clase obrera, haciendo esfuerzos por separarla de sus potenciales aliados.

En nuestro país, por ejemplo, a la política de unidad popular planteada por los comunistas se oponía la política del imperialismo y la reacción, que hacían permanentes y sistemáticos esfuerzos por impedir el entendimiento del Partido Radical y de los sectores avanzados del PDC con los Partidos Comunista y Socialista.

“En el más amplio entendimiento en la lucha de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias, sin excepción, está la clave para generar un gobierno del pueblo.

“El enemigo lo sabe muy bien. De ahí por qué maniobra para impedir la unidad popular. “En este momento el Partido Radical es blanco de sus maquinaciones. Toda la prensa y la radio reaccionarias, bajo la inspiración del agente de la Embajada norteamericana Mr. Keith Ward Wheelock, se empeñan en torcer los rumbos del Partido Radical, en lograr que en su próxima Convención esta colectividad abandone la línea de izquierda que aprobó en la anterior. Y en esto cuentan con un grupo reaccionario que hay dentro del propio radicalismo.”

Siempre es bueno fijarse en los pasos del enemigo, aunque sólo sea para tener la seguridad absoluta de que los nuestros tienen la orientación contraria.

El desarrollo posterior de los acontecimientos, que en definitiva condujo a la formación del frente político de la Unidad Popular, con participación de comu-

nistas, socialistas, radicales, socialdemócratas, el MAPU y el API, es complejo y ha sido recogido en el magnífico libro-reportaje del periodista Eduardo Labarca “Chile al Rojo”.

Queremos aquí consignar que la Unidad Popular fue la gran herramienta para la conquista del gobierno por parte de los sectores progresistas y revolucionarios, precisamente porque resultaba, como concepción política, de la aplicación creadora del leninismo a las condiciones particulares de nuestro país. La raíz leninista de la tesis de la Unidad Popular está presente en el correcto análisis hecho por el PC de la correlación de fuerzas imperante en nuestro país, en la consideración de los intereses objetivos de cada clase o capa que opera en la política chilena, a través de sus respectivos partidos; en el hecho de que una vez más se resolvió la cuestión de las diferencias entre socialistas y comunistas, haciendo primar los intereses de la clase obrera, para cuya unidad y fortalecimiento la unidad de socialistas y comunistas es una condición necesaria; en la forma como se resolvió el problema de la política de aliados de la clase obrera.

Uno de los factores que posibilitaron el acuerdo final fue el hecho de que, si bien no todos los partidos que integraron la Unidad Popular fueron desde un comienzo partidarios de su gestación, en el interior de todos hubo sectores que comprendieron desde un comienzo la conveniencia, más aún, la imperiosa necesidad de producir el entendimiento entre todas las fuerzas de izquierda.

En el caso del Partido Socialista, que fue el que sostuvo la tesis del Frente Revolucionario, no hay que tener en cuenta solamente que su concepción de la unidad era estrecha y no creaba las condiciones necesarias para la victoria sino también el hecho positivo de que sus planteamientos implican además un rechazo a la experiencia de claudicaciones de los partidos socialistas europeos, y de que la firmeza con que ha rechazado entendimientos con fuerzas burguesas ha

sido uno de los factores que han posibilitado una larga y fructífera alianza socialista-comunista. En la política chilena ha gravitado poderosamente la circunstancia de que, a diferencia de lo acontecido en otros lugares, la burguesía no ha podido meter una cuña en la unidad de los dos más grandes partidos populares, y en esto hay, por cierto, un mérito muy grande del Partido Socialista.

EL TACNAZO

En agosto de 1917, cuando crecía el descontento popular hacia el gobierno provisional de Kerensky, el general ultrarreaccionario Kornilov se dirigió hacia Petrogrado con un contingente importante de tropas con el objeto de implantar una dictadura militar. Lenin envía entonces una carta al Comité Central bolchevique entregando su opinión a los camaradas de partido acerca de la forma de actuar frente a tan graves acontecimientos:

“La sublevación de Kornilov representa un viraje de los acontecimientos en extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e i, terriblemente brusco.

”Como todo viraje brusco, exige una revisión y un cambio de táctica. Y como en toda revisión, con ésta hay que ser muy prudente para no caer en una falta de principios.”

Y más adelante agrega:

“Nosotros no debemos apoyar el gobierno de Kerensky *ni siquiera ahora*. Es una falta de principios. Preguntarán: ¿Es posible que no haya que luchar contra Kornilov? ¡Por cierto

que sí! Pero no es lo mismo; hay un límite; y ese límite lo trasponen algunos bolcheviques, cayendo en una posición conciliadora dejándose *arrastrar* por la corriente de los acontecimientos.

”Vamos a combatir y combatimos a Kornilov, como lo hacen las tropas de Kerensky, pero nosotros no apovamos a Kerensky, sino que desenmascaramos su debilidad, ésa es la diferencia. Es una diferencia bastante sutil, pero archiesencial y no se la puede olvidar.

”¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornilov?

”En que cambiamos la forma de nuestra lucha contra Kerensky. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerensky, decimos: hay que *tener en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerensky enseguida; ahora encararemos de otra manera la tarea de luchar contra él, o más precisamente, haciendo ver al pueblo que lucha contra Kornilov la debilidad y las vacilaciones de Kerensky. También antes se hacía esto, pero ahora pasa a ser lo fundamental; en esto consiste el cambio.”

El *viraje* en los acontecimientos consiste en que todos los fuegos que estaban dirigidos contra Kerensky se dirigen ahora directamente contra Kornilov e indirectamente contra Kerensky, en cuanto éste es débil para enfrentar a Kornilov. Los bolcheviques, solos, no estaban en condiciones de detener a Kornilov, y por eso necesitaban *arrastrar* a Kerensky y sus fuerzas a la lucha más decidida para aplastar a Kornilov, aunque el éxito de esa lucha, en la que los bolcheviques hacían el aporte mayor, significaba, por cierto, la mantención de Kerensky en el poder. El *viraje* brusco consistía en que la lucha por derrocar a Kerensky pa-

saba *momentáneamente* a segundo plano, puesto que el objetivo principal de ese momento era aniquilar a Kornilov.

En octubre de 1969, cuando el Gobierno de Frei resistía un poderoso movimiento de los trabajadores en demanda de un reajuste de sueldos no inferior al alza del costo de la vida y cuando a lo largo de todo el país el movimiento popular se disponía a defender con la máxima firmeza, y poniendo en tensión todas sus fuerzas, el derecho de huelga, suprimido en los hechos por un proyecto de reforma constitucional impuesto por Frei, se produce el alzamiento del entonces general Roberto Viaux.

A esa altura del año ya estaba funcionando el Comité Coordinador de los partidos de la Unidad Popular. Pero aún no había un candidato único a la presidencia y no estaba tampoco redactado el programa.

Por otra parte, la derecha estaba a la ofensiva y su candidato Jorge Alessandri aparecía hasta ese momento con la máxima opción en el caso de que no surgiera el candidato único de la izquierda.

En el PDC y en el gobierno pugnaban dos tendencias. El sector tomicista hablaba un lenguaje mucho más reformista que el usado por Frei en el 64, en tanto que el sector más derechista, capitaneado por el propio Frei, buscaba desesperadamente alguna forma de entendimiento con la derecha, ante la inminencia de la designación de un candidato único de las fuerzas populares.

Fue esta inminencia la que empujó a sectores del Partido Nacional de antiguo historial fascista, dirigidos por Onofre Jarpa y Jorge Prat, a considerar la conveniencia de empujar una salida golpista a la situación antes que se concretara el acuerdo en la izquierda. La conciliación de Frei con estos sectores reaccionarios, motivada por su afán de buscar un entendimiento electoral, les permitió a estos sectores

preparar con toda tranquilidad la aventura sediciosa.

Se usaron para este objetivo ciertas exigencias de las Fuerzas Armadas, reivindicaciones de tipo económico y profesional, haciendo lo posible por que tales reivindicaciones condujeran a una salida de corte golpista. Los generales civiles de la sedición (Onofre Jarpa, Jorge Prat, Pedro Ibañez y Mario Amello) hicieron en los días anteriores a la toma del Regimiento Tacna por parte de Viaux y un grupo de oficiales alzados, profusas declaraciones. En ellas se hablaba de una crisis institucional y decretaban la pérdida del derecho del gobierno a ejercer autocracia, con la sentencia: "El respeto de la autoridad se pierde cuando la autoridad deja de ser respetable". La Empresa Periodística El Mercurio sirvió de órgano coordinador de la conspiración, mediante sincronizadas publicaciones en sus diarios de Antofagasta, Valparaíso y Santiago.

El general Viaux, hoy reconocido fascista y coautor confeso del asesinato del general René Schneider, cuidaba en ese entonces su imagen de militar preocupado de los problemas de las Fuerzas Armadas y ajeno a cualquier aventura golpista de la derecha. Incluso las reivindicaciones económicas de las Fuerzas Armadas, que siendo legítimas eran usadas como pretexto para desencadenar el golpe, fueron planteadas en los mismos momentos en que la totalidad de los empleados públicos y gran parte de los obreros industriales presentaban pliegos de peticiones que contenían reivindicaciones semejantes. Esta fue la piel de cordero usada por el lobo golpista. Los grupos sediciosos actuaban sobre un terreno abonado. El mal estar nacional por la incapacidad del gobierno para resolver los problemas de las mayorías hacía cundir el descontento y la desesperación en muy amplios sectores del pueblo. Debido a esta situación en más de algún sector popular, e incluso de la izquierda, Viaux y su movimiento eran mirados con simpatía.

En este contexto, el martes 21 de octubre de

1969 se produce la toma del Regimiento Tacna y se crea una de las situaciones más graves por las que ha atravesado el país en los últimos años.

Parafraseando a Lenin, puede decirse que de inmediato el Partido actúa teniendo en cuenta el *vira-je brusco* de los acontecimientos.

Los comunistas, junto a las demás fuerzas democráticas, llaman a parar el golpe, a centrar todos los fuegos en contra de los sediciosos, desenmascarando a los generales civiles de la aventura fascista, denunciando la conciliación del PDC y de Frei con los enemigos seculares del pueblo.

Ya el día viernes 17 el PC había hecho un llamado al pueblo a mantenerse alerta, y había desenmascarado el carácter reaccionario de la maniobra. La CUT, las Federaciones Campesinas y las organizaciones estudiantiles entregaron pronunciamientos igualmente firmes y movilizadores.

El mismo día 21 de octubre la comisión política del Partido Comunista formuló el siguiente llamamiento:

"Se ha iniciado una acción sediciosa que se orienta a la liquidación de las libertades y garantías democráticas conquistadas por la clase obrera y el pueblo. Este no es un conflicto entre civiles y militares ni entre el gobierno de Frei y la oposición, sino una amenaza contra la patria y contra el derecho del pueblo a abrirse paso a la conquista de un gobierno popular.

"La sedición y el golpe de Estado en marcha han sido posibles por la conciliación del gobierno demócratacristiano con los enemigos seculares de nuestro pueblo.

"Estos con los que se ha conciliado son ahora los que están detrás del alzamiento, los generales civiles del golpe de Estado.

"Lo que pretenden los momios del Partido Nacional, entre ellos antiguos nazis, al promover la sedición, es totalmente opuesto a las legítimas aspiraciones de todos los sectores del pueblo. El golpe de Estado no lleva a la solución de los justos anhelos de los personales de las Fuerzas Armadas.

"Debe ponerse término a la conciliación. Exigimos medidas enérgicas contra la reacción que traiciona a Chile. Llamamos a la movilización de la clase obrera, de los campesinos, de los pobladores, de los estudiantes y de todos los chilenos dispuestos a defender sus derechos.

*La Comisión Política del
Partido Comunista de Chile.*

En las primeras horas de la mañana del día 21, el Consejo Directivo Nacional de la Central Unica de Trabajadores y el Plenario de Federaciones del mismo organismo gremial llamaron a la realización de un Paro Nacional indefinido, con ocupación de las faenas, fabricas, plantas y servicios fundamentales, en respuesta al movimiento sedicioso. Idéntica determinación tomaron las Confederaciones Campesinas y las Federaciones Estudiantiles. La respuesta fue fulminante, demoledora, el país se paralizó como un solo hombre de norte a sur. Entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde, una verdadera lluvia de telegramas y llamadas telefónicas informaban al Consejo Directivo de la CUT del cumplimiento de la resolución en los más diversos lugares del país y de las medidas adicionales de seguridad tomadas por los propios trabajadores. Esta fulminante respuesta fue la que decidió el curso ulterior de los acontecimientos, el aislamiento del foco sedicioso y el aplastamiento del golpe.

Producida la toma del Tacna en la madrugada del día 21, era lógico esperar que a lo largo del día

los demás regimientos decidirían su actitud teniendo en cuenta la magnitud de la respuesta popular al levantamiento. En esas condiciones, cualquier vacilación de parte de los sectores populares hubiese sido fatal. Y tales vacilaciones pudieron producirse y en alguna medida se produjeron dado el gran descontento popular que sobre todo en esos días generaba la política del gobierno, y porque, además, como es lógico, los golpistas no se presentaban ante el país como tales, sino como defensores de las reivindicaciones de las Fuerzas Armadas.

Una vez más el factor de mayor confusión fue la actitud asumida por los sectores de la ultraizquierda. Estos en todo momento negaron el carácter golpista del movimiento, no valoraron el viraje producido en la situación, creyeron a pie juntillas las monsergas de Viaux y miraron incluso con simpatía el movimiento va sea porque "hacía crujir el sistema", como dijera "Punto Final", o porque veían en la actitud de los insubordinados la posibilidad de un "golpe a la peruana".

En "Punto Final" el periodista Manuel Cabieses escribía:

"Algunos sectores comprometidos en la conservación del sistema cayeron de cabeza en la trampa. Se empeñaron en movilizar a las masas contra un hecho que con buena o mala voluntad difícilmente podría describirse como golpe de Estado."

"Si bien nos parece que es excesivo llamar "golpe de Estado" a lo ocurrido el martes 21, el hecho tiene una importancia todavía mayor y más profunda. Es la crisis del sistema que alcanza también a las FF. AA. del mismo modo que al pueblo en general. Para los que tratan de entender sin prejuicios —y la experiencia internacional reciente es aleccionadora— lo que ha sucedido en el Ejército, está claro que se encuentra en desarrollo un

proceso de incalculables proyecciones y que pudiera ser de significativa influencia en la marcha de los sucesos que configurarán una futura salida revolucionaria en nuestro país."

"En los sucesos del pasado 21 de octubre no hubo, por desgracia, de parte de la izquierda en su conjunto una actitud consecuente con esas ideas fundamentales. Salvo la excepción a medias del Partido Socialista, que ya había emitido en fecha reciente un documento analítico del problema económico de las FF. AA. y que esta vez advirtió que su antigolpismo no significaba defender el sistema, la reacción generalizada fue de pánico y de repetición mecánica de esquemas que, si bien teóricamente correctos, no correspondían con exactitud a la realidad que se encaraba."

Los hechos políticos y sociales gustan de hacernos jugarretas, de presentarse camuflados, demostrar en la mayoría de los casos su real naturaleza algún tiempo después de su ocurrencia concreta. Para enfrentar esta situación nada más conveniente que guiarse por cuestiones de principios.

En este caso las consecuencias de un eventual éxito de la aventura sediciosa de Viaux han podido advertirse en toda su gravedad al cabo de un año, cuando el ex general Viaux y sus oficiales más cercanos, ligados a la candidatura de Alessandri primero y luego al movimiento fascista Patria y Libertad, planificaron y llevaron a la práctica el asesinato del General en Jefe del Ejército, René Schneider, como una maniobra que desencadenase el no reconocimiento del triunfo electoral de Salvador Allende por el Congreso Pleno.

Por cierto que eso no podía saberse el día 21 de octubre del 69, pero precisamente por lo mismo es que era aún más necesario encarar el viraje de la situación "con mucha prudencia para no caer en una falta de

principios", como decía Lenin en la carta citada.

En sectores que no tuvieron esta "prudencia" ni esta fidelidad a los principios, el análisis de la cuestión se hizo girar en torno a la pregunta ¿Ha llegado el momento de la caída de Frei?, identificando esa caída con la caída misma del sistema. Lo que había que preguntarse era ¿en qué manos caerá el gobierno de Frei si prospera el golpe?, y la respuesta no dejaba lugar a dudas en el sentido de que caería en manos de quienes no aspiraban precisamente a cambiar el sistema sino a reforzarlo mediante la fuerza de una dictadura fascista. Defender el sistema, entonces, era actuar de manera tal que se facilitara el éxito de los sediciosos, pues la alternativa de sustitución del sistema no era otra que la lucha organizada del pueblo y la concreción de su unidad, como ha quedado suficientemente demostrado después. Por lo demás, no puede ser revolucionaria una alternativa en que no participe decisivamente el pueblo y en la que la clase obrera no tenga una responsabilidad fundamental.

Además, en atención a la mismas enseñanzas de los clásicos del marxismo, había que entender que el rasgo principal del viraje de la situación era que en ese momento la alternativa real que se planteaba no era entre la democracia burguesa y la democracia socialista, sino entre la democracia burguesa y la dictadura burguesa, y en esas condiciones concretas, lo revolucionario era oponerse con todas las fuerzas a la implantación en Chile de tal tipo de dictadura.

En el prólogo a "La Lucha de Clases en Francia", de Carlos Marx, su entrañable amigo y colaborador, Federico Engels, demuestra de qué manera la institucionalidad burguesa proporciona a los revolucionarios buenas posibilidades para luchar contra la dominación de la burguesía y que sería un crimen renunciar a esas posibilidades:

"Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lu-

cha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando con rapidez. Se vio que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar en contra de esas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales industriales, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales."

Y más adelante agrega:

"La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los "elementos subversivos", prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados, con Odilon Barrot: *La légalité nous tue*, la legalidad nos mata, mientras nosotros echamos, con esta legalidad, músculos vigorosos y carrillos colorados y parece que nos ha alcanzado el soplo de la eterna juventud. Y si no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos."

Los sectores más reaccionarios de nuestro país vieron, el día 21 de octubre, llegado el momento de

“romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos”. No lograron su objetivo porque el pueblo se cruzó con singular decisión en el camino de sus aventuras. Los revolucionarios entendieron que el objetivo de la reacción era cerrar el camino del pueblo al poder, y para ello, impedir las elecciones del año siguiente. Lo que defendían los trabajadores no era por cierto el sistema o el gobierno burgués de turno, sino la mantención del camino abierto para la conquista del Gobierno Popular por una vía no armada. Y había que derrotar la maniobra reaccionaria aun cuando algunos afiebrados dedujeran de esta actitud una tendencia a la conciliación con el sistema mismo. Si se entendía por “sistema” la estructura capitalista dependiente del imperialismo, a nadie cabe duda hoy de que no la estamos defendiendo, sino demoliendo. Si se entendía por “sistema” una institucionalidad burguesa con algunos rasgos democráticos conquistados por el propio pueblo en miles de batallas nada de pacíficas, entonces hay que decir que sí, que defendimos esa institucionalidad para que no fuera reemplazada por una aun peor, de tipo fascista, y al hacerlo, ante todo defendimos las conquistas democráticas del pueblo y su derecho a recorrer el camino que lo condujo a la conquista de un Gobierno Popular.

LO QUE LA VIDA HA DEMOSTRADO

A mediados de 1969 se constituyó el Comité Coordinador de la Unidad Popular, a comienzos de diciembre se terminó la redacción del Programa, en enero de 1970 fue proclamada la candidatura presidencial de Salvador Allende, que en la madrugada del 5 de septiembre habló a una inmensa multitud desde los balcones de la FECH como Presidente Electo. El día 3 de noviembre el Congreso Nacional lo proclamó Presidente de Chile. El día 26 de no-

viembre de 1970 Luis Corvalán decía en un mitin en el Teatro Caupolicán:

“La vida ha demostrado la justeza de nuestra política. Teníamos razón al propiciar la unión de todas las fuerzas de izquierda. Estábamos en lo cierto al sostener la posibilidad real de conquistar el gobierno por una vía no armada. No fue precisamente equivocado el enfoque que hicimos del “tacnazo” y de los puntos que calzaba su principal protagonista. Nuestro constante combate ideológico contra las posiciones de derecha y de la ultraizquierda fue elemento sustancial en la lucha por la unidad del pueblo.

“Nuestra línea política no fue siempre comprendida por algunos sectores. Pero lo cierto es que, de no haberse logrado el entendimiento de socialistas y comunistas con los radicales y otras fuerzas de izquierda; de no haberse mantenido una actitud firme contra Viaux, y a no mediar nuestro combate ideológico contra los ultras, no habría habido Unidad Popular ni tendríamos hoy un Gobierno Popular.

“Si hablamos de esto no es por fanfarronería ni por subestimar el papel que jugaron los demás partidos y hombres de la Unidad Popular. Una vez más expresamos nuestro reconocimiento a la contribución de cada uno de ellos. En definitiva, la victoria es el fruto del esfuerzo de todos. Cada aporte resultó indispensable y decisivo. Hablamos, entonces, del rol de nuestro Partido sólo para subrayar su responsabilidad y la necesidad de fortalecerlo cada día más, y para señalar el deber de los comunistas de seguir sosteniendo con firmeza su probada línea política, que es ante todo una línea de amplia y combativa unidad popular.”

APENDICE

EL GOBIERNO POPULAR EN CHILE

Texto del artículo del Secretario General del Partido Comunista de Chile, Luis Corvalán, publicado en "Revista Internacional" N.º 12, de diciembre de 1970.

Tras un largo período de luchas, jalonado de victorias parciales y de reveses transitorios, las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas más consecuentes de Chile han asumido la dirección del país.

La constitución, el 3 de noviembre último, del gobierno presidido por el dirigente socialista Salvador Allende e integrado por todas las colectividades que forman el bloque de la Unidad Popular, abre una nueva etapa en la historia de Chile, representa un cambio trascendental en los rumbos del país. La patria de O'Higgins y de Recabarren toma el camino de las profundas transformaciones revolucionarias, la senda de la liberación nacional y social, de una democracia avanzada y del socialismo.

Al auge que las luchas sociales y de liberación nacional tuvieron en el continente a partir de la Revolución Cubana, sucedió una etapa de ofensiva del imperialismo y de las oligarquías. El garrote se combinó con la mistela. Fueron parte de esta ofensiva la agresión de Bahía Cochinos, el bloqueo a Cuba, los golpes gorilas en Brasil y Argentina, la invasión a Santo Domingo, la ola represiva en Uruguay y otros países y, simultáneamente, la llamada Alianza para el Progreso, la política norteamericana de ayuda y estímulo a ciertos sectores burgueses partidarios de algunas reformas y comprometidos al mismo tiempo a salvaguardar los intereses fundamentales del imperialismo. Pero es rasgo característico de América Latina que las olas reaccionarias pierdan pronto fuerza y los pueblos retomen la iniciativa.

El triunfo del pueblo de Chile se ubica en el contexto de un nuevo ascenso de las fuerzas que luchan en América Latina por la independencia y el progreso. No se trata, pues, de un hecho aislado. El camino progresista que ha emprendido el Perú bajo el gobierno del general Velasco Alvarado, el fracaso del golpe reaccionario en Bolivia y la formación allí de un gobierno que está a la izquierda de su antecesor, las potentes luchas de los trabajadores uruguayos y argentinos por sus derechos económicos y las libertades públicas y la vuelta del Partido Comunista de Venezuela a la legalidad, demuestran, junto a muchos otros hechos y a la victoria popular de Chile, un cambio muy significativo y promisorio en el cuadro de América Latina.

ENTRADA AL CAMINO DEL SOCIALISMO

Los planes que ha puesto en práctica el imperialismo yanqui, dirigidos al aislamiento de Cuba y a cerrarles a los demás pueblos del continente el camino de su liberación, han tenido un contundente fracaso.

La Revolución Cubana representa históricamente el comienzo de la nueva independencia de los países latinoamericanos, el inicio de su entrada al camino del socialismo. Más allá de las dificultades económicas, derivadas principalmente del sabotaje yanqui, la Revolución Cubana se ha consolidado y muestra a los pueblos del hemisferio que la solución verdadera de los problemas que los angustian está en la liberación económica respecto de los monopolios imperialistas, en la plena independencia política de sus países, en el desplazamiento y extensión de las oligarquías, en las transformaciones revolucionarias

que se hallan a la orden del día, y en definitiva, en el socialismo. El suceso chileno reafirma esta tendencia histórica.

Los partidos de izquierda, las fuerzas sociales y políticas más avanzadas de Chile han asumido el gobierno a despecho de los deseos y las maniobras de los imperialistas norteamericanos y de los grupos más reaccionarios de la derecha. En esta ocasión, el imperialismo yanqui no ha podido aplicar una política intervencionista al estilo de la que puso en práctica en Santo Domingo en 1965. Tampoco ha podido, ni es presumible que pueda, sacar las castañas del fuego con manos ajenas. Entre Chile y Perú hubo buenas relaciones durante el gobierno demócratacristiano, y todo indica que serán mejores, más activas y amistosas con el nuevo gobierno que encabeza Salvador Allende. Del mismo modo, en los últimos años fueron buenas las relaciones chileno-bolivianas, a pesar de haberse mantenido suspendidas a nivel diplomático, y tanto los cambios políticos operados en Chile como los que han tenido lugar en Bolivia auguran un mayor entendimiento entre ambas naciones hermanas, incluida la designación de embajadores por los gobiernos de Santiago y La Paz. En cuanto a la Argentina, a pesar de que allí se han escuchado voces que, como la de Isaac Rojas, hablan del peligro de contagio (para impedir lo cual ha sostenido que no es suficiente la cordillera de los Andes), hay que contar con los profundos sentimientos democráticos y amistosos del pueblo. Si éste se movilizó ayer, en forma victoriosa, para impedir que tropas de su país fueran a Corea o a Santo Domingo, es seguro que ahora haría otro tanto ante el primer amago de agresión contra Chile. Lo más probable es que este sentimiento haya tenido en cuenta el Presidente argentino, general Roberto Marcelo Levingston, cuando ha dicho al semanario "Confirmado": "El triunfo de Salvador Allende es un asunto exclusivo de Chile y de los chilenos, y sobre ello sólo tiene incumbencia el pueblo chileno".

ESTADOS UNIDOS DEBE ACEPTAR EL CAMBIO PRODUCIDO

En los propios Estados Unidos han surgido voces sensatas. Diversos políticos y órganos de prensa han declarado que Estados Unidos no puede hacer otra cosa que aceptar el cambio producido en Chile, aunque, como es natural, no sea de su agrado. No pocos piensan que la política de ataque frontal aplicada por EE.UU. respecto de Cuba ha terminado por perjudicarlo mucho más en América Latina. Y por cierto que no pueden dejarse de tomar en cuenta los problemas que enfrenta el imperialismo norteamericano en el Sudeste asiático y en el Medio Oriente, así como el crecimiento de las fuerzas democráticas en los propios Estados Unidos.

El resultado de las elecciones chilenas del 4 de septiembre y la asunción al poder ejecutivo de la coalición triunfadora han sido recibidos con gran interés y alborozo por los pueblos de América Latina. Con este motivo en Uruguay, Venezuela, Argentina y otros países han tenido lugar manifestaciones públicas de masas. En estas mismas naciones y en todo el continente, partidos y hombres de diversas filiaciones democráticas —socialistas, radicales, nacionalistas, demócratacristianos y, naturalmente, comunistas— han saludado como un importante acontecimiento la victoria de Salvador Allende.

Este clima de reconocimiento y solidaridad latinoamericanos, más el hecho de que este triunfo popular se ha logrado por caminos que nadie puede cuestionar de frente y, por cierto, la gravitación de las fuerzas de la democracia y del socialismo en el plano mundial, explican que el imperialismo yanqui y los reaccionarios de toda América Latina no tengan más que aceptar la nueva situación que se ha creado en Chile.

El Gobierno Popular que preside Salvador Allende ha surgido de una vida electoral, que fue la culminación de una activa movilización de las masas y que estuvo precedida de un sinnúmero de grandes y pequeños combates en todos los frentes de la lucha de clases.

En las elecciones, Salvador Allende obtuvo la primera mayoría relativa. De inmediato surgió la tarea de lograr su ratificación por el Congreso Pleno. A este efecto los partidos de la Unidad Popular dieron muestras de firmeza y madurez políticas, de solidez de principios y de flexibilidad táctica. Supieron combinar la movilización activa del pueblo con la búsqueda del acuerdo con la Democracia Cristiana, cuyo candidato, Radomiro Tomic, había levantado un programa en buena parte coincidente con el programa de los partidos de izquierda. De este modo, se propusieron y lograron aislar a los sectores más reaccionarios y derrotar sus maniobras dirigidas a bloquear el acceso del pueblo al gobierno. Hay que reconocer que la Democracia Cristiana dio también una muestra de responsabilidad política. El resultado ha sido la consagración de la victoria de Salvador Allende por fuerzas que representan las tres cuartas partes del Parlamento.

NO EXPORTAR EL MODELO

El “caso chileno” viene a demostrar que los caminos y métodos del proceso revolucionario tienen en cada país sus propias particularidades, y prueba que no es precisamente descabellada la tesis que proclamó el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, y que hizo suya el movimiento

comunista en su Conferencia de 1960, en el sentido de que la clase obrera y demás fuerzas que luchan por el socialismo pueden conquistar el poder y realizar los cambios revolucionarios sin que sea obligatorio recurrir a las armas. Naturalmente, son los revolucionarios de cada país los llamados a opinar acerca de si dicha posibilidad está o no abierta o si puede o no abrirse en su propio escenario, así como descubrir y precisar, en caso afirmativo, las peculiaridades que presente. Por esto mismo, es por completo ajena a los comunistas chilenos la pretensión de propagar su experiencia como un modelo a aplicar en otros países en cuanto a vías y formas del proceso revolucionario.

El triunfo alcanzado no es pequeño. Los partidos de izquierda han conquistado el gobierno, es decir, una parte del poder político, si bien la parte que tiene más atribuciones en la dirección del Estado. Pero la oligarquía sigue siendo fuerte por las posiciones que aún detenta en el Parlamento, en la Judicatura y en los medios de comunicación de masas. Además, junto al imperialismo norteamericano, domina en los centros de poder económico. Esto significa que el pueblo de Chile y su gobierno, por un lado, y el imperialismo y la oligarquía, por el otro, entran a un período de sucesivos enfrentamientos. El gobierno del Presidente Allende ha comenzado a dar sus primeros pasos en cumplimiento de su Programa. La resistencia de los reaccionarios ha surgido de inmediato. Han intentado y seguirán intentando sacar los acontecimientos de lo que podríamos llamar el curso normal. En consecuencia, no está del todo descartada la posibilidad de que, en el futuro, el pueblo se vea obligado a algún tipo de enfrentamiento armado. En relación con esto, la tarea principal de este momento consiste en seguir arriñonando a los enemigos de los cambios, en atarles las manos, en ponerles camisa de fuerza para evitarle al país la guerra civil a que quisieran arrastrarlo.

RESPONDER A CUALQUIER INTENTONA DE SUBVERSIÓN

Como quiera que sea, frente a las acechanzas del futuro, frente a cualquier intento de agresión externa, provenga de donde provenga, se puede afirmar que el pueblo de Chile y las Fuerzas Armadas del país se lanzarán resueltamente al combate en defensa de la soberanía de su patria. El pueblo chileno también sabrá responder ante cualquier intentona de subversión reaccionaria interna.

Sean cuales fueren las vicisitudes de la lucha y el desenlace de los próximos enfrentamientos, el triunfo popular en las elecciones del 4 de septiembre y la constitución del primer gobierno chileno decididamente antiimperialista y antioligárquico, cuya meta es el socialismo, se inscribe en la historia de nuestro tiempo como un importante acontecimiento en el continente latinoamericano.

Al Partido Comunista de Chile le ha correspondido desempeñar un papel relevante en la construcción de la unidad de su pueblo y de la victoria del 4 de septiembre. Elementos decisivos de este triunfo han sido su política de unidad de la clase obrera y del pueblo, su concepción del camino de la revolución chilena, la firmeza y flexibilidad de su táctica, su tenacidad en el trabajo en el seno de las masas.

Particular relieve y significación ha tenido la línea trazada por los últimos dos Congresos Nacionales del Partido Comunista, dirigida a consolidar y afianzar el entendimiento socialista-comunista y a lograr en la lucha una más amplia unidad popular, a unir, en las condiciones del régimen democratacristiano, a "todas las fuerzas progresistas, tanto de la oposición como del gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias del gobierno y de la oposición".

En esta lucha el Partido y las Juventudes Co-

munistas han tenido que hacer frente a los enemigos abiertos y encubiertos, a los reaccionarios declarados y a los que se encubren con un ropaje ultraizquierdista. Estos últimos propagaron la consigna de "fusil en vez de votos" y se prodigaron en toda clase de dicerios contra los comunistas. "Apoltronados", "reformistas", "conservadores", "tradicionalistas", "aburguesados", "apegados a los sillones parlamentarios", "defensores del status", son sólo algunos de los calificativos que recibieron los dirigentes y militantes del Partido. El seudomarxista norteamericano Miles Wolpin y otros "izquierdistas" del continente se empeñaron en demostrar la imposibilidad de que la izquierda chilena ganara las elecciones presidenciales. Pero todo resultó inútil. El Partido y las Juventudes Comunistas, plenamente convencidos de la justeza de su línea, se mantuvieron siempre firmes y activos, cohesionados como un solo hombre.

TODOS LOS PARTIDOS DIERON SU CONTRIBUCION VALIOSA

Hay que decir, no obstante, que la victoria alcanzada no es ni podía ser el fruto exclusivo de la política y del esfuerzo del Partido Comunista ni de ningún partido por separado. Todos los partidos, cuál más, cuál menos, dieron una contribución valiosa. Cada aporte resultó indispensable. Habría sido fatal cualquier ausencia.

La victoria popular de Chile reafirma precisamente algo que todos los pueblos comprenden por su propia experiencia: que, cualquiera sea el camino revolucionario que se emprenda, se requiere, por una parte, que corresponda plenamente a la realidad de

que se trata y, de la otra, que los trabajadores y las masas populares se unan en la lucha. Elegido correctamente el camino, la clave de la victoria está en la unidad y el combate de la clase obrera y del pueblo, de todas sus fuerzas.

En la Unidad Popular se agruparon corrientes democráticas de profundo arraigo en la vida nacional: comunistas, socialistas, ex demócratacristianos, radicales, socialdemócratas y grupos independientes de izquierda.

Marxistas, católicos y masones, sectores populares de diversa extracción social y de distinta formación ideológica encontraron sus puntos de coincidencia.

Al reunir en sus filas a comunistas y socialistas, y, junto a ellos, a otras fuerzas democráticas, a los sectores más avanzados de las capas medias, la Unidad Popular proyectó una imagen que corresponde a la variada composición social y al pluralismo político del pueblo. Sin esto no se habría podido triunfar.

La acción común de los trabajadores y del pueblo, por encima de las diferencias políticas y religiosas, es el crisol en que se fraguan el entendimiento y la unidad de las distintas corrientes populares. Esta acción se desenvuelve en los planos más diversos, en la fábrica, la hacienda, la oficina pública, la escuela universitaria, el barrio en que se vive; se plasma en torno a los más variados objetivos democráticos, alrededor de la reivindicaciones inmediatas y la necesidad de resolver la cuestión principal, la del poder político.

LA UP NO ES PRODUCTO DE ACUERDOS DE DIRECTIVAS

En consecuencia, la lucha no se dio sólo en el terreno electoral. En el curso mismo de la campaña,

numerosas acciones comunes, desde la más pequeña hasta la más grande, como el paro nacional organizado por la Central Única de Trabajadores, pusieron de relieve que el combate se daba en todos los frentes. Y de esta manera, la Unidad Popular no es el simple producto de un acuerdo entre directivas, sino ante todo fruto de la lucha y la voluntad de las masas. Es el resultado de un proceso de múltiples y variadas acciones comunes de los trabajadores y del pueblo.

En la actividad unitaria de base, en el entendimiento por abajo está el cimiento de la Unidad Popular. 14.800 comités básicos de la Unidad Popular se formaron hasta la elección presidencial, integrados por cientos de miles de luchadores, muchos de ellos sin partido. Estos comités, que siguen y seguirán funcionando en los sitios de trabajo y lugares de residencia, realizaron, con sus propios medios, con sus exiguos recursos financieros y técnicos, una gran labor de propaganda electoral, de educación política, de divulgación del Programa y de organización e impulso de la lucha de los trabajadores y del pueblo por la solución de sus problemas, por la satisfacción de sus necesidades más vitales. En las condiciones del Gobierno Popular continuarán siendo motores de la lucha social.

Junto a la acción conjunta de las masas, un factor aglutinante de las fuerzas democráticas, elemento indispensable de la Unidad Popular, contra los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, es la lucha ideológica respecto de todos los contrabandos de la burguesía y en especial de las distintas expresiones del anticomunismo y del antisovietismo y de las tendencias sectarias y de derecha.

La Unidad Popular se afianza también en un sistema de relaciones mutuas que reconoce como norma invariable la igualdad de derechos de todos sus componentes en lo que se refiere a expresar en su se-

no los diferentes puntos de vista, lo mismo que el principio de la unanimidad en la adopción de sus acuerdos.

El entendimiento entre los diversos partidos de izquierda sería sólo un buen deseo sin el respeto irrestricto de estas normas.

NECESIDAD DE AISLAR A LOS REACCIONARIOS

No es menor la significación práctica que tiene el destierro de todo adjetivo hiriente en las discusiones políticas, el conocimiento de la psicología de los partidos, del pensamiento, de las reacciones individuales y de grupo y hasta de la manera de ser de los integrantes de la coalición y de las relaciones fraternales y de confianza que se establezcan entre dirigentes y militantes de las distintas colectividades. El dominio de estos aspectos en la relación política entre distintos partidos es un factor importante que favorecen la comprensión mutua, la flexibilidad y el acuerdo.

A tres meses de la elección y a un mes de constituido el Gobierno Popular, la correlación de fuerzas ha cambiado en favor del nuevo régimen. Aunque en la oposición, la Democracia Cristiana no está en guerra contra el gobierno. La mayoría de ella se halla en ánimo de apoyar algunos proyectos y medidas. Y lo que es tanto o más importante, las masas populares que votaron por su candidato cierran filas junto a los partidos de izquierda. Incluso en un sector de los que sufragaron por Alessandri se observan actitudes positivas.

Estos hechos abren las posibilidades de consoli-

dar y ampliar la unidad de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas.

En virtud del carácter mismo de la revolución chilena, de los intereses de clases y capas populares, de la necesidad de aislar a los reaccionarios, de derrotar sus maniobras sediciosas, de impedir la intervención extranjera, de enfrentar las presiones imperialistas, de darle, en fin, un respaldo nacional al gobierno, en virtud de todo esto puede y debe desarrollarse todavía más la unidad del pueblo y convertirse éste en una fuerza realmente invencible.

¡Tal es la cuestión principal que hay que resolver en los días que corren!

HABRA TRES AREAS DE LA ECONOMIA

Como ha dicho el Presidente de Chile, Salvador Allende, su elección no fue la victoria de un hombre, sino el triunfo de un pueblo.

Fue el triunfo de una vasta conjunción de fuerzas sociales y políticas agrupadas en torno a un programa de profundas transformaciones revolucionarias.

El programa contempla la nacionalización de las riquezas básicas extractivas en poder del capital monopolista extranjero y de la oligarquía financiera: la nacionalización de la banca privada, de los seguros, del comercio exterior y de los monopolios de distribución, de los monopolios industriales estratégicos y en general de aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país. También incluye llevar adelante, con mayor profundidad y claridad, la reforma agraria iniciada por el gobierno democratacristiano.

Bajo el Gobierno Popular habrá tres áreas en la economía: el área de propiedad social, formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las que se expropien; el área privada, constituida por los artesanos y los pequeños y medianos comerciantes, agricultores e industriales, y el área mixta, compuesta por aquellas empresas donde se combinen los capitales del Estado y los particulares.

Según reza el Programa, la política económica del Estado "se llevará adelante a través del sistema nacional de planificación económica y de los mecanismos de control, orientación, crédito a la producción, asistencia técnica, política tributaria y de comercio exterior, como asimismo mediante la propia gestión del sector estatal de la economía". Y sus objetivos serán asegurar "un crecimiento económico rápido y descentralizado que tienda a desarrollar al máximo las fuerzas productivas, procurando el óptimo aprovechamiento de los recursos humanos, naturales, financieros y técnicos disponibles a fin de incrementar la productividad del trabajo y satisfacer tanto a las exigencias del desarrollo independiente de la economía como a las necesidades y aspiraciones de la población trabajadora, compatibles con una vida digna y humana".

El Programa estipula una serie de medidas sociales y culturales en la esfera de la salud, de la vivienda y de la educación, que recogen hondas necesidades, sentidas aspiraciones del pueblo.

En el orden institucional, propicia una orientación única del Estado, estructurada a nivel nacional, regional y local, que tendrá a la Asamblea del Pueblo como órgano superior de poder. Esta Asamblea del Pueblo, que será la Cámara Unica, expresará nacionalmente la soberanía popular. Entre sus atribuciones estará la de designar la Corte Suprema, tribunal superior de justicia, el cual, a su vez, generará libremente los poderes internos, unipersonales o colegiados, del sistema judicial.

DEFENDER PRINCIPIO DE LA AUTODETERMINACION

La generación de todo organismo de representación popular se hará por sufragio universal, secreto y directo. Además, como dice el Programa: "En cada uno de los niveles del Estado Popular se integrarán las organizaciones sociales con atribuciones específicas. A ellas les corresponderá compartir responsabilidades y desarrollar iniciativas en sus respectivos radios de acción, así como el examen y solución de los problemas de su competencia".

El Programa de la Unidad Popular, del nuevo gobierno de Chile, se complementa con una política exterior que considera la necesidad de mantener "relaciones con todos los Estados", de defender los principios de la autodeterminación y de la no intervención; de revisar, denunciar y desahuciar, según los casos, los tratados o convenios que signifiquen compromisos que limiten la soberanía del país; de condenar el colonialismo y el neocolonialismo, la segregación racial y el antisemitismo; de dar resuelto apoyo al pueblo vietnamita, a los pueblos árabes y a todos los que luchan contra la agresión o la opresión imperialista. En el ámbito latinoamericano se propone "denunciar a la OEA como instrumento y agencia del imperialismo norteamericano", "luchar contra toda forma de panamericanismo", crear "un nuevo organismo representativo de los países latinoamericanos", afirmar "la personalidad latinoamericana en el concierto mundial"; levantar la integración latinoamericana sobre la base de economías que se hayan liberado de las formas imperialistas de dependencia y explotación; mantener una "activa política de acuerdos bilaterales en aquellas materias que sean de interés para el desarrollo chileno" y resolver, en base a negociaciones, los problemas fronterizos pendientes.

Se trata de un programa armónico, coherente, que tiende a liberar a Chile del dominio imperialista, a destruir los centros de poder de la oligarquía, a sacar al país del subdesarrollo, a construir una economía independiente y moderna, a crear un nuevo estado de derecho, una democracia más avanzada y a iniciar la edificación del socialismo.

Este programa corresponde a las exigencias vitales que emanan del propio desarrollo histórico nacional y de la época de transición del capitalismo al socialismo. Cada una de las transformaciones y medidas concretas que plantea tiene fuerza imperativa desde el punto de vista del análisis objetivo de la realidad chilena, del examen y solución de los problemas del país y de los sentimientos y la conciencia del pueblo. Este entró a comprender, después de una serie de experiencias vividas, que la solución de cada problema que lo mortifica y su aspiración a una vida mejor están vinculadas al cambio social, a su propio acceso a la dirección del país, a la realización del Programa de la Unidad Popular.

SE CONOCEN LOS PROBLEMAS Y LAS URGENCIAS

Los partidos de la Unidad Popular se han comprometido a realizar el Programa, a llevar a cabo las transformaciones revolucionarias por los caminos que franquean la Constitución y las leyes vigentes o las que democráticamente se dé el país.

La Carta Fundamental y numerosas leyes le dan al Ejecutivo muchas e importantes atribuciones, un gran poder. Pero toda la política de nacionalización

nes y de cambios institucionales tiene que realizarse con apoyo parlamentario. Y en el Congreso Nacional los partidos de la Unidad Popular sólo tienen mayoría relativa, no la mayoría absoluta. Esta es una gran dificultad, una limitación que, sin embargo, se podrá superar con el concurso de la Democracia Cristiana en asuntos capitales en que hay coincidencia programática y, sobre todo, con el apoyo del pueblo, con su presencia activa.

De consiguiente, algunas posibilidades de avanzar existen, aun en los marcos de la actual institucionalidad. Pero al fin y al cabo esta misma tiene que ser transformada para avanzar todavía más, para colocarla al servicio de los cambios y de la mayoría nacional. Se ha incorporado a la Constitución la facultad del Ejecutivo de disolver el Parlamento por una sola vez durante su mandato, previa consulta plebiscitaria en caso de conflicto entre ambos poderes. En algún momento, en el momento oportuno, habrá que echar mano de dicha facultad.

En líneas generales se sabe lo que hay que hacer. Lo sabe el pueblo, lo sabe el gobierno. Se conocen los problemas y las urgencias. Pero, en cierta medida, el camino de la revolución chilena ofrece aspectos inéditos, no conocidos, trechos intransitados. La cuestión de las prioridades en la realización de los cambios y del ritmo de las medidas a tomar no sólo dependen de la firme voluntad ejecutiva que anima al nuevo gobierno. Dependen también de factores ajenos a él. Habrá que ir tanteando el vado para no dar ningún paso en falso. Habrá que ir midiendo bien la correlación de fuerzas, tanto en lo nacional como en lo internacional, para que cada combate, cada enfrentamiento se dé con la certeza de vencer. Habrá que seguir acumulando fuerzas, ganando nuevos sectores para la transformación incesante de la sociedad.

SATISFACER POR FIN LOS ANHELOS DE BIENESTAR

El pueblo se ha pronunciado por cambios profundos, consciente de que no hay otro camino para resolver de raíz los problemas de la nación y para satisfacer por fin sus anhelos de bienestar, cultura y justicia social. Sabe que este camino no está desprovisto de dificultades. Se halla dispuesto a enfrentarlas, a pagar el precio de cualquier sacrificio en aras de su emancipación.

El proceso revolucionario chileno presenta una serie de problemas técnicos y prácticos de cuya solución dependen, en último término, su desarrollo victorioso y el logro ulterior de sus objetivos socialistas.

Por lo que atañe al Partido Comunista, éste se halla plenamente convencido de que, por muchas y notorias que sean las particularidades que presenta la realidad chilena —particularidades que se empeña en tener en cuenta rigurosamente—, no se puede prescindir en modo alguno de la debida consideración de las leyes universales que rigen el paso al socialismo.

Surgen o pueden surgir a este propósito varias interrogantes, acerca, por ejemplo, del carácter de clase del gobierno y del nuevo estado de derecho que contempla el Programa, sobre la función de las Fuerzas Armadas y sobre el papel del proletariado y del Partido Comunista.

Vladimir Ilich Lenin llamó la atención de los revolucionarios del mundo entero contra el peligro del subjetivismo y del esquema al margen de la vida. Escribió: "Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable; pero no llegarán de la misma manera: cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas en los diversos aspectos

tos de la vida social. No hay nada más mísero desde el punto de vista teórico y más ridículo desde el punto de vista práctico que, "en nombre del materialismo histórico", dibujarse el futuro en *ésta* con un solo color grisáceo; eso sería una mamarrachada y nada más".

Pues bien, ¿cómo se presentan estas cuestiones en la situación del Chile de 1970?

UN GOBIERNO PLURIPARTIDISTA

El Poder Ejecutivo ha pasado a manos de los partidos populares. El Ministerio ha sido formado por tres comunistas, tres socialistas, tres radicales, dos socialdemócratas, dos del Movimiento de Acción Popular Unitaria (ex demócratacristianos) y uno de la Acción Popular Independiente. Las intendencias, gobernaciones, subdelegaciones, vicepresidencias ejecutivas y direcciones generales de importantes organismos estatales, embajadas, legaciones y otros cargos en que se designen personeros de la confianza del Presidente de la República, pasan a ser dirigidos por mandatarios idóneos de la coalición de izquierda.

Y ello se hace evitando la parcelación y el establecimiento de zonas de influencia partidista en las diversas reparticiones de la administración pública. El Pacto Político de Gobierno, documento anexo al Programa, dice a este respecto: "En cada nivel de trabajo y en las esferas decisivas de la administración estatal estarán presentes todas las fuerzas que generan el Gobierno Popular, actuando conjuntamente entre sí y con las organizaciones sociales de los trabajadores y del pueblo interesadas en el área respectiva".

En consecuencia, se trata de un gobierno pluri-

partidista que extenderá a todos los planos y niveles la acción y coordinación constructivas de las fuerzas que lo integran.

Tal tipo de gobierno corresponde a la realidad y a la tradición del país, pues el sistema mismo de multiplicidad de partidos es más que centenario y no sólo una sino que varias colectividades políticas quieren el cambio social.

De otra parte, el Programa establece que: "Las organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueños de casa, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores, serán llamadas a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder. Por ejemplo, en las instituciones de previsión y de seguridad social estableceremos la administración por sus propios imponentes, asegurando a ellos la elección democrática y en votación secreta de sus consejos directivos. Respecto de las empresas del sector público, sus consejos directivos y sus comités de producción deben contar con mandatarios directos de sus obreros y empleados. En los organismos habitacionales correspondientes a su jurisdicción y nivel, las Juntas de Vecinos y demás organizaciones de pobladores dispondrán de mecanismos para fiscalizar sus operaciones e intervenir en múltiples aspectos de su funcionamiento. Pero no se trata únicamente de estos ejemplos, sino de una nueva concepción en que el pueblo adquiere una intervención real y eficaz en los organismos del Estado".

GRAVITACION DE LA CLASE OBRERA

La Unidad Popular se propone "transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo

Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder". Tras este objetivo, el Programa señala lo que el nuevo gobierno se plantea hacer, y afirma que: "Una nueva Constitución Política institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal".

Se necesita de algún tiempo y de una serie de medidas administrativas y políticas para alcanzar este fin. Pero lo importante es que ya se ha comenzado a caminar en esta dirección. Días antes de que asumiera Salvador Allende la Presidencia de la República, comenzaron a considerar una serie de asuntos de urgente y factible solución. Instalado ya el nuevo gobierno, llevan hasta él sus opiniones y sus urgencias. El ímpetu realizador del pueblo hará más dinámica y menos burocrática la actividad de la administración pública. Y el conocimiento, por parte del pueblo, de las posibilidades y dificultades para resolver los problemas, aumentará en él su disciplina y responsabilidad sociales.

Una gravitación muy importante está llamada a tener la clase obrera en la realización del Programa y en la marcha del Gobierno Popular.

La clase obrera ocupa un lugar de primer plano en la vida política. Tiene una gran tradición de lucha, una elevada conciencia clasista y una organización poderosa, la Central Unica de Trabajadores. Esta agrupa a la casi totalidad de los obreros y empleados tanto del sector público como del sector privado, mantiene estrechos vínculos con las organizaciones que a ella no están afiliadas, ejerce una gran influencia sobre todos los que viven de un sueldo o de un salario, y sobre las demás capas populares, los campesinos, los pequeños comerciantes y empresarios, los intelectuales y profesionales, con los cuales mantiene contactos, logra acuerdos y suele desarrollar acciones comunes.

El papel decisivo que juega la clase obrera, su

gravitación en la vida nacional, ha quedado de relieve, entre otras cosas, por el hecho de que ha sido el principal escollo para quienes han pretendido dar un golpe de Estado reaccionario y por los resultados mismos de las elecciones presidenciales, donde el mayor caudal de votos que recibió Salvador Allende provino de las provincias y lugares en que el proletariado es más fuerte, más aguerrido, políticamente más desarrollado.

AGRUPAMIENTO DE VASTAS FUERZAS JUNTO AL PROLETARIADO

El Partido Comunista, partido eminentemente proletario, a través de su política unitaria y de su influencia en la juventud, entre los campesinos y en los medios intelectuales de escritores, artistas, universitarios y profesionales, contribuye decisivamente al agrupamiento de vastas y variadas fuerzas junto al proletariado.

El Partido Socialista tiene también un fuerte arraigo en las masas de trabajadores y destacada influencia en sectores medios.

Comunistas y socialistas marchan unidos ya más de catorce años.

En conjunto resuelven numerosos problemas de dirección del movimiento obrero y en general de la lucha social y política. Esta dirección es, pues, en buena parte compartida. Los comunistas consideran que cumplen mejor sus deberes revolucionarios acentuando este entendimiento con sus compañeros socialistas.

Los canales de acceso de los trabajadores y del

pueblo al gobierno del país están abiertos o se abrirán en todas las esferas y rangos de la administración estatal. La meta que se persigue no es un gobierno con participación o colaboración popular, sino un Estado gobernado por el pueblo, dentro del cual la clase obrera es la fuerza principal.

En consecuencia, por su propio peso, por su número, su organización, su conciencia y su disciplina de clase, el proletariado —no en oposición a los demás sectores del pueblo, sino en alianza con ellos y en el interés general— podrá aportar al éxito del gobierno con lo que es característico en él: su firmeza en el combate y su decisión inquebrantable de realizar y profundizar los cambios, sin pararse a medio camino.

Sería absurdo pensar que en este terreno no habrá dificultades de ningún género. Las habrá, de seguro. Pero también hay razones fundadas para estimar que no serán las dificultades intestinas sino el entendimiento lo que está llamado a primar entre los diversos sectores sociales y políticos que forman el Gobierno Popular.

ENTENDIMIENTO DEBE SER PERMANENTE

A ello ha de contribuir el hecho de que todos los partidos y colectividades que integran la Unidad Popular están sincera y lealmente por el cumplimiento del Programa. Más aún, si nos atenemos a su composición de clase, a sus declaraciones de principios y a sus programas, ellos pueden y deben coexistir y colaborar entre sí incluso en la empresa común de construir una sociedad sin clases antagónicas. Y de aquí se desprende también la conclusión de que el tipo de gobierno pluripartidista tiene vigencia aún en las

condiciones del socialismo. Uno de los rasgos específicos del avance del país hacia el socialismo es precisamente el pluripartidismo.

Lo anterior no desaloja la confrontación de opiniones, algún tipo de lucha ideológica entre las distintas corrientes democráticas. La construcción de la Unidad Popular ha exigido del combate político e ideológico en el seno del pueblo. La buena marcha del Gobierno Popular también lo exigirá. Sobre esta base el Partido Comunista considera que el entendimiento entre los partidos populares debe ser permanente, indefinido en el tiempo.

Otra es la situación respecto de la oligarquía. Enemiga acérrima de los cambios, es y será sometida a una lucha política sin cuartel. El Gobierno Popular se propone destruir sus centros de poder económico, liquidar su base material.

El cumplimiento del Programa de la Unidad Popular y el futuro desarrollo social deben conducir a la desaparición de los antagonismos de clase y de las clases explotadoras.

En las condiciones del Gobierno Popular, la oposición política existirá. Mientras subsistan su base material y su ideología es preferible reconocerla, como lo hace el Programa de la Unidad Popular, siempre que, naturalmente, actúe dentro de los marcos de la ley.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, la Unidad Popular está por el afianzamiento de su carácter nacional y de su sentido profesional, por su "formación técnica abierta a todos los aportes de la ciencia militar", por hacer posible "su contribución al desarrollo económico del país" sin perjuicio de su labor esencial de defensa de la soberanía nacional y en materias afines a su función. Sobre estas bases —dice el Programa— es "necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones

y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales, clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo a sus condiciones personales”.

LA UP Y LAS FUERZAS ARMADAS

Como ha señalado reiteradamente el Presidente Allende, los partidos de la Unidad Popular no han llegado al poder en lucha contra las Fuerzas Armadas o contra una parte de las mismas. Además, éstas se mantuvieron al margen de la pugna por el gobierno y una vez lograda la victoria popular, luego de ser ésta ratificada por el Congreso Pleno, la han reconocido expresamente.

Es cierto que no se deben pasar por alto las condiciones en que han sido formadas y, sobre todo, la educación y el entrenamiento que han recibido en los últimos decenios, bajo la inspiración del Pentágono. Pero no por esto se las puede calificar de obsesivos servidores del imperialismo y de las clases dominantes. En ellas imperan el espíritu profesional y el respeto al gobierno establecido de acuerdo a la Constitución. Además, el Ejército y la Marina nacieron en la lucha por la independencia. Los soldados y suboficiales de las tres instituciones armadas provienen de capas sociales modestas y casi todos los oficiales han salido de las capas medias. Hace ya tiempo que la oligarquía y la burguesía más ricachona dejaron de interesar a sus hijos en la carrera militar. En especial se debe tener presente que ya no hay institución que permanezca impermeable a las conmociones sociales, cerrada a los vientos que corren en el mundo,

ajena o indolente al drama de los millones y millones de seres humanos que viven en la miseria más atroz.

La actuación que le cupo a buena parte del Ejército dominicano durante la invasión yanqui de su territorio y el carácter progresista del gobierno militar del Perú demuestran que las Fuerzas Armadas no deben ser miradas con criterio dogmático.

Es verdad que los institutos militares también necesitan cambios; pero éstos no pueden serles impuestos. Deben surgir de su propio seno, por su propio convencimiento.

En lo demás, el tiempo y la vida hablarán.

En conclusión, la cuestión del carácter del Estado y de sus instituciones y la cuestión del rol de la clase obrera, requieren ante todo soluciones prácticas. Esto es lo que se busca, sobre la base de ir siempre afianzando —y no debilitando— la unidad del pueblo, la cohesión y la operatividad del nuevo gobierno. Es claro que esto no se da de un día para otro. Pero el carácter de las fuerzas que toman la dirección del país permite señalar que se trata de un cambio esencial en la composición y en la orientación de clase del gobierno y que a este mismo cambio se debe llegar en toda la institucionalidad. El nuevo Estado de Derecho debe ser un Estado Popular.

LA REACCION ESTA DISPUESTA A TODO

No todo está resuelto desde el punto de vista de la captación de la nueva realidad y de la forma de operar sin incurrir en errores de magnitud. En este comentario se hace un primer enfoque, se da sólo una primera visión.

Los problemas que debe encarar el Gobierno Popular son muy serios: una inflación crónica, que al 31 de diciembre puede sobrepasar fácilmente el 40%, la desocupación de 200.000 trabajadores, la falta de 500.000 viviendas, déficit en hospitales y escuelas, una deuda externa de más de 2.000 millones de dólares, presupuesto desfinanciado, equipos industriales obsoletos, atraso agropecuario, etc.

La solución de estos problemas puede iniciarse sólo mediante una nueva política, hiriendo los intereses de los poderosos, a través de los cambios revolucionarios contemplados en el Programa de la Unidad Popular. Pero éstos son y serán resistidos por los monopolios imperialistas y por la oligarquía.

Ya la reacción ha demostrado que en la defensa de sus bastardos intereses está dispuesta a todo. En la campaña electoral echó mano de todas las armas del anticomunismo, sembró la mentira y el terror. Apenas el pueblo triunfó, organizó el pánico financiero, promovió la corrida bancaria, la suspensión de créditos, las especulaciones en el mercado negro de divisas, las fugas al exterior, la desarticulación de la economía, los atentados terroristas. Derrotada hasta ahora en sus afanes golpistas, volverá a las andanzas, tratará de crear un clima propicio a la subversión y hasta la intervención extranjera. Intentará sembrar la intriga y la desconfianza en el seno del pueblo. Hará todo lo posible por dividir, por descomponer por dentro el movimiento popular, por urdir provocaciones y alentar la conciliación y el reformismo, por corromper partidos y dirigentes. Echará mano, en fin, de los más variados recursos destinados a derribar el Gobierno Popular o a conducirlo al fracaso.

Todo esto se tiene y cada día se deberá tener más en cuenta por las fuerzas de la Unidad Popular.

La Unidad Popular ha llegado al gobierno a

través de la lucha, resolviendo cada problema político de cara al pueblo, con el apoyo de las masas.

Así también deberá seguir su camino en la seguridad de que el pueblo unido es capaz de derrotar a sus enemigos, de vencer todos los obstáculos y de construir una nueva sociedad.

NUEVOS PROBLEMAS TACTICOS

Jorge Insunza

La batalla por el poder en nuestro país arrecia. Era inevitable que la conquista del gobierno por los partidos de la Unidad Popular fuera seguida de una serie de enfrentamientos entre el pueblo y sus enemigos. Tales choques están en curso y se dan con gran virulencia.

APROVECHAR NUESTRA PROPIA EXPERIENCIA

El triunfo electoral primero y la instalación del gobierno después han sido grandes victorias del pueblo. Han permitido al movimiento popular la conquista de una parte del poder político, la más dinámica, la que tiene mayores atribuciones en el manejo del aparato del Estado. No obstante, la lucha por el poder sigue pendiente en nuestro país. Los enemigos fundamentales del pueblo, el imperialismo y las oligarquías monopolista y terrateniente, conservan fuertes posiciones todavía y deben ser desplazados de ellas para garantizar el desarrollo revolucionario de Chile.

En nuestro país se puede hacer una apreciación análoga y aún más cruda que la que Lenin hacía poco después de la Revolución de Octubre sobre el comportamiento de los reaccionarios: *“Los explotadores están derrotados, pero no aniquilados. Les queda una*

base internacional, el capital internacional, del que son una sucursal. Les quedan algunos medios de producción, dinero, amplias relaciones sociales. Su fuerza de resistencia ha aumentado, precisamente a causa de su derrota, en cientos y miles de veces. Su “arte” en el gobierno del Estado, en el mando del Ejército, en la dirección de la economía, les proporciona una superioridad sumamente grande y, por tanto, una importancia incomparablemente mayor a la que les corresponde por su número entre el conjunto de la población”.

Esto en Chile es verdad con la agravante de que no sólo tienen “algunos” medios de producción, sino todavía muchos, la mayor parte, y además mantienen fuertes posiciones en el aparato estatal, en la administración, en el Parlamento, en el sistema judicial, en los medios de comunicación de masas, etc.

En estas condiciones, de agudización de la lucha de clases, se requiere de todo el movimiento popular un esfuerzo mas grande que ayer por la movilización de las masas, por su presencia activa en la solución del problema del poder.

Está fuera de discusión que la consolidación del Gobierno Popular exige una actitud de ofensiva, el avance en el cumplimiento del programa. Pero el ritmo del cumplimiento de esos objetivos debe estar dictado no por los buenos deseos de nadie, sino por una rigurosa apreciación de la correlación de fuerzas que en cada instante y en torno a cada medida es capaz de crear el movimiento popular.

Las fuerzas revolucionarias y democráticas han acumulado una experiencia de combate que debe ser aprovechada en la situación presente sin perjuicio de la clara conciencia que debe tenerse de la modificación de la coyuntura política determinada por nuestra victoria.

DIRECCION ACERTADA DEL GOLPE PRINCIPAL

El movimiento popular definió acertadamente el carácter de la etapa actual de la revolución chilena. Esta fue una de las claves del éxito del 4 de septiembre. Veamos. En algunos sectores, unos de buena y otros de mala fe, se habla de que la victoria electoral se obtuvo "gracias a que no se unieron las fuerzas de Alessandri y Tomic, merced a un accidente histórico".

Los que hacen tal afirmación para rebajar el significado del triunfo no se preocupan, en ningún caso, de precisar por qué no se unieron esas fuerzas. Y no cabe duda de que ello no fue un hecho fortuito. Jugó, de una parte, la madurez real de una situación revolucionaria en nuestro país ("Los de arriba no pueden seguir viviendo como hasta aquí") que el movimiento popular supo apreciar, y jugó también la correcta definición de los enemigos principales por la dirección política de la Unidad Popular, que consiguió, en el curso del combate, hacer golpear contra esos enemigos principales a sectores del pueblo pese a que no estuvieron en el frente único (sectores de base de la Democracia Cristiana), lo que cerró el camino a un posible entendimiento entre reaccionarios y reformistas antes de la elección y en los afanes sediciosos después de la elección (más allá de los deseos de un núcleo dirigente de la Democracia Cristiana).

Que no se trató de un "accidente histórico", de un error de la burguesía (o de un "lujo costoso [de la clase dominante]... de exhibir a la luz del día sus contradicciones", como ha escrito el compañero Régis Debray), lo comprueba mejor lo ocurrido después del 4 de septiembre. Resultados en la mano no había posibilidades de "error". No obstante, la unión

no se produjo. Al revés, en la noche misma de la elección sectores populares de la Democracia Cristiana respaldaron la victoria de la Unidad Popular y al día siguiente hizo lo propio su candidato presidencial, Radomiro Tomic. Se trataba y se trata, por lo tanto, de algo diferente; de la expresión de interés de fracciones de clase que, apreciados en forma no dogmática por el movimiento popular, han podido manifestarse en nivel político contribuyendo a la victoria del pueblo sobre sus enemigos principales.

Hoy día sigue siendo imprescindible para el éxito de la revolución chilena dirigir el golpe principal en la dirección acertada, que es la misma de ayer: los enemigos fundamentales no han cambiado. Ésta es una apreciación básica para la definición de una política verdaderamente revolucionaria.

Una correcta valoración de las contradicciones principales en la coyuntura política permite definir una justa política de alianzas. El proceso chileno, y ésta sea probablemente su significación internacional más clara, ha mostrado la importancia de la unidad, aunque sea con diferente intensidad y en distintos niveles, de todas las fuerzas capaces de golpear contra los enemigos principales. La unidad y el espíritu de combate de todas las fuerzas populares fueron y siguen siendo el más grande capital del movimiento popular chileno. Con razón el compañero Luis Corvalán ha afirmado: "En virtud del carácter mismo de la revolución chilena, de los intereses de las clases y capas populares, de la necesidad de aislar a los reaccionarios, de derrotar sus maniobras sediciosas, de impedir la intervención extranjera, de enfrentar las presiones imperialistas, de darle, en fin, un respaldo nacional al Gobierno, en virtud de todo esto puede y debe desarrollarse todavía más la unidad del pueblo y convertirse éste en una fuerza realmente invencible".

LOS ENFRENTAMIENTOS NO SON SOLO ARMADOS

¿Cómo se presenta la lucha por estos objetivos en las condiciones nuevas, cuando el movimiento popular tiene en sus manos el gobierno?

Queremos detenernos en algunos rasgos que debemos tener en cuenta en la conducción del movimiento de masas.

En Chile ha sido posible producir el desplazamiento de los reaccionarios de un sector del poder sin recurrir a un enfrentamiento armado. Esto no significa, ni mucho menos, que tal desplazamiento ha sido "pacífico", "espontáneo", como tampoco asegura que en el futuro no llegue a producirse un enfrentamiento de ese carácter, localizado o generalizado.

Lo ocurrido hasta ahora es que el pueblo ha sido capaz de acumular una fuerza tan grande, y de neutralizar otras, que los reaccionarios se vieron imposibilitados de recurrir a la resistencia armada pese a todos sus deseos y esfuerzos. La victoria del 4 de septiembre desesperó a las fuerzas conservadoras, se organizaron para el complot, avanzaron en él, interresaron a sectores de diversos partidos políticos, a gentes de las Fuerzas Armadas y del gobierno de entonces, imaginaron buenos éxitos a partir de la noche misma del 4, pero fueron incapaces de hacer cristalizar su intención por la fuerza del pueblo expresada en sus organizaciones, en las calles y de mil maneras.

La victoria del 4 de septiembre reforzó la Unidad Popular con la legitimidad del triunfo, y el resultado electoral ensanchó por sí mismo la base política que sustentaba al Presidente Electo, tal como lo previó la dirección política popular. La fuerza de la legalidad, usada hasta entonces sistemáticamente para combatir al movimiento popular, se puso, en ese momento, de

parte del pueblo. La posibilidad teórica de atar las manos del enemigo sobre la base de acumular una fuerza potencial de tal magnitud que bastan su presencia y la *evidencia pública de su decisión de lucha* para ahogar la resistencia reaccionaria, se concretó en Chile.

Estos hechos confirman ciertamente que las clases reaccionarias no abandonan el poder si no se las expulsa de él, pero, al mismo tiempo, constituyen un mentís a las concepciones dogmáticas sobre la violencia revolucionaria, las que asimilan la expresión de esa violencia principal o exclusivamente a las formas de violencia armada ("el poder nace del fusil"), colocando en segundo plano la fuerza de masas, y con ello el trabajo y la lucha de masas, para pasar a primero y a veces único plano el trabajo conspirativo. La experiencia vivida hasta hoy por el movimiento popular chileno demuestra lo incorrecto que es diseñar una política viviendo a la espera del *enfrentamiento*, concibiendo por tal única y exclusivamente el choque armado. Con ello, en la situación presente se oculta el hecho cierto de que el enfrentamiento está en curso y se sobrevaloran las posibilidades del enemigo (y se facilitan sus afanes) de reunir fuerzas suficientes para llevar a cabo en el terreno armado la lucha contra el Gobierno Popular, que, poca duda cabe, es el terreno que hoy prefieren.

Hay sectores en el campo revolucionario, sobre todo los que sustentaron posiciones de ultraizquierda en el período anterior a la elección y que no logran o no quieren liberarse de los esquemas dogmáticos que la vida ha derrotado, que insisten en el problema de la violencia revolucionaria de este modo estrecho con lo que facilitan las maniobras del enemigo de clase para hacer aparecer en el pueblo el origen de la violencia que a ellos les interesa provocar.

Estas concepciones conducen al diseño de formas de lucha que restringen la captación de partes del pueblo insuficientemente desarrolladas política-

mente en las cuales se genera una actitud de rechazo de lo revolucionario al prescindir, en el trabajo con ellos, de un necesario proceso de educación y de toma de conciencia hasta llegar a formas de lucha más elevadas. No puede ser considerado como un éxito revolucionario en este período el logro de la movilización de pequeños núcleos si esto se hace a costa de la enajenación para el movimiento popular de grandes masas que son empujadas en brazos del reformismo o simplemente de la reacción. En el momento presente la lucha de masas debe ser concebida en términos de miles y centenares de miles, hasta de millones, y cada acción, aunque no movilice en sí a esas cantidades, debe tener en cuenta que se requiere que la avalen y respalden, que la comprendan y solidaricen con ella las grandes masas.

LA ESTRUCTURA JURIDICO-POLITICA Y LA FUERZA DEL PUEBLO

Algunos revolucionarios han expresado reiteradamente su preocupación porque "el encauzamiento del proceso chileno por cauces constitucionales pueda llegar a ser una traba (para su desarrollo) en un momento determinado".

El compañero Régis Debray en su prólogo a la entrevista con el compañero Presidente Salvador Allende se plantea reiteradamente este problema haciendo hincapié en que ello no "quiere ser una crítica irresponsable". Su apreciación o duda se expresa a través de todo el prólogo y concretamente en interrogaciones como las siguientes:

"¿Quién finalmente neutralizó a quién?"

"¿Quién amarró las manos a quién?" "Cuando se utiliza el sistema jurídico burgués, ¿no se está siendo en los hechos simultáneamente utilizado por él?"

Más adelante ya expresa su duda en carácter de afirmación: *"Pero —con una carambola diferida y tal vez todavía desconocida—, tropezando en su propia trampa, la democracia burguesa no cayó allí sola, arrastró consigo a su antagonista. No sólo porque puede reclamar al vencedor provisorio que le pague en la misma moneda... , sino más sutilmente por un efecto de impregnación y de inhibición ideológica que afecta desde el interior al movimiento popular y a sus responsables políticos"*.

Podríamos disipar tales dudas de manera más o menos sencilla o simplista: 4 meses de gobierno muestran quién amarró las manos a quién. El Gobierno Popular marcha en el cumplimiento de su Programa. Destruye sistemáticamente los centros de poder de los enemigos principales: del imperialismo (nacionalización del cobre, del hierro), de la oligarquía monopolista (nacionalización por decisión del Ejecutivo de los bancos, de empresas claves como cemento, carbón, y otras), de los latifundistas (en un año se expropiarán mil fundos o más). El movimiento popular no tiene entonces las manos amarradas, precisamente. Pero es claro, como lo prueba la lucha política de estos mismos meses, que el enemigo tampoco tiene las manos amarradas, aunque en octubre-noviembre se le logró amarrar.

Y entonces, ¿cómo se entiende todo esto? Pensamos que no hay más forma de comprenderlo que descartando la concepción que supone o parece suponer que la contradicción principal en Chile se da entre el movimiento popular revolucionario y democrático y la estructura jurídico-política con la que hoy trabaja y apreciar que la contradicción es entre el pueblo de Chile de una parte y el imperialismo y las oligarquías monopolistas y terratenientes de la otra. Contradicción que se desarrolla en el nivel político

parcialmente en el seno de una estructura jurídico-política preexistente al ascenso al gobierno del movimiento popular y, no pocas veces, contra las trabas que impone esa estructura jurídico-política.

Esta especie de ambivalencia se da en Chile por diversas razones. Entre otras, porque la estructura político-jurídica, en particular el régimen de libertades públicas, no es el resultado sólo de la acción y de las necesidades de la burguesía, como Debray mismo lo advierte en su prólogo. Hay en él la impronta de luchas duras y sangrientas de la clase obrera. Las formas democráticas no son, entonces, una concesión gratuita al pueblo, sino arrancada por éste en el combate de muchos años. Esto, ciertamente, no niega el carácter de clase del Estado, pero hace que ese carácter se exprese de una manera peculiar. Peculiaridad que, digámoslo de inmediato, no niega las leyes generales de la revolución, no exime de la obligación de la destrucción del aparato de coerción burgués que define al Estado actual.

Hoy en día la legalidad, si bien tiene un doble carácter, juega en Chile principalmente en favor del movimiento popular, dado que, como hemos dicho, el sector del poder estatal que hemos conquistado es el que tiene mayores atribuciones. Usando bien y audazmente este poder es posible modificar radicalmente la sociedad chilena, a condición de hacer *pesar sobre las estructuras estatales, donde influyen todavía fuerzas reaccionarias y conservadoras, la fuerza del pueblo movilizado*. La marcha del proceso revolucionario chileno, con acuerdo no dogmático a las normas de la institucionalidad, les agrega fuerzas al gobierno y al movimiento popular, restringe las posibilidades de acción de los enemigos, sus posibilidades de alianza, y es hoy la senda correcta para avanzar.

Esto no excluye, entiéndase bien, la lucha contra el legalismo en todos los niveles y en primer lugar en las luchas de masas. Ni descarta la lucha contra el acomodo al aparato del Estado por los cuadros de la

Unidad Popular. Estamos en el gobierno para modificar el aparato del Estado, no para servirnos de él a la antigua usanza. Eso nos diferencia del reformismo.

Pero hay que tener en cuenta la experiencia de los primeros cuatro meses de gobierno, que han puesto en evidencia, a través de la provocación reiterada de la Corte Suprema, como de las maniobras parlamentarias, incluidas acusaciones constitucionales contra los Ministros de Estado, y otros funcionarios de la Unidad Popular, para impedir el cumplimiento del programa de gobierno, el afán de los reaccionarios de atar las manos del pueblo por la "vía de la ley". Se trata de arrastrar al movimiento revolucionario a salir del camino que se ha trazado para acumular fuerzas suficientes para llevar adelante los cambios revolucionarios. Se trata de encontrar así una justificación para la actividad sediciosa en que están empeñados y para enajenar el apoyo que brindan al gobierno fuerzas sociales para quienes la legalidad es un criterio decisivo para definir su actitud frente al Gobierno Popular.

Si tenemos en cuenta, como es evidente, que la estructura constitucional responde ante todo a los intereses de la burguesía, es natural que los reaccionarios encuentren facilidades para hacer su juego obstructivista. Pero, aun así, la creación de la base de masas indispensable para desplazar a la reacción de los centros de poder que aún sustenta, pasa en Chile por el accionar de la Unidad Popular, en cuanto gobierno, en los marcos de esa institucionalidad. Por ello, la preocupación de algunos revolucionarios por que el proceso chileno pueda llegar a ser trabado en un momento determinado por la constitucionalidad no debe, nos parece, ser recogido más que en cuanto advertencia contra el acomodo del aparato estatal burgués por los revolucionarios, que, de hacerlo, dejarían de ser tales revolucionarios. Hoy tal encauzamiento relativo es base de sustentación del gobierno; cuando las fuerzas acumuladas sean suficientes se

abrirá paso por esos cauces, en base a la acción de masas, una nueva institucionalidad que por crear relaciones de base mucho más populares y democráticas será factor de impulso y no traba del proceso revolucionario.

NUESTRAS FORMAS DEMOCRATICAS

Todo esto, naturalmente, es válido si los reaccionarios no intentan un golpe sedicioso. Si lo hacen y el pueblo los derrota, la situación será otra.

La certera visualización del desarrollo revolucionario chileno debe tener presentes el contenido propio y las leyes de funcionamiento del nivel ideológico de la estructura social.

Las clases dominantes se las han arreglado siempre para utilizar un lenguaje que presente la defensa de sus intereses como la defensa de los valores de todo el conjunto de la sociedad. Dan su contenido ideológico de clase a los materiales ideológicos constituidos por los hábitos, la tradición, las costumbres de una sociedad determinada. Los revolucionarios debemos ser capaces de diferenciar entre ese contenido de clase y los valores a los que es afecto el pueblo y que son útiles también en el nuevo curso social. Denunciar y rechazar el contenido de clase, denunciar y rechazar la estructura en que está inmersa, no significa necesariamente rechazar cada concepción determinada. El pueblo de Chile siente orgullo por las formas democráticas que en determinada medida han caracterizado su vida política en contraste con la de otros países de América Latina, porque entiende que tales formas son ante todo el producto de sus luchas. Sabemos qué carácter de clase ha tenido esa

estructura democrática, y tenemos que ser capaces de educar a las mayorías en una clara comprensión de ello, pero eso no impide que los revolucionarios nos propongamos el desarrollo de los cambios de fondo con la perspectiva de hacerlo construyendo desde ya un Estado de derecho con un contenido ciertamente distinto al actual, a diferencia de lo que han hecho otros pueblos revolucionarios, y acertadamente, en otras condiciones.

Esta es la forma apropiada a la realidad chilena de hoy para “desmontar aquella máquina estatal creada para sí por la oligarquía”, para transformar a la clase obrera y al pueblo en sectores dominantes, para la conquista de la democracia. El proletariado debe ser capaz “de conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de construir su propia vida social” como lo pedía Lenin, y para ello en Chile necesita coordinar la dirección del proceso con otras fuerzas sociales para desplazar a la oligarquía y el imperialismo.

Así como hay que sortear el riesgo del reformismo, es necesario cuidar también de la aplicación dogmática de la concepción, de la necesidad de destruir el aparato burgués. Se erosiona ese aparato, por ejemplo, cuando se reducen los sueldos de los altos funcionarios públicos. “La reducción de los sueldos de los altos funcionarios del Estado parece simplemente la reivindicación de un democratismo ingenuo, primitivo... (pero) en verdad despoja de todo nimbo de algo privilegiado y “encumbrado” a la función estatal”, decía Lenin, comentando las medidas de la Comuna de París. Se erosiona el aparato del Estado burgués cuando se entrega a las masas la dirección de las funciones técnicas que ejerce. Contribuye a la destrucción de ese aparato el establecimiento de normas que prescinden al ventajismo que caracterizaba el ejercicio de la función pública y el combate inflexible contra toda forma de corrupción.

En cuanto a los aparatos de coerción del Estado burgués, hay que tener en cuenta, por sobre todo, el grado de beligerancia que adopten o no en relación con las medidas populares para actuar con las masas en el cambio de su carácter. Es bueno tener presente la diferencia que Marx y Lenin hacían de los distintos tipos de fuerzas armadas que se daban y se dan según las tradiciones de los diferentes países.

LA DISCIPLINA SOCIAL

Pero todo lo anterior sería obviamente insuficiente y no conduciría al triunfo de la revolución si las masas no están permanentemente movilizadas y alertas para garantizar la profundización del proceso. La batalla por el poder no es sólo por modificar la estructura jurídico-política, sino también por la destrucción de los centros de poder económico de los enemigos del pueblo y por la destrucción de la influencia ideológica que ejercen contra el pueblo. Cada aspecto de la lucha influye, en los otros niveles y en todo caso lo esencial es la presencia activa de las masas.

Es una obligación de los revolucionarios, por otra parte, estar en condiciones de reaccionar frente a cualquier giro del proceso. Es claro que no tenemos más garantía que nuestra fuerza para hacer marchar acontecimientos por la senda que hemos decidido como la mejor para el pueblo y esa fuerza es lo único que puede desalentar a los reaccionarios de buscar otras formas de enfrentamiento. Debemos mostrar en cada momento que somos capaces de derrotarlos.

Para usar una figura: el movimiento popular chileno está desmontando una mina protegido para la eventualidad de que estalle. Esa protección es la elevada

conciencia y participación de las masas populares en el proceso de lucha por el poder.

La instalación del Gobierno Popular ha significado poner en crisis la disciplina social burguesa. En muchos sectores populares, de alta conciencia de clase, se ha abierto paso de inmediato una nueva disciplina social proletaria. En las empresas nacionalizadas, como el carbón, Purina, acero, por ejemplo, ha surgido un nuevo espíritu frente al trabajo, que, acorde con la nueva forma de propiedad, es enfrentado por los trabajadores con elevada responsabilidad. En muchos servicios y empresas de propiedad estatal (Chilectra, Entel y otras) surgen de las masas iniciativas para incrementar la productividad. En vastos sectores juveniles se ha abierto paso la idea de contribuir con trabajo voluntario a la solución de urgentes necesidades del pueblo. El movimiento sindical bajo la dirección de la CUT ha enfrentado el problema de los reajustes de sueldos y salarios comprendiendo que, como lo expresara Luis Corvalán, "los intereses de los trabajadores y las masas populares, en general, ya no dependen tan sólo ni tanto del éxito de tales o cuales luchas reivindicativas, sino de la suerte que corra el gobierno de la Unidad Popular, del cumplimiento de sus objetivos programados".

No obstante, en otros sectores asoman deformaciones que merecen un examen cuidadoso porque perjudican la actividad de las masas en la lucha por el poder.

La presencia del Gobierno Popular ha significado un poderoso impulso a la organización de los trabajadores hasta ahora inorganizados.

Esto es extraordinariamente auspicioso. El movimiento popular tiene la obligación de hacerse eco de esta tendencia y de acudir en ayuda de estos núcleos que se incorporan activamente a la lucha de clases. Es natural que, como sectores nuevos que son, sin gran experiencia en los combates de clase, en ellos se manifiesten ciertas tendencias anárquicas. La constatación de estos fenómenos no puede conducir a los dirigentes

del movimiento obrero a restarle su apoyo, sino, por el contrario, a prestar una gran atención a la educación de estas capas que fueron más sometidas y explotadas en el pasado y aún hoy.

Del mismo modo se requiere un trabajo especial en sectores de antigua organización donde se han entronizado tendencias malsanas.

Sólo un intenso trabajo en esos medios puede prevenir que sectores de la clase obrera se deslicen hacia un economismo chato, con grave daño para ellos mismos y el proceso revolucionario en general.

Hay que decir francamente que en muchos casos los movimientos han cogido tales direcciones estrechas impulsado por sectores políticos que creen cumplir así objetivos de fortalecimiento partidista sin mirar más allá de los efectos locales, pensando ganar fácil simpatía si se prosternan ante la espontaneidad gremial.

Ante los trabajadores más conscientes, en primer término los comunistas, surge la necesidad de batallar activamente por conseguir que la clase obrera actúe con visión de conjunto del proceso revolucionario.

ORIENTAR CADA CONFLICTO CONTRA EL ENEMIGO PRINCIPAL

La alternativa no se plantea entre pasividad y movilización.

El gobierno necesita contar con el pueblo movilizado para combatir con éxito al enemigo. Necesita destacamentos leales, dispuestos a pasar al combate en cualquier momento para vencer la prepotencia de determinados capitalistas o latifundistas, para derrotar la presión que a través de otros órganos de poder quiere

ejercer la reacción, para detener un intento golpista o, también, ocasionalmente para movilizar determinados estamentos del propio gobierno.

Pero, al mismo tiempo, lo que los trabajadores deben tener en cuenta es que el carácter de clase del gobierno ha cambiado y que ahora, a diferencia del pasado, hay en el gobierno representantes del pueblo, dispuestos a luchar por sus intereses.

Cada vez que surja un conflicto local hay que saber ubicarlo en los marcos de la situación general que estamos viviendo, de modo que no dañe los planes de desarrollo económico ni debilite la base de apoyo político del gobierno.

La clase obrera debe elevar su conciencia política para apropiarse de cada conflicto local al cumplimiento de las tareas generales del gobierno y hasta para evitarlo momentáneamente en casos extremos.

Lo corriente es que las nuevas fuerzas que se organizan surgen en los sectores de la industria pequeña y mediana. A poco de organizarse, muchas de ellas han pasado a la toma de industrias con exigencias de intervención y expropiación.

No merece discusión que estos sectores de trabajadores tienen razones para protestar y que es indispensable asegurar con el apoyo del gobierno a sus luchas un mejoramiento de sus condiciones de vida. Pero ¿a qué conducen formas de lucha erróneas? Más allá de los deseos, sus consecuencias prácticas son que enfrentan al gobierno con los sectores de capitalistas pequeños y medios, debilitando así *necesariamente* la fuerza del golpe que hay que dirigir contra los enemigos principales: el imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente. Y con ello, en definitiva, se coartan las soluciones buscadas por los trabajadores, pues la condición básica del progreso es la destrucción del poder de los monopolistas nacionales y extranjeros.

No se puede ni se debe culpar a los obreros que participan en estas acciones. Con ellos no corresponde

otra actitud que la de convencerlos fraternalmente para adoptar nuevas orientaciones de lucha, para ayudarlos a salir del espontaneísmo economicista que está implícito en tales acciones. Pero, eso sí, se debe exigir a los sectores políticos que se han empeñado en este camino erróneo a que mediten y coloquen sus esfuerzos orgánicos al servicio de formas de movilización verdaderamente revolucionarias, vale decir, que actúen en aras de resolver, en favor del pueblo, la contradicción principal en la coyuntura política presente.

En la base de estas movilizaciones anárquicas están las concepciones políticas erróneas que deben ser esclarecidas. Surge a medida la justificación de tales acciones porque son parte de “la lucha entre explotados y explotadores”. Ciertamente lo son, pero se pueden realizar en la creencia de que estamos hoy en posibilidad real de suprimir toda forma de explotación y eso no es más que una ilusión. Cuando se llevan adelante con la clara comprensión de que se trata de enfrentar la solución de estas contradicciones vinculadas a la solución de la contradicción principal, a la que se deben someter, con ello cambian el carácter y la forma de lucha y así de obstáculo real en el desarrollo revolucionario la *movilización* de ese sector se transforma en factor de impulso, por ejemplo si se obliga al industrial pequeño o medio a enfrentarse con el monopolista que también lo somete y lo explota.

Lo revolucionario es agudizar las contradicciones, pero no en abstracto, sino en función de las grandes tareas del enfrentamiento de los enemigos principales.

En las nuevas condiciones se requiere multiplicar las formas de participación de masas en el ejercicio del poder, en particular de las masas proletarias. Para conseguirlo, la organización sindical debe desempeñar un importante papel. Lenin llamaba a transformar los sindicatos “en una organización educadora, una organización que atrae e instruye, una escuela, escuela de gobierno, escuela de administración”, y les asignaba decisivas

responsabilidades en “la organización del trabajo con miras a las tareas de la producción y a la utilización racional de éste”, como en la obtención de “una efectiva disciplina del trabajo... (que) sólo son concebibles con la participación consciente de todos los productores en el cumplimiento de estas tareas”. “Esto no lo lograrán —advertía Lenin— los métodos burocráticos ni las órdenes desde arriba”.

La movilización revolucionaria de masas es lo esencial para integrar a todo el pueblo al combate, al ejercicio creciente del poder.

Si el movimiento popular chileno consigue éxito en esto, seremos capaces de amarrar las manos de nuestros enemigos, de aislarlos, de derrotarlos definitivamente, de pasar de la conquista del gobierno a la conquista del poder por el pueblo.

Hemos elaborado una táctica acorde con los principios y con la situación chilena. Entendemos cabalmente nuestra responsabilidad ante nuestro pueblo y ante los pueblos del mundo que nos han entregado su solidaridad. Nos esforzaremos por responder enteramente a ella.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Bellavista 0153, el mes de noviembre de 1972.
Edición de 6.000 ejemplares.
Hecho en Chile - Printed in Chile.